TRIXIE BELDEN

12

EL COLLAR DE LA REINA



Cuando Honey hereda un collar de una tía muy buena, la
Sra. Wheeler
solicita la ayuda de Trixie, Jim y Mart para investigar el collar y la historia de la familia Hart en Inglaterra. Partieron hacia Inglaterra bajo el cuidado de la señorita Trask, y trataron de descubrir los orígenes del collar. Los cuatro no son bienvenidos en Inglaterra y Trixie está segura de que son los objetivos de un carterista. Cuando un extraño salva la vida de Honey, rápidamente se convierte en parte de sus vidas a medida que él y la señorita Trask se acercan. Trixie sospecha de él, pero ¿puede ella convencer a los demás antes de que sea demasiado tarde y resolver el misterio del collar?



Kathryn Kenny

El Collar de la Reina

Trixie Belden 12

ePub r1.0

Titivillus 13.04.2019

Título original: *The Mystery of the Queen's Necklace*
Kathryn Kenny, 1979

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Edición conmemorativa







La herencia de Honey • 1

LOS OJOS AZULES de Trixie Belden se inundaron de lágrimas. Ella y su familia se habían congregado en torno a la mesa de la cocina, en Crabapple Farm, para celebrar lo que Trixie llamaba un «consejo de guerra». Estaban presentes sus padres y sus dos hermanos mayores, Mart y Brian… todos menos el pequeño Bobby, que sólo tenía seis años.

—Yo también quiero jugar a la guerra —dijo entrando en la cocina.\—Ni hablar —contestó su hermana bruscamente—; mientras seas el chiquillo más latoso del Condado de Westchester,

en el Estado de Nueva York, olvídate de todo eso. ¿Por qué no sales a jugar con Reddy? Le vendrá bien hacer un poco de ejercicio. Afortunadamente, la sugerencia le gustó muchísimo, lo que significaba que Trixie podría, o al menos eso esperaba, exponer sus argumentos en medio de una cierta tranquilidad. —Bueno, ¿a qué viene todo esto? —preguntó su padre, levantando la vista del periódico.

Trixie respiró profundamente, mientras ponía en orden sus pensamientos. Un viaje a Inglaterra… ¡sólo era eso! Los padres de su mejor amiga, Honey Wheeler, habían invitado a todos los Bob-Whites a que los acompañaran en su viaje a Inglaterra, la próxima semana. Además de Trixie y Honey, pertenecían al club de los Bob-Whites: Brian, Mart, Diana Lynch, Dan Mangan y el hermano adoptivo de Honey, Jim Frayne. Todos juntos habían recorrido buena parte de los Estados Unidos, pero nunca habían cruzado el océano. Hasta entonces, claro está, a sus padres no se les había pasado por la cabeza una idea semejante; era un viaje muy caro para sus hijos. Pero Trixie Belden se había propuesto convencerles por encima de todo.

—Bien —dijo por fin—, es que me parece injusto que tú o mamá no nos dejéis ir a Inglaterra… ¡si ni siquiera me habéis dado tiempo para explicaros…!

Explicaros por ejemplo que a Honey le sentará como un tiro si no vamos —pensó Trixie—. *O que Jim va, y sería tan bonito*…

—… explicaros, sin ir más lejos… —continuó diciendo.

En ese momento sorprendió a su padre echando una ojeada al periódico.

—¡Mamá! —gritó Trixie.

Helen Belden alargó un brazo y le quitó a su marido las gafas de leer, con suavidad.

—Estoy escuchando —dijo él sonriendo—. Lo malo es que, como ya os he dicho, yo no puedo permitirme el lujo, de ninguna manera, de pagaros un viaje al extranjero, y los Wheeler ya han hecho demasiado por todos nosotros.

—Pero, papá —suplicó Trixie—. Al señor y a la señora Wheeler el dinero les sale por las orejas, y van de negocios con su avión privado; es igual que cuando fuimos a San Luis, o a Vermont… así tampoco les va a costar tanto y, además, Honey dice que sus padres

siempre andan diciendo que nunca harán bastante por los Belden, porque cuando Honey vino a vivir aquí era una niña enfermiza, y solitaria, y tenía miedo de casi todo, y ahora está tan saludable y tiene tantos amigos y…

—¡Basta, basta! —dijo el señor Belden riéndose entre dientes—. ¿Cuántas razones me has dado?

—«Ojalá corriera tanto mi caballo como tu lengua» —dijo Mart solemnemente.

Hacía poco que había hecho un trabajo para la clase de literatura sobre «Mucho ruido y pocas nueces», y desde entonces se consideraba a sí mismo experto en Shakespeare, y no perdía la ocasión de citar alguna de sus obras.

—Resulta que mi lengua también habla por ti —dijo Trixie a su hermano, indignada.

Ambos se llevaban como el perro y el gato. Tenían casi la misma edad. Él, que tenía quince años, era once meses mayor que ella. Además, los dos se parecían mucho; eran pelirrojos, con los ojos muy azules, como su madre, y tenían la cara llena de pecas. La gente que no los conocía solía creer que eran gemelos. Últimamente, al dejarse Mart el pelo largo, su parecido había aumentado aún más, cosa que no le hacía ninguna gracia, desde luego. De todos modos, en el fondo, Mart quería a su hermana más que a nadie… lo que pasaba era que le gustaba hacerle rabiar. Uno de los argumentos que Trixie tenía para rebatirle era recordarle que casi eran gemelos.

—Por mí no tienes que hablar, Trix —dijo Brian mientras cogía una manzana del enorme cuenco de fruta que había en el centro del mantel a cuadros rojos y blancos—. Ya te dije que tengo que quedarme en casa para trabajar.

Brian tenía diecisiete años, el pelo negro, y los ojos igualitos que los de su padre, y era más responsable que sus hermanos «casi-gemelos». Quería ser médico, y necesitaba cada centavo que ganaba para poder matricularse en la Facultad de Medicina.

—Casi se me olvida —dijo Trixie—. Pero, porque tú tengas que trabajar, y Dan lo mismo, y Di se vaya a Milwaukee con sus padres, no voy a quedarme sin ver mundo hasta que sea una viejecita llena de achaques.

—Brian tiene razón en una cosa —dijo la señora Belden—.

Todos vosotros tenéis obligaciones, aquí en casa.

—Lo sé, mamá —se apresuró a decir Trixie—. Pero la señora Wheeler quiere que estemos con Honey y Jim mientras ella y su marido se ocupan de sus asuntos. Ya sé que nos han llevado de viaje otras veces, pero Honey y Jim también vinieron al rancho para turistas del tío Andrew, en los Ozarks, y a la granja de Iowa, y fue la familia de Di la que nos invitó a ir a Washington, a Williamsburg y a Arizona. Y, además, ya sabes que los Bob-Whites siempre ayudamos a un montón de gente cuando salimos por ahí…

—Por no hablar, mi querida sabuesa —dijo Mart interrumpiendo su interminable discurso—, de tu habilidad para inmiscuirte en los misterios más misteriosos.

—No soy yo sola —dijo Trixie—. Honey también, y todos los Bob-Whites.

En ese momento pensó en la agencia de detectives que Honey y ella iban a montar cuando acabaran sus estudios; todo el mundo lo sabía ya, pero, en esta ocasión, prefirió callarse.

La señora Belden se levantó para sacar una fuente de bizcochos de chocolate. El señor Belden hizo un gesto como para emprender la lectura del diario.

—¡Esperad! —dijo Trixie—. ¡Todavía no he terminado!

El consejo de guerra estaba resultando un absoluto fracaso. Aparentemente, sus padres no estaban dispuestos a reconsiderar su decisión.

Trixie parecía a punto de explotar; Brian tuvo que darle un codazo, no muy fuerte, por debajo de la mesa.

—Calma, dinamita —dijo en voz baja—. No te servirá de nada estallar.

—Me temo que el tema está cerrado —dijo el señor Belden.

Trixie, al oírlo, pensó en la puerta de la cámara acorazada del Banco de Sleepyside, donde su padre trabajaba.

—Estoy segura de que algún día irás a Inglaterra —dijo la señora Belden cogiéndola por los hombros—. Pero ahora, ¿qué te parece si tomamos unos bizcochos de chocolate?

Un bocado de uno de esos bizcochos recién sacados del horno bastaba para hacer que Mart se olvidase de todo lo demás. Brian ya había cogido uno. Pero Trixie sintió que en ese momento le vendría mejor tomar un poco el aire que esos bizcochos calentitos.

—Me voy un rato a casa de Honey —murmuró—. ¿Vale?

—Yo ahora iré para allá —dijo Mart mientras comía un bizcocho.

—Muy bien —dijo su madre—. Pero no volváis muy tarde.

Trixie subió corriendo la ladera que separaba Crabapple Farm de Manor House, que estaba en lo alto de la colina. Tenía que aprovechar cada minuto que les quedaba de estar juntas. Quería hacerle tantas preguntas… Cuándo se marcharían, qué tiempo estarían fuera… Esperaba que no fuera todo el verano. ¡Eso sería terrible!

A mitad de la ladera, Trixie se encontró con Honey, que bajaba volando. Sus bucles rubios le caían como una cascada sobre los hombros, y sus ojos castaños le parecieron grandísimos.

—¡Trixie! —exclamó—. ¡Mira lo que tengo!

—¿Y por qué tengo que verlo? —preguntó Trixie, jadeando—. ¡Dímelo!

—Pues, porque no me creerías; por eso —dijo Honey, mientras iban hasta la mansión de la cumbre del río Hudson.

—Si no me lo dices ahora mismo, me da algo —dijo Trixie mientras subían los escalones de la baranda que rodeaba la casa.

—Ay, Trixie, a ti siempre te está dando algo —dijo su amiga—. Te daré una pista, para que no sufras. Es de muchos colores, y es una cosa muy, pero que muy antigua.

Las dos irrumpieron en el salón y por poco se caen encima de la señora Wheeler, que estaba hablando con una de las doncellas.

Tranquilízate —se dijo Trixie a sí misma.

La madre de Honey era un sol, pero Trixie no podía evitar sentirse un poco incómoda con ella. Siempre lo tenía todo en orden, y se vestía con elegancia hasta para montar a caballo. Procedía de una noble familia, y siempre tenía un aspecto tan cuidado como en el retrato que colgaba en la sala de la casa.

Trixie no sentía lo mismo hacia el padre de Honey, un señor pelirrojo que se había ganado la fortuna a pulso hasta construir un imperio económico bastante poderoso. De alguna manera, pese a todo su dinero, se las arreglaba para que todos los Bob-Whites estuvieran tan cómodos con él como con sus propios padres.

Y hasta puede que más cómodos —pensó Trixie.

Desde luego, en ese momento las relaciones entre su padre y ella

no estaban en su mejor momento.

—Buenas noches, Trixie —dijo la señora Wheeler—. Supongo que has venido a ver…

—No se lo digas —le advirtió Honey—. Quiero que se lleve una sorpresa.

—Muy bien, cariño —contestó la señora Wheeler sonriendo—. ¿Por qué no subís a tu cuarto? El joyero ha traído «eso», y yo lo he dejado en el cajón superior de tu cómoda. Hicieron un buen trabajo al limpiar y bruñir…

—¡Ma-má! —insistió Honey, obligando a Trixie a subir las escaleras anchas, alfombradas en tono carmesí. La alfombra era nueva (a la señora Wheeler le encantaba la decoración) pero la resplandeciente balaustrada de madera de cerezo nunca la cambiarían. Manor House fue diseñada siguiendo el modelo de las mansiones que los primeros holandeses habían construido a orillas del río Hudson, antes de la Revolución Americana. No hace falta decir que tenía un aspecto magnífico, pero Trixie no la cambiaría jamás por su pequeña granja, al pie de la colina. A todo el mundo le gustaba muchísimo Crabapple Farm.

El dormitorio de Honey era todo blanco y la colcha, de organdí, hacía juego con las cortinas. Al principio, a Trixie también le impresionaba esta habitación, pero ahora, ya no.

—Ahora —exigió Trixie, desplomándose encima de la cama— si no me enseñas eso antes de que cuente tres, yo… yo…

No terminó la frase. No se le había ocurrido nada nuevo con que amenazar a su amiga. Además, Honey ya estaba abriendo el cajón de su cómoda, y había sacado una cajita de terciopelo color púrpura.

La cajita de terciopelo estaba toda comida por las polillas.

—Lo acabo de heredar —dijo Honey—. Es de mi tatarabuela Priscilla, a la que ni siquiera he llegado a conocer. Mamá apenas la recuerda… sólo una vez, cuando era muy pequeña y fue a visitarla a Nueva Inglaterra. Mi tatarabuela ya estaba viejísima entonces. Ha estado en una casa de reposo, y murió la primavera pasada… a los noventa y nueve años.

—¡Uf! —dijo Trixie—. Más que vieja, yo diría que era antigua. Qué pena que no llegase a los cien, para ser «centesimal».

—Querrás decir centenaria —dijo Honey riéndose—. Te armas

cada lío con las palabras…

—Lo que sea —cortó Trixie—. Pero dime… ¿qué es lo que has heredado?

—¡Esto! —dijo Honey abriendo la cajita y volcándola sobre la cama.

Zafiros, esmeraldas y rubíes resplandecían sobre la blanca colcha. Todos ellos los habían incrustado en una gruesa cadena de oro, que además venía adornada con perlas y diamantes.

—¡Guau! —susurró Trixie—. ¿Son de verdad?

—Mamá hizo que lo comprobaran —dijo Honey—. No pensó que lo fueran, pero tampoco estaba segura, ya que estaban todos cubiertos de polvo… así que pidió a un joyero que la limpiara y la tasara. Dijo que, en caso de que fuera auténtica, sería preciso guardarla en la Torre de Londres, con las Joyas de la Corona. Sólo reyes y reinas llevarían una cosa así.

—Por suerte —dijo la señora Wheeler desde la puerta—, no son sino imitaciones.

—¿Por suerte? —balbuceó Trixie—. ¿Quiere decir que son falsas? ¿Y que se alegra de ello?

Honey se puso el collar que, por cierto, pesaba bastante y le llegaba casi hasta la cintura.

—Pues no parece bisutería, ¿verdad? —dijo mientras se paseaba delante de Trixie como si fuera una princesa.

La señora Wheeler se sentó en una mecedora blanca.

—Las piedras no son auténticas, pero la pieza puede tener aún bastante valor, sobre todo si tuviera un interés histórico especial. El joyero nos aseguró que era muy antigua.

—¿Tanto como su tía Priscilla? —preguntó Trixie.

—Más «antigua» aún —dijo la señora Wheeler.

—Tal vez sea de tiempos de la reina Isabel —dijo Honey—. Me refiero a la reina

Isabel I.

Y de eso hace más de cuatrocientos años.

Trixie tragó saliva.

—Eso está por ver —dijo la señora Wheeler, sin poder evitar que se le escapara una sonrisa.

—Y yo iba a Crabapple Farm para darte la noticia —dijo Honey ilusionada—. Ahora sí que es preciso que te vengas a Inglaterra,

Trix… tú y Mart, aunque Brian no pueda venir. Tenemos que investigar el origen de este collar. Ya sabemos que viene de Inglaterra. La señorita Trask vendrá también… ella enseñaba historia, además de matemáticas, antes de convertirse en mi institutriz… ah, y hay un montón de bibliotecas antiquísimas, donde podremos buscar datos… los antepasados de mi madre, las etapas de la joyería, y qué sé yo. Además, papá dice que, si vamos a resolver un misterio, nadie lo hará mejor que Trixie Belden.

—¡Nuestra superdetective! —exclamó alegremente una voz desde la puerta del cuarto de Honey, que estaba abierta.

Era Jim; Mart estaba detrás, en el pasillo. Trixie no sabía dónde meterse, ni si reír o llorar, y el ver a Jim, con su cabello rojizo despeinado, fue demasiado para ella.

—Pero si no nos dejan —dijo con melancolía—. Mis padres dicen que no nos hagamos ilusiones —añadió intentando reprimir las lágrimas.

No quería que Jim la viese llorar, él que siempre andaba diciéndole lo valiente era.

—Mira, Matthew y yo vamos a llamar a tus padres —sugirió la señora Wheeler—. Les explicaremos lo mucho que necesitamos la… bueno, la Agencia de Detectives Belden-Wheeler, para averiguar el origen del collar.

Trixie habría jurado que la señora Wheeler guiñaba un ojo.

—Y a mí me encantaría conocer algo más sobre mis antepasados —añadió sonriendo.

—¿Quiere decir como un trabajo? ¿Para la Agencia? —exclamó Honey—. Ay, Trixie, sería fabuloso, ¿no? ¡Un caso de verdad!

—Vuestros casos, hasta ahora, han ido de veras… y tan de veras —comentó Mart.

Trixie se quedó sin habla. La Agencia de Detectives Belden-Wheeler no había sido hasta entonces más que un sueño, esperando a que Honey y Trixie se hicieran mayores para convertirse en realidad… Es verdad que ya habían resuelto unos cuantos casos, con la ayuda de los Bob-Whites, pero siempre habían caído en sus manos por azar…

—Supongo que sería uno de esos trabajos con todos los gastos pagados… —dijo Jim, que seguía apoyado contra el marco de la puerta.

—¡Los gastos! —balbuceó Trixie—. Bendita sea mi tía.

—Querrás decir la mía —añadió Honey.

—Todos los gastos pagados —ratificó la señora Wheeler—. Tendréis que llevar vosotras la cuenta.

—Dame un buen pellizco —dijo Trixie, anonadada—. No, pensándolo mejor, no me des ningún pellizco. Podría despertarme del sueño.

—¿Cuál es el nombre de esa familia sobre la que quieres que investiguemos? —preguntó Mart con curiosidad—. ¿La familia Wheeler?

—No, es la mía —dijo la señora Wheeler—. Mi nombre de soltera es Hart. H-a-r-t. Según creo, una rama del árbol genealógico de los Shakespeare.

—Supongo que no lo dirá en serio —exclamó Mart.

—¿Te gusta Shakespeare? —preguntó la señora Wheeler—. Me alegro. Pasaremos unos días en Stratford-on-Avon, la ciudad donde nació. Lo arreglaremos para que vayáis a ver una o dos obras suyas, en el Teatro Real de Shakespeare. Voy a buscar a Matthew —dijo levantándose.

La señora Wheeler salió precipitadamente de la habitación, y Trixie dio un suspiro.

—Ay, Honey, tu madre es un cielo —dijo—. ¿Tú crees que conseguirá convencer a mis padres?

—Te apuesto lo que quieras a que sí —dijo Mart con optimismo —. Como si lo viera, en el Sleepyside Sun: «La Agencia de Detectives Belden-Wheeler partió hoy en un reactor privado hacia las Islas Británicas, donde llevarán a cabo una investigación destinada a descubrir el origen de una espléndida joya. También investigarán el árbol genealógico de la familia Wheeler».

Trixie estaba emocionadísima. ¿Sería verdad que iba a ir a Inglaterra?

Bueno, si no voy —pensó—, *la Agencia de Detectives Belden-Wheeler resolverá el misterio de la herencia de Honey… sea como sea.*

Yanqui, «Go Home» • 2

ERA EL PRIMER DÍA de los Bob-Whites en Londres, y ya se había perdido sin remedio.

Después de arreglarlo todo la noche anterior, para que los chicos se alojaran en un pequeño hotel de los que dan «cama y desayuno», el señor y la señora Wheeler habían proseguido su viaje hasta París. Trixie les estaría agradecida eternamente por haber convencido a sus padres para que le dejaran a ella y a Mart acompañar a Honey y a Jim a Inglaterra. Cuando vieron que Trixie y Mart podrían ser muy útiles en el viaje, el señor y la señora Wheeler pensaron que el viaje resultaría muy educativo. Trixie no paraba de darse pellizcos; parecía mentira eso de estar al otro lado del Atlántico, y no en otro de sus sueños.

La señorita Trask ya había estado haciendo ciertas averiguaciones sobre la familia Hart, en el Registro de Nacimientos de la Corona Inglesa. Eso permitiría a los Bob-Whites empezar a recorrer la ciudad por su cuenta.

A media mañana ya habían explorado una buena parte del terreno…, había sido, más bien, una excursión subterránea. El Metro estaba atestado de viajeros ingleses y turistas extranjeros. Los trenes irrumpían en las estaciones por los túneles apenas iluminados, y, en cierto sentido, nadie conseguía indicar correctamente a unos americanos qué línea había que tomar para ir a un sitio o a otro.

—Esto está siendo divertidísimo, y eso que no sabemos ni por dónde vamos —dijo Trixie—. Ahora, sospecho que a los ingleses no les caemos demasiado bien.

—¿Y qué te hace pensar eso? —preguntó Honey.

—¿No has oído lo que ese señor nos acaba de llamar? —dijo Trixie—. El mismo que nos ha metido a empujones en este tren, sin

saber siquiera si era el que teníamos que coger…

—«Vaya peste de turistas» —exclamó Mart.

—Bah, eso no quiere decir que les caigamos mal —dijo Honey—. Lo más seguro es que tengan mucha prisa por llegar al trabajo.

—Honey, tú defenderías a una serpiente si te mordiese —dijo Jim en tono irónico.

Antes de que Honey pudiera protestar, prosiguió:

—Bueno, a mí me da lo mismo estar en un sitio o en otro. Yo creo que deberíamos bajar en la próxima estación. Ya echo de menos la luz del sol. No me gusta esta vida de topo.

La siguiente estación, según rezaba el cartel del muro, resultó ser Baker Street, o «Calle del Pastelero». Los demás Bob-Whites accedieron con cierto alivio a subir los escalones que les conducirían de nuevo a la superficie, bajo el radiante sol del verano.



—El aire, en esta parte de Londres, parece más limpio que donde estuvimos esta mañana —dijo Honey mientras iban calle abajo.

—Sí, Londres parece una ciudad polvorienta —reconoció Trixie.

—El polvo no constituye más que una porción infinitesimal de la substancia que respiramos, cargada de partículas impalpables y desconocidas —dijo Mart, con su acostumbrada pedantería.

Trixie suspiró, armándose de paciencia.

—Me gusta más la versión de Trixie —opinó Jim—. Además, «polvo» empieza por la misma letra que «piojo».

Todavía ni siquiera sabían dónde estaban. Era una calle bastante tranquila, sin mucho tráfico, y se pararon en la esquina.

—¡Uf! Ni que fuera la ciudad más grande del mundo —exclamó Trixie—. Me duelen los pies una barbaridad.

—Es la sexta ciudad más grande del mundo —dijo Mart, aprovechando para dar uno de sus discursos—. Shanghai es la más grande, con sus once millones de habitantes. Yo diría que es un poquitín más grande que Sleepyside, ¿no?

—¡Mart Belden, te estás convirtiendo en una enciclopedia humana! —exclamó Honey—. Me figuro que también sabrás cuál es la población de Londres…

—Creo que tiene más de siete millones de habitantes… eso, si te refieres al Gran Londres. A ver si nos entendemos; Londres es una ciudad dentro de otra —explicó Mart, encantado de poder lucirse.

No se sabe cómo, pero había tenido más tiempo para documentarse sobre el viaje que sus amigos; también gozaba de una memoria prodigiosa, cosa que a Trixie le costaba admitir a menudo.

—La sección más antigua de la parte central es lo que se llama propiamente Ciudad de Londres. Y su extensión no pasa de una milla cuadrada —continuó Mart—. En la Edad Media estaba rodeada de una muralla, como una fortaleza. La parte central de la ciudad, de unas diez millas cuadradas, sigue siendo la zona más bulliciosa. A su alrededor aparece el Gran Londres, que tiene unas setecientas millas cuadradas, y que incluye los suburbios. Pero la mayoría de los monumentos y museos están en la parte central, casi a orillas del río Támesis: el Parlamento, la Abadía de Westminster, la Torre de Londres, el Palacio de Buckingham, la Catedral de San Pablo… ¡y hasta Scotland Yard!

—Ya que te conoces Londres al dedillo —dijo Jim con una sonrisa—, ¿por qué no nos dices dónde nos hemos metido?

—Estamos en la calle Mary-le-bone —dijo Trixie, leyendo la placa.

—Se pronuncia «Mar-li-boun» —dijo Jim—. Ya voy aprendiendo a pronunciar esas palabras inglesas tan largas, como Worcestershire… eso sería Wuústsher… o Leicester, que se dice

Lesta. Sólo hay que acentuar la primera sílaba y comerse lo demás.

La calle Marylebone se veía muy larga en el mapa que Honey estaba consultando. El mapa no les sirvió de mucho; sólo les confirmó que no iban bien encaminados si querían ir a la Torre de Londres, que habían pensado ver esa mañana.

—No os perdáis la Torre, con las Joyas de la Corona, por nada del mundo —les había aconsejado la señorita Trask—. Es un buen sitio para empezar a buscar el rastro del collar.

Trixie ya empezaba a lamentarse de que no estuviera con ellos la señorita Trask, siempre tan eficaz y tan divertida; era la acompañante favorita de los Bob-Whites en sus viajes. Comenzó siendo la institutriz de Honey, pero poco a poco se había ido convirtiendo en ama de llaves de la mansión de los Wheeler, donde se ocupaba de multitud de cosas, desde preparar banquetes hasta arrancar motores rebeldes de furgonetas. Con el salario que ganaba en casa de los Wheeler ayudaba a su hermana, que estaba inválida.

Nadie sabía la edad de la señorita Trask. Ella no lo reveló nunca. Era atractiva, elegante; tenía los ojos azules y el cabello corto y canoso. Solía vestir con gusto, con trajes hechos a medida y zapatos resistentes. De vez en cuando, los Bob-Whites se imaginaban algún romance pasado o presente. Por ejemplo, el señor Lytell, que era el propietario de unos almacenes, cerca de Manor House, solía prodigar un trato a la señorita Trask que no era el de simple cliente. Cuando le insinuaban cosas así, ella respondía con una sonrisa tranquila que no dejaba entrever ningún sentimiento, y los Bob-Whites llegaban a la conclusión de que la vida tan ajetreada que llevaba le dejaba poco tiempo para el amor. Además, ellos creían que la señorita Trask merecía a alguien mucho más interesante que el señor Lytell. Pero ¿quién?

Trixie había resuelto, mucho tiempo atrás, que lo mejor de la señorita Trask era que, siendo ella tan eficiente en todo, raramente se entrometía en los planes de los Bob-Whites o les aconsejaba lo que tenían que hacer. Tal vez los consideraba lo suficientemente inteligentes y responsables como para llevar la vida a su manera.

Y me temo que ha llegado la hora de solicitar su ayuda, —pensó Trixie.

A esas horas ya quedaban pocos peatones por la calle Marylebone. Por otra parte, los Bob-Whites estaban desesperados de

tanto preguntar.

—Ni que lo hicieran adrede —exclamó Trixie—. Más que orientarnos, nos desorientan. Todo está «a la vuelta de la esquina». ¿No será que se están riendo a nuestra costa?

—Los ingleses lo llaman «tomar el pelo» —apuntó Jim.

—Sólo tenéis que seguir hasta el final de la calle —dijo Mart, imitando el acento inglés—. Doblad a la izquierda, y continuad hasta llegar a una papelería. Está al lado de la ferretería… sólo tenéis que seguir un poco más, y ya llegáis. No tiene pérdida.

Trixie encogió los pies, dentro de los zapatos de suela fuerte que la señorita Trask les había recomendado. En Sleepyside, siempre llevaba calzado deportivo aunque a veces se ponía unas botas. Y hoy habían andado muchísimo, demasiado incluso para los Bob-Whites, que tan acostumbrados estaban a ir de un lado a otro. Pero, aun así, Trixie no quería confesar que estaba agotada.

Honey, sin embargo, se dio cuenta de lo que le ocurría a su amiga y dijo sonriendo:

—¿Por qué no nos metemos en uno de estos pequeños cafés y descansamos un rato?

—No estarás insinuando, por casualidad, que las extremidades inferiores de la mujer aguantan menos que las del hombre, ¿verdad? —preguntó Mart, con su habitual sentido del humor.

—Nada de eso —replicó Trixie—. Lo que pasa es que he notado que aminorabas un poco el paso, mi querido Diccionario Andante.

—No, mejor llámale Diccionario Renqueante —dijo Jim guiñándole un ojo a Trixie.

A ella le gustaba que Jim la mirara con sus ojos verdes; le encantaba tenerlo a su lado. Naturalmente, no podía esperar que su propio hermano la tratara con la misma galantería. Jim no hablaba tanto como Mart, pero Trixie reconocía que era muy listo.

—«Touché» —admitió Mart con una sonrisa—. «¡Un caballo, un caballo! Mi reino por un caballo», como diría el Bardo. —El Bardo, como ya se había encargado de informar a todos, era otro de los nombres de Shakespeare.

—¿Qué os parece si tomamos una taza de té? —insistió Honey.

—Y unos «gatos» de esos que no han parado de tentarnos desde los escaparates de las pastelerías —propuso Trixie con entusiasmo.

Llevaba una hora viendo aquellos pastelitos, de crema, de limón,

de chocolate, de frutas, de manteca escocesa, de nata batida… Estaban como para chuparse los dedos.

—¿Gatos? —preguntó Honey, escandalizada.

Mart soltó una carcajada.

—«Gato», no gato, ¡tonta! —informó a su hermana—. Pastel, en francés. Se escribe g-a-t-o-u-x.

Trixie se puso colorada.

—En fin, a veces es mejor tener cerrado el pico —le dijo Jim a Mart, haciendo otro guiño a Trixie—. En francés, se escribe correctamente g-a-t-e-a-u-x.

Ahora fue Mart quien se sonrojó. Eso de deletrear era su punto débil.

—La calidad de mi vocabulario supera con mucho a la de mi ortografía —fue todo lo que pudo decir mientras sonreía con aire de suficiencia y metía las manos en los bolsillos.

—Oye, ¿y cómo es que está en francés? —preguntó Trixie—. Pensaba que estábamos en Inglaterra.

—Mirad, ésta es la calle Baker —dijo Jim cuando llegaron al cruce—. ¿Y veis aquello? ¡Es el número
221-B
!

Mart cogió la cámara y dio unos pasos hacia atrás, para sacar la foto desde un ángulo mejor.

—¿Para qué quieres hacerle una foto a ese edificio tan viejo? —preguntó Trixie—. Si es como todos los demás de esta calle.

—¿Y tú te haces llamar detective? ¿Y no sabes nada del número
221-B
de la calle Baker? —replicó su hermano—. Permite que te presente a Sherlock Holmes, el detective más famoso de todos los tiempos, y he aquí la famosa casa estilo Victoriano que el Doctor Watson se suponía que había alquilado. Claro que ellos no fueron más que personajes ficticios.

—¡Ah, ya me acuerdo! —dijo Trixie muy emocionada—. ¿Veis? Ése debe ser el mirador en el que Holmes estaba sentado cuando le disparó su archienemigo… ¿cómo se llamaba?

Entonces se quedó pensando abstraída.

—Moriarty —dijo Honey.

—Pero Holmes no murió —prosiguió Trixie—, ¡porque ni

siquiera estaba allí! Había dejado un muñeco de cera en el mirador, para engañar al villano.

Por desgracia, la célebre casa no estaba abierta a los turistas, al menos eso les dijo una mujer, bastante antipática, que salió a la puerta.

—¡Ja! ¿Lo veis? —dijo Trixie, decepcionada—. No nos tragan. Digo yo que por lo menos podría habernos dejado echar un vistazo.

—No estuvo muy amable, no —admitió Honey dando un suspiro.

—No es más que la célebre reserva de los ingleses —dijo Mart.

—No hagas caso, Trix —le dijo Jim—. Iremos a ver el Museo de Cera de Madame Tussaud. ¿Ves? Está allí, al doblar la esquina.

—¡Guau! —dijo acelerando el paso—. ¡Vamos allá!

—¿Y por qué no reponemos fuerzas antes con una taza de té y un puñado de esos deliciosos «gatos»? —dijo Jim.

—Vale; vamos a darnos prisa —dijo Trixie, impaciente—. Todavía nos queda por ver la Abadía de Westminster y el Cambio de Guardia en el Palacio de Buckingham…

—… y hacer un crucero por el Támesis —añadió Honey al mismo tiempo que entraban en un pequeño café y se sentaban en una de las mesas de madera—. Y ver el Puente de Londres…

—El Puente de Londres no lo vamos a ver —dijo Mart—. Está en Arizona.

—¡Arizona! —exclamó Trixie—. Supongo que estarás bromeando…

—No —dijo Jim—. Un millonario lo compró y lo hizo reconstruir en el Lago de la Ciudad de Havasu, en el Estado de Arizona. Lo más curioso es…

Lo más curioso respecto al Puente de Londres quedó relegado a un segundo plano porque en ese mismo instante un hombre alto, con un delantal blanco, salió de la cocina para tomar nota de lo que querían. Su espeso y gigantesco bigote le daba un aire casi temible.

—Mart, vas a quedarte sin apetito —dijo Honey—. Da la impresión de que te vas a comer la hoja del menú.

—Yo soy un fanático de la costumbre británica de comer cinco veces al día —dijo Mart.

Todos se rieron… quizá no era demasiado gracioso, pero se divertían mucho estando juntos. Todavía les hicieron reír más los

extraños nombres de las comidas… arenque o salmón ahumados, bollos… todo les apetecía.

El camarero los miró sin hacer el menor gesto. Trixie se encogió un poco. Cuando por fin se decidieron y el hombre entró por las puertas de la cocina, exclamó:

—No puedo evitar la sensación de que nos tienen manía.

—Eso es porque eres una sabuesa redomada —dijo Mart en broma— y siempre «hueles» algo respecto a la gente que se topa contigo.

—No, Trix, no nos odian —intervino Honey—. Y nosotros somos un poco bobos, ¿sabes?… No paramos de burlarnos de su dinero, de su forma de hablar y de todo lo demás. Y les quitamos tanto sitio en los autobuses y en el metro… ¿Cómo vas a censurar a alguien que se enfada cuando le cierran la puerta del vagón en las narices?

—Honey tiene razón —dijo Jim.

Trixie se puso colorada. Ella era abierta por naturaleza. Disfrutaba haciendo nuevos amigos, y se molestaba si la gente no respondía a su amabilidad con una sonrisa.

Me figuro que soy demasiado impulsiva —reflexionó—. *No tengo ningún tacto con los demás, al contrario que Honey. ¡Pero tampoco me hace gracia que Jim se ponga de su parte tan rápidamente!*

—Yo he leído en alguna parte —prosiguió Jim— que los ingleses no habían perdonado a los americanos su actitud al final de la Segunda Guerra Mundial. Ellos tenían casi todo racionado, y los turistas americanos se aprovechaban de todo sin ninguna consideración.

—Por otro lado —dijo Mart— el turismo ayudó a impulsar su economía.

—Quizá ellos hubiesen preferido desarrollarla de alguna otra forma —comentó prudentemente Honey, justo cuando el camarero traía lo que habían pedido.

A Trixie le sirvió un bizcocho borracho, con gelatina, fruta y natillas, todo rociado con un poco de vino. Sabía que era una gloria, y muy a su pesar, tuvo que comérselo deprisa.

—No tenemos mucho tiempo —repetía una y otra vez a sus amigos—. La señorita Trask nos advirtió que sólo nos quedaremos en Londres dos o tres días, y no hemos hecho más que empezar a

visitarla… encima, no hemos averiguado nada sobre nuestro caso.

Se impacientó más aún cuando terminaron y el camarero no aparecía con la cuenta. Oían cómo fregaba los platos en la cocina; sin embargo, nadie salió de allí para atenderlos. Eran ellos los únicos clientes que había en ese momento en el pequeño café.

—¿Por qué no dejamos el dinero en la mesa? —dijo al fin.

—Si nos cobrasen en dólares, todavía podríamos hacerlo —opinó Jim—, pero yo no me aclaro aún con el cambio.

Sacó su cartera y ojeó las libras, que tenían algo de irreal para él, acostumbrado como estaba a los dólares.

—Cualquiera diría que es dinero de juguete —exclamó.

Trixie se revolvía en su asiento, muy inquieta.

—Me da la impresión de que nos está haciendo esperar a propósito —murmuró en voz alta.

—Chitón —susurró Honey al ver que las puertas se abrían de golpe y el camarero llegaba con la cuenta.

—Como diría Winnie el Inútil [1], ¿cuánto le debemos en libras, chelines y onzas [2]? —preguntó Mart alegremente.

Pooh era uno de los personajes favoritos de Bobby, su hermano pequeño. Trixie pensó en él y sintió una gran nostalgia. En Sleepyside… ¿quién no quería a los Bob-Whites?

—A mí me sale a una libra, sin propina —calculó Jim.

Honey desabrochó la cremallera de su bolso de cuero, que llevaba colgado del hombro, y se quedó mirando las monedas, que le parecían de otro mundo.

—Lo mío son noventa y nueve peniques —dijo Trixie con un suspiro, tratando de juntar las monedas de su cartera—. ¡Oh, no! ¿Qué voy a hacer con tanto centavo?

—No son centavos —le dijo Mart—. Son peniques, y valen casi el doble. Una libra vale cien peniques, que equivale a unos dos dólares. Así que dásela y que se quede con el cambio. Ten, Honey, yo pago el resto; luego, en el hotel, ya haremos cuentas de lo que me debes.

El camarero había seguido toda la conversación allí plantado, junto a la mesa, esperando a que le pagaran. A Trixie le pareció que se le retorcía el bigote. Bueno, desde luego ella no le iba a dar una propina tremenda. Aunque tal vez no le estaba dando el dinero suficiente. ¿Por qué la miraba de ese modo? ¿Es que lo hacía todo

mal en ese país?

Trixie dejó el dinero encima de la mesa y salió del café de mal humor. El camarero sólo podía aducir un motivo para explicar lo mal que le caían, y es que eran americanos, pero no le habían hecho nada, de eso estaba segura.

No se había alejado demasiado cuando Jim la alcanzó y se puso a caminar a su lado.

—Yo tampoco puedo dejar de pensar en el famoso «grito de guerra», eso de «Yanqui, go home, —es decir—, yanqui, lárgate a tu casa» —admitió, acompañando sus palabras con un suspiro.



Trixie se sintió algo mejor con Jim a su lado. Puede que las cosas fueran distintas en el Museo de Cera. Quizá no llegaran a encontrar ni una sola pista para resolver su caso, aquello que les

había traído a Inglaterra: averiguar el origen del collar de Honey.

En la Cámara de los Horrores • 3

LOS BOB-WHITES tuvieron que hacer cola para entrar en el Museo de Cera; una familia inglesa llegó y se puso detrás de ellos. El niño y la niña parecían gemelos; eran pelirrojos, como Jim, y tenían los ojos azules como Bobby. También el modo insistente, casi descarado, con que la miraban le recordó a Trixie a su hermano pequeño. De pronto, se vio «desde fuera», a ella y al extraño grupo que formaban: cuatro americanos que llevaban puestas unas chaquetas rojas idénticas, las que Honey había hecho para todos los Bob-Whites.

Trixie se agachó y sonrió a los dos chiquillos.

—Apuesto a que te estarás preguntando por qué llevamos estas chaquetas rojas —dijo—. Mira, es que somos de un club, los Bob-Whites de la Cañada. El dinero para el club lo tenemos que ganar trabajando, y nos lo pasamos fenomenal todos juntos. A veces hasta resolvemos misterios. ¿Y vosotros? ¿Sois de algún club?

En lugar de responder, los hermanitos se limitaron a soltar unas risitas, para terminar refugiándose tras las faldas de su madre.

—Los gemelos son un poco tímidos —dijo la señora inglesa, que tenía las mejillas sonrosadas—. Bueno, al menos con extraños.

¡Extraños! —murmuró Trixie entre dientes.

Qué cosas, yo siempre he hecho migas enseguida con los pequeñines —pensó.

—Y tenemos un silbido especial para nuestro club —insistió, todavía agachada—; es nuestra señal para cuando nos metemos en algún lío.

Sin pararse a pensar, soltó el silbido más agudo de su repertorio… ¡bob, bob-white!

La sonrisa les llegaba ahora de oreja a oreja; los gemelos abandonaron las faldas de su madre. La gente que estaba en la cola

se apartó, y del interior del museo salió un hombre con uniforme.

—¡Eh! —dijo bruscamente—. ¡Basta ya!

Trixie se incorporó; se había puesto roja como un tomate.

—Yo sólo estaba… —balbuceó.

Sin aguardar sus explicaciones, el guarda del museo levantó un dedo amenazador y se volvió a meter en el edificio.

—Aún has tenido suerte —le susurró Mart al oído—. Tengo la impresión de que tu explicación te hubiera hundido más en el fango.

—Venga, chicos, dejad eso —dijo Honey—. Ya nos toca.

Una vez dentro, cualquiera hubiese dicho que a los Bob-Whites se les había comido la lengua algún gato porque no dijeron ni una palabra. Se habían quedado fascinados ante las estatuas de cera, que iban vestidas con ropa de verdad y que parecían vivas; los cabellos, las pestañas, hasta los ojos… todo era perfecto. A los Bob-Whites les parecieron tan reales y familiares que ni siquiera necesitaron leer los nombres.

—Es como tener delante a toda la gente de la que has oído hablar, a todos juntos —dijo Honey—. Napoleón y los Beatles, Abraham Lincoln y Liza Minelli, y todos aquí, como si les hubiesen invitado a la misma fiesta.

—¡Y Shakespeare! —dijo Mart, acercándose para ver mejor—. Aquí pone —añadió, mientras consultaba su guía— que hacen una impresión del rostro en cera… utilizando la cabeza real, si es posible. Si no, un artista la esculpe. Luego pegan el cabello en la cera caliente, uno a uno. Los ojos son de cristal hecho a mano, del color de la víctima… digo del sujeto. Hay una colección de ojos en los cajones del almacén… ¡eso tengo que verlo!

—Yo he oído decir que muchos líderes del mundo… hasta reyes y reinas… vienen aquí, al Museo de Madame Tussaud, para que les tomen medidas y les fotografíen —dijo Jim.

—Mirad… aquélla es Madame Tussaud en carne y hueso… mejor dicho, en cera —dijo Trixie señalando con el dedo a la célebre señora, en el salón de la entrada—. ¿Todavía vive?

—No del todo —dijo Mart en broma—. Según la guía, comenzó a hacer sus estatuas de cera bastante antes de la Revolución Francesa, cuando tenía sólo dieciocho años, y murió en 1850, a la edad de 89.

—Aquí dice que Benjamín Franklin posó para ella cuando estuvo en París, en 1783, ya viejo —dijo Jim, que iba leyendo lo que ponía en el libro—. Fue el primer estadista americano que se esculpió en cera.

—También hizo a María Antonieta… nada más salir de la guillotina —dijo Mart—. Le trajeron la cabeza en una cesta —añadió el muy macabro, pasándose el dedo alrededor de la garganta.

—¡Uf! —exclamó Trixie mirando a Honey, que también se había estremecido.

A Trixie le vinieron a la memoria los primeros días de Honey en Sleepyside, cuando se desmayaba en cuanto veía un poco de sangre.

Ahora está tan resuelta como yo a ser detective —pensó Trixie—. *Claro que sigue pasando miedo de vez en cuando, pero eso es porque normalmente se muestra más juiciosa que yo*.

No es que Trixie fuera una cabeza loca. Cuando pensaba en lo que había hecho, solía calificar sus actos de impulsivos. Lo malo era que esas reflexiones siempre llegaban demasiado tarde.

En ese momento recordó Trixie al resto de los Bob-Whites que no estaban allí, y le dio mucha pena de que no hubiesen podido venir con ellos.

—Sobre todo Dan… él se merece un viaje como éste —dijo Trixie en voz alta, sin darse cuenta de que, si alguien la oía, no sabría de qué estaba hablando—. ¡Trabaja tantísimo! —añadió sonrojándose.

Honey sonrió; ella entendía perfectamente a su amiga.

—Sí, ojalá hubiera venido Dan —dijo—. Y Brian. Pero están tan obsesionados con lo de ganar dinero…

—Y Di siempre tiene que marcharse a algún sitio con sus padres —añadió Mart, al que le gustaba Di.

Al contrario que su hermana Trixie, Di lo admiraba.

—Pues casi es preferible que no hayan venido —opinó Jim—. Serían tres más confundiendo a los camareros y a los guardas de los museos.

Mart se descolgó la cámara e hizo que los demás posaran delante de un grupo de presidentes de los Estados Unidos de América.

—Tú deberías estar entre ellos —le dijo Trixie—. ¡Eh, déjame sacar la foto a mí!

Todos protestaron.

—Trix, tú siempre sacas las fotos movidas —dijo Mart.

—Cuando no nos decapitas a todos —añadió Honey riéndose a carcajadas—. ¡Y por hoy ya he tenido bastantes sesiones de guillotina!

Por fin, Jim se ofreció a sacar la foto.

—Chicos, nuestros profesores de historia van a quedar impresionados —se le ocurrió decir a Trixie—. Aquí nos tienes, saliendo en la misma foto que George Washington y Teddy Rossevelt… ¿a que es gracioso? Y mirad… el presidente Kennedy, y Jimmy Carter. ¡Guau!

—Aquí está Enrique VIII —dijo Jim al entrar en otra sala—, rodeado de sus seis esposas.

—¡Hablando de cortar cabezas! —dijo Mart—. Así obsequió él a algunas de sus mujeres, ¿sabéis?

—Él fue «el terror» —dijo la madre a los dos pelirrojos, que seguían pegados a los Bob-Whites—. ¡Era un hombre malísimo!

Afortunadamente, Honey no estaba por ahí para oír su conversación sanguinaria.

—¡Trixie! —gritó ésta desde el otro lado de la habitación—. ¡Ven aquí! Mira, la reina Isabel… Ahora, fíjate en su collar. ¡A que se parece muchísimo al mío, al que he heredado!

Honey hablaba con tanta impaciencia que atrajo la atención de los otros Bob-Whites, que se agruparon en torno a ella.

—Vamos, vamos, pónganse en fila, pónganse en fila —les recriminó un caballero inglés, muy corpulento, apuntándoles con su paraguas negro.

Una multitud de turistas acababa de irrumpir en la Sala de los Reyes, y los Bob-Whites se habían salido de la cola. Para un británico, era éste un delito comparable al asesinato en primer grado.

Honey no se movió. No podía apartar la vista de la reina pelirroja, y la reina

Isabel I

parecía mirarla con desdén. Llevaba un manto riquísimo, todo ornamentado de joyas… y un collar con gemas de todos los colores.

—No son exactamente iguales, Honey —le dijo Trixie.



—No, pero creo que esto le da la razón al joyero que examinó el collar —insistió Honey.

Los Bob-Whites se echaron a un lado para dejar que los turistas pudieran seguir avanzando.

—Honey, puede que estés en lo cierto —dijo Jim—. El tasador dijo que fue hecho hacia el año 1600, ¿no? Y esa fecha coincide con

el final del reinado de la reina
Isabel I
, ¿verdad?

—Isabel I, 1558-1603 —recitó Mart.

—Elemental, querido Watson —dijo Trixie en tono de burla—. Lo has leído en la placa.

—Os prometo que ésta será la última vez que hablo de cortar cabezas —dijo Mart—, pero no puedo dejar de mencionar que hasta la reina
Isabel I
era una cortadora de cabezas. Ella fue responsable de la decapitación de la reina María de Escocia… ¡su propia prima!

—Siempre he oído hablar a la señorita Trask de lo dulce que encuentra el acento escocés, y a mí también me gusta —observó Jim—. Pero debo reconocer que la historia de Escocia está llena de sangre.

—¿Y qué me dices de la historia de Inglaterra? —dijo Honey, estremeciéndose—. Bueno, vamos arriba, a ver a la Bella Durmiente.

Trixie aprobó la propuesta con entusiasmo. Las vidas (pero sobre todo las muertes) de las personas que rodearon a
Isabel I
casi le habían mareado. Por algún motivo, quiso alejarse lo más posible de una figura flaca, con el rostro marcado por las cicatrices, vestido todo de gris, desde el sombrero hasta los pantalones sucios.

Arriba, en la sombría Cámara de las Estampas Vivas, yacía la famosa princesa del cuento de hadas. Sus cabellos dorados, del mismo color que los de Honey, se desparramaban sobre una almohada de encaje blanco, y su pecho subía y bajaba, como si estuviera todavía durmiendo.

—Está respirando —susurró Honey.

También les impresionó la ensordecedora Batalla de Trafalgar, que estaba situada dos pisos más abajo. Era como una batalla naval de verdad, con los cañones, con el humo sofocante, con llamas por todas partes, y cincuenta marineros de cera combatiendo en la cubierta del navío.

—¡Guau! —dijo Mart—. ¿Cómo habrán hecho esto?

—Casi todo lo hacen con electricidad —explicó Jim—. Juegos de

luces, cintas magnetofónicas… me figuro que deben meter bastante más ruido que en tiempos de Madame Tussaud.

—No nos olvidemos de la Cámara de los Horrores —dijo Trixie.

Tenía tantísimas ganas de ver a los criminales y villanos más notorios de la historia, que fue ella la que encabezó la expedición, bajando unas escaleras de caracol, que llevaban a las mazmorras.

La luz pálida alargaba las sombras de los ya de por sí espantosos Jack el Destripador, los criminales de guerra nazis, Lee Harvey Oswald (el asesino de Kennedy) y una multitud de campesinos franceses contemplando, fascinados, la guillotina utilizada en la Revolución Francesa. Una música tenebrosa se filtraba por entre los resquicios de las oscuras celdas.

—¡Brrrr! —exclamó Honey temblando—. Hace frío aquí abajo.

La mayor parte de los archicriminales estaban detrás de las rejas.

—Según parece, los visitantes les cortaban los dedos de cera y se los llevaban como recuerdo —dijo Mart—. Y hablando de dedos de cera, yo no me voy de aquí hasta que no vea cómo hacen todo esto. Apuesto a que les convencemos para que nos dejen ver los talleres.

—Adelante —dijo Trixie—. Yo prefiero ver el resto de los Horrores. ¿Y tú, Honey?

—Bueno —dijo Honey—. Ninguna de las dos alternativas me parece una maravilla. Pero supongo que los talleres deben ser más macabros aún que esto, así que me quedo contigo.

—Vete con Mart si quieres, Jim —dijo Trixie—. Nos veremos a la salida.

—Yo creo que es mejor no separarse —opinó Jim mirando a Trixie.

—¡Por favor! —exclamó Trixie moviendo la cabeza—. ¿Qué va a pasar? Todas estas figuras son de cera, te lo recuerdo. Tal vez sea uno de los lugares más seguros del mundo, pese a su apariencia sanguinaria.

Jim sonrió y miró la hora.

—Muy bien —dijo complaciente—. Entonces, nos vemos en la salida principal dentro de diez minutos. Tenemos que encontrar el camino de regreso al hotel antes de que la señorita Trask decida llamar a Scotland Yard.

—¿Diez minutos nada más? —preguntó Mart extrañado—. Ay,

«el tiempo está descentrado», como diría el Bardo.

—Sólo cuando lo pierdes —señaló Trixie mientras los chicos se iban.

Ya era casi la hora del té, y quedaban pocos curiosos en los corredores subterráneos. Trixie y Honey no osaban separarse mientras iban de cámara en cámara, de espanto en espanto.

—Me estoy empezando a arrepentir de no haber ido con los chicos —dijo Honey.

—Sólo un minuto más —suplicó Trixie—. Si vamos a ser detectives, nos conviene saber contra quién nos vamos a enfrentar… ¡ay, ay, ay!

Al doblar una esquina por uno de los angostos pasillos, Trixie había rozado a una figura rígida que había en un nicho en tinieblas, cavado en el muro.

—Mira, ¿a que es rarísimo? —murmuró.

Lo más curioso era que parecía una copia casi exacta de la figura flaca y gris que había visto en la Sala de los Reyes. Hubo un momento en que Trixie imaginó que el museo había puesto esas figuras repetidas para gastar una broma pesada a los visitantes.

No, eso no tiene sentido —pensó Trixie—. *Será el mismo que vi arriba.*

Su rostro blanquecino tenía la misma expresión maligna, sus ojos negros despedían el mismo brillo de demencia, y llevaba puesta la misma ropa, gris.

—Me pregunto qué clase de criminal será —dijo Honey en voz muy baja.

Trixie se acercó para decirle al oído:

—¡Un carterista, seguro!

La señorita Trask les había prevenido contra los carteristas de Londres, y esta figura respondía a la idea que tenía Trixie de lo que era un carterista. Buscó alguna placa que lo identificara, pero no encontró nada.

—Por favor, Trixie —suplicó Honey—. Vámonos de aquí.

—Espera un segundo —dijo Trixie observando la mirada oscura del hombre… hasta que (podría jurarlo) las pestañas blancas se movieron.

Durante un buen rato siguió mirándolo, desafiante.

—Parece tan real —murmuró Honey.

—¿Pues a que no lo adivinas? —dijo Trixie al ver que parpadeaba de nuevo—. ¡Es real!

La figura rígida se echó hacia adelante, cogiendo a Honey por el brazo.

—¡No sueltes el bolso! —gritó Trixie.

El pequeño hombrecillo trató de quitarle el bolso a Honey, que se puso a chillar al ver que la tira de cuero se le clavaba en el brazo.

Trixie procuró apartarlo de su amiga, pero él era sorprendentemente fuerte. Sus manos huesudas eran como garras de acero; la pelea continuó en el estrecho pasadizo en tinieblas.

¡Bob, bob-white! —silbó Trixie a pleno pulmón.

Pero los chicos estaban demasiado lejos como para poder oírla.

Pistas en el catálogo • 4

—BUENO, ¿qué está ocurriendo aquí? —dijo un guarda que había venido corriendo al oír el silbido de Trixie. Probablemente, se trataba de su viejo amigo de la entrada, aunque no estaba segura.

—¡Rápido, atrape al ladrón! —dijo Trixie—. ¡Se está escapando!

—¿Qué atrape a quién? —preguntó el guarda, mirando a su alrededor.

El pequeño hombrecillo de gris había desaparecido. Se le había escurrido a Trixie de las manos como una anguila, y había salido corriendo por el tenebroso pasadizo.

—Honey —dijo preocupada—. ¿Te quitó el bolso?

—No, yo… no lo solté —balbuceó ella, temblorosa.

—¿Por qué no salió detrás del carterista? —dijo dirigiéndose al guarda.

El guarda se limitó a mirarla fijamente.

—¡Allí! ¡Estaba justo allí! —decía Trixie mientras señalaba el nicho excavado en el muro—. Al principio, pensamos que era una estatua de cera, y es que daba miedo mirarlo; parecía uno de esos criminales famosos… con la diferencia de que éste estaba vivo.

Trixie hablaba tan deprisa como podía, para que el guarda persiguiera al carterista.

—¡Oiga, por favor, dese prisa! —añadió muy nerviosa.

El guarda frunció el entrecejo.

—Jovencita —gritó enfurecido—. No consigo entender ni una palabra de lo que estás diciendo, y no voy a tener más remedio que rogaros que os vayáis. Ésta es la segunda vez que habéis provocado un escándalo.

—¿Usted… usted me está expulsando a mí? —exclamó Trixie, sin dar crédito a sus oídos mientras observaba al guarda de arriba abajo.

Honey le apretó la mano.

—Más vale que nos vayamos de aquí —le susurró.

Trixie estuvo echando chispas durante todo el camino de regreso al hotel. Por suerte, en esta ocasión sí que les orientaron bien… un policía, un bobby, como los ingleses llamaban a los policías.

La señorita Trask les estaba esperando. Esbozó una sonrisa cuando oyó que habían expulsado a Trixie y a Honey del Museo, pero la sonrisa desapareció al enterarse de lo del carterista.

—A partir de ahora, os conviene ir siempre juntos, al menos mientras estemos aquí, en Londres —dijo—. ¿Y por qué no me dais todos el pasaporte? Los dejaremos en el hotel; así no podrán quitároslo.

El día siguiente, que era sábado, amaneció lluvioso.

—¿Estará siempre lloviendo en Inglaterra? —comentó Honey.

—Pero a nadie le importa —dijo Trixie, que apenas pudo reprimir un bostezo—. Llevan sus paraguas con la misma naturalidad con que llevan puestos los zapatos.

—Hasta tienen apodo; a sus paraguas… les llaman brollies —dijo Mart.

Los cuatro, junto con la señorita Trask, pasarían la mañana en el Museo Británico y en su Biblioteca, para proseguir la investigación que había comenzado ya la señorita Trask. A la entrada del Museo, además de tener que presentar unos pases especiales para la Biblioteca, fueron registrados a fondo, por si llevaban alguna bomba.

—Londres ha sufrido más atentados que ninguna otra ciudad del mundo —explicó la señorita Trask—. En la Segunda Guerra Mundial sufrieron bombardeos constantes, y hoy en día tienen que estar alerta a causa de los terroristas. En los años cuarenta, la aviación nazi sobrevolaba la ciudad casi a diario, y gran parte de las casas de Londres quedaron destruidas, algunas por completo y otras en parte.

A la señorita Trask se le ensombreció el rostro al narrar hechos tan terribles.

—Me imagino que Londres habría desaparecido del mapa —dijo Trixie—, si nuestro país no hubiese declarado la guerra a Alemania.

—No lo sé —murmuró la señorita Trask—. Los británicos fueron muy valientes. Lucharon sin nosotros durante más de dos años, y

luego siguieron peleando a nuestro lado.

—Menos mal que este museo no se parece en nada al Museo de Cera —dijo Honey mientras recorrían los largos pasillos repletos de obras de arte, rumbo a las salas de lectura.

A ambos lados se veían esfinges negras y bajorrelieves del Egipto Faraónico. Había unas columnas colosales del Partenón, y en una de las salas habían metido un templo griego casi entero.

—El propósito de este museo es algo distinto —dijo la señorita Trask—. Está destinado a preservar obras representativas para la historia de la humanidad, y se ha especializado en civilizaciones de la Edad Antigua y medievales. Muchas personas han donado colecciones completas de objetos y documentos, convirtiéndolo en uno de los museos más importantes del mundo.

—Eso me suena a Bob-Whites —dijo Jim con una sonrisa.

Siempre que los Bob-Whites conseguían una recompensa por resolver algún misterio o por capturar a alguna banda de criminales, siempre que encontraban algo valioso, todo se lo daban a alguien que lo necesitase más que ellos. En realidad, ése era el objetivo secreto del club… ayudar a los demás.

—Y la Biblioteca Británica es una de las mejores del mundo —continuó diciendo la señorita Trask—. Tiene unos ocho millones de libros. Podríamos pasarnos la vida entera en el Museo Británico, y ni aun así veríamos más que una mínima parte de su tesoro —añadió con un suspiro—. Pero sólo tenemos diez días para investigar sobre el collar de Honey y los antepasados de la señora Wheeler.

—Pero hacer eso es bonito —dijo Jim—. Aunque sea un trabajo un poco pesado.

—Es casi como resolver un misterio —dijo Trixie cuando la señorita Trask les explicaba el funcionamiento de la tarjeta de la Biblioteca, de los catálogos y de los libros de referencia—. Una pista conduce a otra. Primero una ficha te lleva a un libro, y ese libro a otro, o quizás a un mapa o a una exposición.

Trixie, estudiando la joyería isabelina, no tuvo tanto éxito aquella mañana como Honey, que investigaba los orígenes de sus antepasados, los Hart. Honey compartió con sus amigos algunos de sus hallazgos durante el almuerzo, en la cafetería del museo, que no se diferenciaba mucho de cualquier buena cafetería americana, ni

en precios ni en calidad.

—¿Habéis oído hablar alguna vez de Nancy Hart? —preguntó.

—Tengo entendido que fue una heroína de la Revolución Americana —dijo la señorita Trask—. ¿No vivía en Georgia?

—Sí, y también realizó su célebre carrera, como Paul Revere [3]. El camino que recorrió a caballo sigue llamándose Carretera de Nancy Hart —dijo Honey—. Se disfrazó de hombre, lo que le resultó bien sencillo, ya que medía dos metros. Luego construyó una balsa, que ató con ramas de madreselva, y con ella se metió en el campamento británico para espiar. También se le rindió homenaje al bautizar a un condado como Condado de Hart, y a una ciudad como Hart, y a otros muchos lugares —añadió con un brillo especial en sus ojos, de color avellana—. ¿Os imagináis que yo descienda de una espía revolucionaria?

—Es posible —dijo sonriendo la señorita Trask—. Pero quizá venga de otra rama de la familia.

—¿Y cómo es que hemos tenido que venir al Museo Británico para averiguar eso? —preguntó Trixie—. Yo creía que los antepasados de tu madre vivían en Inglaterra.

—Sí, es verdad —dijo Honey—. Tal y como dijo mi madre, la tradición dice que descendemos de la familia de Shakespeare… a través de su hermana Joan, que se casó con William Hart. Pero, aunque así sea, también habrá descendientes en los Estados Unidos, Canadá, y hasta en Australia.

—¡Nuestra Honey, con la misma sangre en sus venas que la figura clave de la literatura universal! —exclamó Mart con tanto entusiasmo que casi se atraganta con la leche.

—Bah, Mart, exageras —dijo Honey con unas risitas, dándole una palmada en la espalda.

—Creo que deberíamos ir directos a Stratford del Avon [4] —dijo la señorita Trask—. Ahí fue donde vivió Shakespeare. Las casas de su padre y de su madre están muy cerca de allí, y también la casa en la que nació, y su tumba… todo sigue en Stratford. Toda la ciudad está llena de recuerdos de Shakespeare.

—Stratford del Avon me recuerda a Sleepyside del Hudson [5] —dijo Trixie, sintiendo de nuevo una gran nostalgia.

—De modo que hay recuerdos de Shakespeare por todos lados —repitió Jim—. ¡Mart va a estar como en casa!

—¿Casa? —dijo Mart haciéndose el interesante—. ¡Palacios y palacetes sí, que no casa!

—Siempre sospeché que en lugar de nacer con substancia gris en el cerebro, naciste con substancia verde —señaló Trixie.

—Bueno, por lo menos mi locura sigue un método —dijo Mart.

Todos decidieron salir el lunes hacia Stratford.

—Así, mañana podréis ver un poco más de Londres —dijo la señorita Trask—. Y yo podré terminar mis averiguaciones.

—¿Pero no quieres visitar la ciudad? —preguntó Honey.

—Bueno, no es la primera vez que vengo a Londres —les contestó la señorita Trask.

De pronto Trixie se dio cuenta de que había muchas cosas que no sabían de la antigua institutriz de Honey. Quiso comentar esto con los demás cuando abandonaron el museo por la tarde, ya que la señorita Trask se había quedado a trabajar un poco, pero a nadie pareció interesarle el tema.

—Yo sólo sé que deberíamos dar gracias de tener una amiga así cuando salimos por ahí —dijo Honey.

Jim asintió distraídamente mientras observaba cómo Mart le preguntaba algo a un hombre alto, negro, vestido con una túnica violeta y un turbante rojo, que se disponía a entrar en el museo.

—¿No lo sabíais? —dijo Jim guiñando un ojo—. Gentes de todas las nacionalidades visitan este centro de cultura, y a Mart le apetece hablar con todos ellos.

Trixie miró en torno suyo: había jóvenes estudiantes alemanes, con la mochila al hombro; mujeres hindúes con sus saris de seda, color turquesa o amarillo limón; estudiantes chinos y japoneses, sonriendo; clérigos y monjas, y adolescentes franceses, muy parlanchines. Todos formaban una riada que no paraba de entrar y salir del edificio.

En ese momento, Trixie vio una figura más conocida, escondiéndose detrás del pilar de la puerta de hierro.

—¡Ahí está! ¡Está ahí! —se puso a gritar como una loca—. El enano criminal… el de la gorra gris…

—¿Dónde? —preguntaron a coro los demás.

Honey y Jim miraron, pero el carterista ya se había perdido entre la multitud.

—¿Estás segura de que era él? —preguntó Honey.

—Segurísima —exclamó Trixie—. ¡Nos está siguiendo!

—¿Y por qué iba a hacer algo semejante? —preguntó Honey, estremeciéndose.

Trixie reflexionó un momento.

—Bueno, ¿no recuerdas cuando te dije que juraría que lo había visto en la Sala de los Reyes, mientras nos estabas enseñando el collar de la reina? —dijo Trixie con parsimonia tratando de sacar conclusiones conforme le iban saliendo las palabras—. Estábamos hablando en voz bastante alta sobre tu collar, y después intentó quitarte el bolso, descaradamente, en la Cámara de los Horrores…

—Pero si yo no lo tenía en el bolso —exclamó Honey, sin dejar de vigilar los alrededores.

—Y él qué sabe —señaló Trixie—. Además, —murmuró— ¡hoy sí!

Lo habían traído para compararlo con las joyas exhibidas en el Museo Británico.

—Tal vez sea mejor… —empezó a decir Jim, pero Mart le interrumpió.

—Bien —dijo Mart—, vámonos. Mi amigo africano dice que deberíamos coger un autobús, en lugar de bajar al metro. Según él, así podremos ver Londres desde el piso de arriba del autobús.

—Buena idea —dijo Jim—. Y así perderemos de vista al ladrón ése.

—Sé que nos está siguiendo —insistió Trixie mientras subían los estrechos peldaños de la escalera de caracol que conducía al piso superior del autobús. Si el cartel de la parada no les engañaba, iba hacia Piccadilly Circus.

—¡Un circo! —exclamó Honey—. ¡Qué divertido! Bajaremos allí.

—Circus es como los ingleses llaman al área circular donde las calles llegan a una intersección —le dijo Jim—. Hay decenas de plazas con parques y monumentos, aquí en Londres.

—Para ser más preciso —le corrigió Mart, que disfrutaba con estas intervenciones—, Piccadilly Circus es una plaza circunloquial cerca del punto que está aproximadamente equidistante de los límites de la ciudad.

Una inglesita muy mona, algo perpleja por el vocabulario que Mart estaba empleando, pero amable, les indicó:

—Piccadilly es la próxima parada.

—Ay, ¿y cómo haremos para que el autobús se pare? —preguntó Honey.

La joven señaló un cartel en el que decía: «PULSE UNA VEZ CON ANTELACIÓN».

—¿Pulse el qué? —preguntaron los Bob-Whites, no menos perplejos de lo que se había quedado ella segundos antes.

La chica se lo explicó sonriendo, y todos se echaron a reír.

—El inglés que habláis en América parece un idioma distinto —dijo.

La plaza circular resultó ser no sólo el centro de Londres, como Mart había dicho, sino también su centro de actividad. Bajaron del autobús y contemplaron con estupor el abundante tráfico que circulaba alrededor de la estatua central, y las aceras, llenas de gente que se paraba ante los escaparates de las numerosas tiendas.

—Tiene un cierto parecido a Times Square, en Nueva York —dijo Trixie—. Apuesto a que esto está iluminadísimo por la noche… está lleno de luces de neón.

Los autobuses rojos, las bicicletas, y los coches europeos, que parecían de juguete al lado de los armatostes americanos, inundaban la calzada. Unos jóvenes con el pelo muy largo charlaban sentados en los escalones de la magnífica estatua de Eros, el dios del amor, en el centro de Piccadilly Circus. La lluvia de la mañana había cesado, y los rayos del sol se reflejaban en los cristales de los escaparates.

—Guau; ése parece un buen sitio para comer —dijo Mart—. Allí, al otro lado de la calle… The Carvery. Lo he visto en mí «guía del *gourmet*». Tienen toda clase de asados… costilla de cerdo, cochinillo, lomo, pierna de cordero, fiambre… y te dejan servirte todo lo que quieras.

Tenía la mirada clavada en el restaurante, de puro apetito.

—Ya casi es hora de comer —dijo Trixie—. Pero yo quisiera ir a un *pub*. Hay un lugar llamado Tiddy
Dol's
que me apetece conocer, y…

—Aquí podemos encontrar restaurantes especializados en las cocinas de todo el mundo —dijo Jim—. Japón, Armenia, Portugal, Grecia… lo que queráis. Me gustaría probarlos todos.

—Pero The Carvery tiene una ventaja sobre los demás —señaló

Mart—. Está ahí mismo, cruzando la calle.

—Yo no pienso cruzar esa calle —dijo Honey firmemente.

Mart señaló a Honey un cruce que había más adelante, con rayas paralelas, negras y amarillas.

—Se llaman pasos de cebra —dijo.

—No sé, no sé —dijo Honey—. Aunque crucemos por el semáforo, siempre parece que en cuanto se pone rojo los coches salen disparados a punto de llevarte por delante. Me armo un lío con el sentido de la circulación, y encima siempre miro hacia el lado contrario de donde toca, antes de cruzar.

—¡Vamos! —dijo Trixie, cogiéndola de la mano—. Lo haremos todos juntos. Piensa en la comilona que nos vamos a dar en The Carvery.

—Bueno —dijo Honey, resignada.

Cientos de personas esperaron con los Bob-Whites a que se pusiera el semáforo verde. Al fin los Bob-Whites no pudieron evitar verse separados. Trixie notó que Honey le soltaba la mano, y pasaron unos segundos antes de que pudiera volver sobre sus pasos, en busca de su amiga.

Entonces supo que de alguna manera la corriente humana había arrastrado muy lejos a Honey. Trixie luchó por alcanzarla, pero era como si cientos de brazos la retuviesen. Apenas podía moverse, ¡y un enorme autobús londinense iba directo hacia Honey!

—¡Honey, cuidado! —gritó Trixie.

Piccadilly Circus • 5

—¡PARE! —gritó Trixie.

Sin embargo, el conductor del autobús no pudo oírla; el grito quedó ahogado por el ruido del tráfico. Iba directamente hacia el lugar donde Trixie había visto a Honey.

Trixie chilló con todas sus fuerzas y agitó los brazos frenéticamente, pero la gente la empujaba hacia el lado contrario. Jim y Mart se abrieron paso como pudieron para llegar hasta donde ella estaba.

—¿Y Honey? ¿Dónde está? —preguntaron ansiosamente.

Trixie apenas pudo contestar. Tenía un nudo en la garganta. Le temblaban las manos, y el miedo se había apoderado de ella. Señaló al autobús, que se alejaba.

Unos cuantos transeúntes se habían congregado alrededor de los Bob-Whites.

—Yo la vi. ¡Se la tragó el autobús… lo vi con mis propios ojos!

—¡Oh, pobrecita! —exclamaban los curiosos.

—Pero ¿dónde está? —preguntó Jim, dispuesto a cruzar la calle de nuevo.

Pasó un segundo autobús, casi pegado al primero, pero todavía no había señal de Honey.

—¡Allí! —gritó Mart—. ¡Está allí!

Un señor alto, con el pelo algo canoso, se dirigía hacia ellos con Honey en brazos. Sus cabellos de oro caían por encima del hombro de él. Al llegar al lado de los Bob-Whites, la dejó en el suelo.

Honey cojeaba, y había perdido el color, pero seguía de una pieza.

—¡Ay, Honey! —dijo Trixie sin poder contener las lágrimas.

—Estoy bien —dijo Honey, temblando como una hoja—. Este hombre me ha salvado la vida.

El hombre, con todo lo grande que era, se ruborizó al recibir tantas muestras de gratitud.

—Ha sido un placer —dijo dándoles la mano.

Se llamaba Gordie McDuff. Trixie calculó que tendría la edad de la señorita Trask, y era bastante atractivo, con su pelo negro, rizado, y las patillas algo canosas. Puede que midiera más de dos metros.

Los Bob-Whites le invitaron a cenar con ellos, en The Carvery.

—Es lo mínimo que podemos hacer, después de haberle salvado la vida a Honey —le dijeron.

—Entonces ya me habéis devuelto el favor —dijo echándose a reír—. Porque ahora sois vosotros los que me habéis salvado la mía.

¿Qué querrá decir con eso? —se preguntó Trixie.

Pero antes de que pudiera aclararlo ya se encaminaban hacia el restaurante, y en un abrir y cerrar de ojos se hallaban en torno a las mesas del buffet libre, dispuestas en forma de herradura. Cuando llegó la hora de trinchar la carne asada, McDuff resultó ser un experto. Honey se había recuperado lo suficiente como para demostrar su propia destreza en el mismo arte, y Trixie lo hizo casi tan bien.

Cuando regresaron a su mesa con las fuentes llenas, el escocés explicó el comentario que había hecho antes.

—Me habéis sacado de un apuro —dijo—. No podía ni soñar en cenar esta noche tantas suculencias… no tengo ni un penique en el bolsillo.

Después les explicó que acababa de llegar de Canadá esa tarde, cuando ya todos los Bancos habían cerrado, y no había podido cambiar su dinero. Era una suerte haber conocido a unos jóvenes tan amables.

—Pero ¿dónde va a pasar la noche? —preguntó Honey, preocupada—. ¿Y qué hará mañana? ¡Es domingo! Tenga…

Se descolgó el bolso y ya iba a abrirlo cuando Trixie la detuvo con una mirada como queriendo decir: «Tienes el collar ahí dentro».

—Tenga cinco libras —se apresuró a decir Trixie, abriendo su cartera—. ¿Será suficiente para pasar la tormenta?

La verdad es que eso era lo que esperaba porque no tenía más.

Honey captó el mensaje de Trixie y siguió callada. Pero se le veía algo perpleja. ¿Sospecharía algo Trixie del hombre que le había

salvado la vida?

—Muy amable de tu parte —dijo McDuff, que no dudó en coger el dinero—. Puedes estar segura de que te lo devolveré —añadió marcando las erres con dramatismo— en cuanto abran las oficinas de cambio, el lunes. Y bien… ¿no me vais a decir el nombre de vuestro hotel? —dijo después de sacar papel y lápiz.

Trixie iba a decirle que no se preocupara, que no le debía nada, pero Honey dijo:



—Estamos en un pequeño hotel, de los de «cama y desayuno», el Hotel Jardín… cerca del Museo Británico, pero el lunes nos vamos. Así que no tiene por qué darnos nada. Mis padres se lo darán a Trixie con gusto. De cualquier forma, nos gustaría presentarle a la señorita Trask… nuestra acompañante… y que almorzara con nosotros mañana.

Tras su largo discurso, terminó casi sin aliento, y algo ruborizada.

A McDuff le brillaron sus ojos negros.

—Pues creo que podré. Si estás segura de que a la señorita Trask no le sentará mal…

Honey pasó a describirle a su antigua institutriz, llenándola de elogios, y los chicos intervinieron contándole varias cosas del viaje. Todos parecieron coincidir en no hablar nada del collar, aunque Honey estuvo a punto de mencionarlo en un par de ocasiones.

Trixie estaba muy callada, lo que no era muy habitual en ella. No comprendía por qué no le caía McDuff tan bien como a los demás. Incluso a Jim parecía haberlo hechizado.

¿Qué me pasa? —pensó—. *Honey no estaría aquí, si no es por él La tendríamos en una cama de hospital, en Londres, o peor aún… será mejor que no siga pensando en ello*.

—Nuestra expedición es genealógica —explicó Mart, que había empezado su tercera fuente de carne—. Buscamos los orígenes de Honey, y de paso hacemos un poco de turismo.

—Eso, cuando no nos perdemos o nos atropella algún autobús —dijo Honey riendo.

Aparentemente, se le había olvidado lo cerca que había estado de una desgracia.

—Nunca olvidaré, señor, lo que ha hecho por mi hermana —dijo Jim solemnemente cuando todos habían acabado de comer. Acto seguido le tendió la mano y McDuff la apretó. Luego se marchó, dejando que los Bob-Whites resolvieran el jeroglífico de la cuenta.

—No sé, no sé —dijo Trixie por la noche, después de contarle sus aventuras a la señorita Trask—, hay algo extraño en ese hombre.

Todos se rieron.

—¡Trixie Belden! Eres una sabuesa sherlockiana sin sesos. Te morirías sin tu dosis de «algo extraño». ¡Y si no hay nada extraño cerca de ti, te lo inventas! —le dijo Mart.

Trixie no le hizo caso.

—Y lo que es más. He vuelto a ver a ese carterista hoy… dos veces —añadió lanzando una mirada desafiante a su alrededor.

Los chicos recibieron la noticia con escepticismo, pero Honey palideció.

—¿Dónde? —preguntó.

—Primero en el Museo Británico, como os dije, y luego… —añadió mientras hacía una pausa, para mantener el suspense un poco más— en Piccadilly Circus. Justo antes de que te empujaran.

—Ya lo dije; si no lo hay, te lo inventas. Ahora vas a ver el Gorro Gris por todas partes —dijo Mart.

—Pero Mart, sí que lo vi —insistió Trixie—. Mi capacidad de observación ha aumentado con la práctica.

—Tu capacidad de imaginación sí que resulta incomparable —le dijo su hermano.

—Bueno, es hora de ir a la cama —dijo la señorita Trask, muy diplomática.

A la mañana siguiente, muy temprano, los Bob-Whites se dirigieron a la Abadía de Westminster, para asistir a la misa del domingo. La señorita Trask adujo un pequeño dolor de cabeza y se quedó a dormir un rato más.

—Demasiados libros —dijo Trixie arrugando la nariz.

La investigación era más divertida de lo que había creído, pero ella no le dedicaría todo el día. La señorita Trask, en cambio, parecía incansable.

—Trix, respecto a ese carterista —dijo Jim— pienso que es posible que no fuera el mismo hombre. Todo el mundo nos previno contra los carteristas de Londres, y debe de estar lleno de criminales.

—¿Ah, sí? ¿Y se visten todos igual? —añadió Honey en tono irónico—. Todos de gris, para que nadie los reconozca.

—Muy discretos —coincidió Jim.

—«Delitescentes» —exclamó Mart con su vocabulario rebuscado, en el que a veces incluía palabras que él mismo se inventaba.

—¿Dónde? —dijo Trixie mirando a su alrededor, a todas las tiendas de la calle—. No sabía que tuvieran ninguna.

—¿Ninguna qué? —preguntó Mart cuyos ojos azules expresaban tanta sorpresa como los de su hermana.

—*Delicatessen* [6], bobo. Además, ¿cómo es que ya tienes hambre, si en el hotel nos hemos atiborrado con el desayuno? —le contestó.

Mart soltó una risita.

—Yo no estaba hablando de salamis, lista —dijo con aire de

suficiencia— he dicho «delitescente».

—Ahí me has pillado —confesó Jim.

—Delitescente significa algo oculto —dijo Mart—. Cualquier detective que se precie debería conocer esa palabra.

—A ti sí que te conocemos bien… demasiado —dijo Trixie, agitando sus rizos—. Por eso interpreté que hablabas de comida, y no de asuntos de detective.

La Abadía Westminster era una catedral magnífica; el tiempo había ennegrecido sus tremendos contrafuertes de piedra. En su interior, los Bob-Whites se quedaron boquiabiertos ante la belleza del altar de oro y de las altas vidrieras. El Coro de la Abadía sonaba como si cantaran los ángeles.

Después, los cuatro amigos contemplaron las piedras esculpidas y las estatuas que se alineaban en las paredes. También las placas del suelo, que conmemoraban a famosos ingleses fallecidos. Algunas de las tumbas eran antiquísimas, de varios siglos atrás; otras eran más recientes. Muchos de los nombres allí grabados les resultaban familiares.

—Esto es como meter un cementerio dentro de la iglesia —dijo Honey—. Leí que ser enterrado aquí es el mayor honor que Inglaterra puede conceder a alguien.

—Mirad, aquí está Chaucer —exclamó Mart cuando llegaron a la tumba del poeta.

Trixie se estremeció al pensar que los huesos de los poetas que ella había estudiado en clase de literatura estaban allí mismo, bajo sus pies.

—¡Uf! —exclamó—. ¡Si estoy plantada encima de T. S. Eliot!

También había científicos célebres, como Isaac Newton, y músicos, artistas, y hombres de Estado.

Tras dejar la Abadía de Westminster, los Bob-Whites visitaron las Casas del Parlamento, y contemplaron el famoso reloj de su torre.

—Una bomba alcanzó el Big Ben en la guerra, pero siguió funcionando —dijo Mart, que recordaba haberlo leído en alguna parte.

—Hablando de relojes, se nos está haciendo tarde —dijo Trixie —. La señorita Trask dijo que si nos presentábamos en el hotel a esta hora, más o menos, podría acompañarnos a la Torre de

Londres.

Ella los recibió fresca como una rosa, sin rastro de jaqueca. Estaba sentada en el jardincito de flores que había en la parte de atrás del hotel… con Gordie McDuff. Cualquiera que los viera así, sin conocerlos, pensaría que eran viejos amigos.

—El señor McDuff se ha ofrecido para hacer de guía en la visita a la Torre —dijo la señorita Trask a los Bob-Whites—. Estuvo trabajando de guía turístico antes de emigrar a Canadá.

Todos observaron que ella tenía las mejillas sonrosadas, y un brillo especial en los ojos.



—¿A que está guapísima? —le susurró Honey a Trixie en el oído.

Trixie estaba demasiado confundida como para responder. No estaba segura de que le gustase que la señorita Trask estuviese guapa.

La Torre de Londres resultó ser un grupo de veintiuna torrecillas

rodeadas de muros tremendos y de un foso. McDuff animó la conversación con una cantidad de anécdotas, nombres, fechas y datos interesantísimos.

—Esta fortificación aguantaría el ataque de cualquier ejército —explicó mientras conducía a los Bob-Whites y a la señorita Trask a un espacio convertido en jardín, entre las muchas torres que formaban un círculo en torno a la más antigua de todas—. He ahí la Torre Blanca, que fue construida por orden de Guillermo el Conquistador.

Trixie se quedó mirándola, asombrada por su antigüedad y su historia.

Mart, por una vez, era todo oídos, y mantenía la boca cerrada, demasiado ocupado en tomar notas.

—Metiendo combustible en el tanque de mi cerebro —contestó alegremente cuando los otros se metieron con él por estar tan callado.

También la señorita Trask permanecía en silencio más de lo que Trixie hubiera imaginado. Siempre había pensado que la señorita Trask sabía un montón de historia. Pero a lo mejor ella había llegado a la conclusión de que McDuff les orientaba de una forma excelente.

—En 1215, los ciudadanos londinenses asaltaron la Torre, exigiendo la firma de la Carta Magna —prosiguió McDuff.

—¡La Carta Magna! —exclamó Jim asombrado—. La que supuso la base del Derecho Inglés… y de la libertad.

—Y de la Independencia Americana también —añadió Mart—. Los derechos del hombre.

—Pero yo creía que en Inglaterra siempre habían existido reyes o reinas —dijo Honey.

—Aunque también da la impresión de que siempre estaban cortándoles la cabeza —comentó Trixie.

McDuff retrocedió unos pasos y se echó a reír.

—Tienes razón, pequeña —le dijo marcando como siempre las erres—. Y lo comprobaréis cuando lleguemos a la Torre Sanguinaria; en ella encontraron los huesos de dos principitos asesinados por su malvado tío. Y también veremos el lugar donde estaba el cadalso en el cual decapitaron a varias de las esposas de Enrique VIII

y a Lady Jane Grey. De cualquier modo, desde los tiempos de la Carta Magna, el pueblo de Inglaterra ha tomado parte en el gobierno de su nación.

A Trixie le había contrariado que la llamara «pequeña»; en ese momento uno de los pajarracos negros de la Torre Verde bajó en picado y la atacó en una pierna.

—¡Ay! —chilló indignada—. ¡Me ha dado un picotazo!

—Es que estás muy tentadora —dijo Mart bromeando— después de todos los bizcochos que te has tomado…

Trixie iba a replicar, pero McDuff se adelantó:

—Es uno de los cuervos de la Torre; pertenece a una especie protegida. Un dicho antiguo anunció que cuando desapareciese el último cuervo de la Torre, ésta se caería. Así que, para asegurarse de que esto no suceda, les han cortado las alas —añadió.

—¡Muy bien! —dijo Trixie con ironía—, pero podían haberles cortado el pico.

Todavía quedaban muchas cosas por ver: las ruinas de la Torre del León, llamada así porque en otro tiempo fue el zoo de Londres; las habitaciones de muchos prisioneros famosos, con los mensajes que grabaron en los muros de piedra antes de que los mandaran ejecutar… las colecciones de armas y armaduras medievales…

—Hasta los caballos llevaban armadura —dijo Trixie riéndose—. Honey, Jim, ¿os imagináis a vuestros caballos metidos en estas mantas de aluminio?

—Son cotas de malla —explicó Mart dándose importancia—. Y la malla, mi niña, es de hierro… ¿cómo va a ser de aluminio en la Edad Media? Ahora bien, la alta maleabilidad y la resistencia a la oxidación del aluminio harían de este metal…

—Hay una cola larguísima esperando a ver las Joyas de la Corona —dijo Honey, emocionada—. Ojalá no cierren antes de que podamos ver si hay algo parecido a mi…

Trixie le dio un codazo para que se callara.

—Sí, nos convendría ir a ver las joyas ahora mismo —sugirió la señorita Trask.

McDuff encabezó la expedición, seguido de cerca por la señorita Trask. La interminable cola de visitantes fue acercándose lentamente a la Torre de Wakefield, donde las fabulosas joyas estaban expuestas en una caja circular de cristal de alta seguridad.

—No deberías hablar de ya-sabes-qué delante de ya-sabes-quién —dijo Trixie a Honey en voz baja.

—Ya lo sé —dijo Honey, arrepentida—. Me cuesta hacerme a la idea de que el señor McDuff no es uno de los nuestros. Parece buena persona.

—Eso es porque a ti no te llama «pequeña» —dijo Trixie de mal humor.

Honey era más alta que ella, y mucho más guapa. Por lo menos eso le parecía a Trixie, aunque no le importaba, pero de ahí a que la llamaran «pequeña»… Y encima Mart se había dado cuenta y ya había usado su táctica para sacarla de quicio, que era su deporte favorito.

—Sinceramente, Trix —dijo su amiga dando un suspiro—. ¡No entiendo por qué no te cae bien McDuff! Si él…

—No hace falta que me lo digas. Te sacó de debajo de aquel terrible autobús —dijo Trixie cogiéndola por la cintura y dándole un abrazo—. Ay, Honey, estoy tan contenta de que estés bien… Y procuraré estar más simpática con él.

Acto seguido, miró hacia donde estaba McDuff y suspiró.

Un grupo numeroso de turistas americanos se había colocado entre los chicos y ellas. Jim les advirtió con un gesto, señalando un cartel que decía: «CUIDADO CON LOS CARTERISTAS».

Las joyas de la Corona • 6

—NO TE PREOCUPES —le dijo Trixie a Honey tratando de tranquilizarla—. Hay cientos de comedores de ternera por aquí, protegiéndonos.

Se echaron a reír, y no era para menos, por lo gracioso del apodo con que habían bautizado a los Alabarderos de la Torre de Londres, que llevaban trajes rojos, guantes blancos, gorros negros, calcetines rojos sujetos por ligas «monísimas» y, finalmente, unos zapatos de hebillas rojos y blancos. Era el uniforme tradicional de los Alabarderos de la Casa Real, según les explicó McDuff.

—Pero ¿por qué «comedores de ternera»? —preguntó Trixie.

—Bueno, a todos los ingleses, en general, se les llama así —dijo con una sonrisa su guía escocés—. ¡Pero no tengo ni idea de por qué!

—Indudablemente, porque ingieren una cantidad desmesurada de carne bovina —había sugerido Mart.

MacDuff lo miró, perplejo.

La señorita Trask y los chicos ya casi habían entrado en la enorme cámara donde estaban expuestas las joyas, y Trixie y Honey estaban a punto de hacerlo cuando Honey soltó un chillido.

—¡Trix! —gritó—. Me ha parecido que alguien tiraba de mi bolso.

Trixie se dio la vuelta y observó detenidamente a la multitud que los rodeaba, pero no vio a nadie que se pareciera al hombre al que habían decidido llamar Gorro Gris.

—Tal vez Gorro Gris sepa que lo reconoceríamos, y se ha disfrazado —murmuró.

Un brusco empujón la tiró al suelo, y, mientras se ponía de pie, oyó un silbido agudo… ¡bob, bob-white!

Allí estaba Honey, más blanca que una sábana.

—Yo… yo… silbé —balbuceó Honey.

Los chicos se unieron a ellas casi instantáneamente, pero ya era demasiado tarde. ¡A Honey le habían quitado el bolso!

Honey no había conseguido volverse a tiempo para verlo, y ninguno de los turistas de alrededor pudo proporcionar ninguna información.

—Son muy listos, estos ladronzuelos —dijo McDuff preocupado.

Era obvio que se sentía responsable de lo ocurrido.

—Debería haber cuidado mejor de vosotras —repitió una y otra vez—. Denunciaré el hecho a la policía tan pronto como salgamos de la Torre.

—Menos mal que tu madre envió ese telegrama esta mañana —dijo Trixie a Honey mientras se acercaban a las Joyas de la Corona.

La señora Wheeler había telegrafiado advirtiendo a Honey que procurara dejar siempre el collar en el hotel, para que estuviera seguro.

—He estado en contacto con el tasador, y podría ser más valioso de lo que pensábamos —decía el telegrama.

Los Bob-Whites sabían que Honey había seguido las instrucciones de su madre, de forma que no entendían por qué parecía tan afectada por el incidente.

—¿Llevabas mucho dinero? —preguntó Jim.

—No, pero… —las lágrimas inundaron sus ojos color avellana—. Me… me temo que el telegrama de mamá sí que estaba en el bolso.

A Jim se le escapó un silbido. Luego dijo:

—Entonces, si es verdad lo que dice Trixie y el tipo que visteis en el Museo de Cera nos está siguiendo, ahora tendrá motivos de sobra para continuar haciéndolo.

Los Bob-Whites se miraron, alarmados, pero McDuff no comprendía nada.

—¿Qué tipo es ése? —preguntó a la señorita Trask.

—Yo no creo que haya nadie siguiéndonos —dijo con firmeza—. Londres es famoso por sus carteristas.

—Por muchos que haya —dijo Trixie—, es muy raro que todos vayan a por nosotras.

—Puede ser pura coincidencia —aseguró la señorita Trask.

Las dos chicas tuvieron los ojos bien abiertos, buscando algo que delatara a Gorro Gris, pero lo olvidaron todo en cuanto entraron en

la rotonda de cristal que contenía las Joyas de la Corona. Había unas coronas magníficas, con gemas preciosas, incrustadas; también espadas de plata, cetros de marfil, birretes de armiño y terciopelo rojo adornados con perlas y diamantes, espuelas de oro y el impresionante diamante Koh-in-noor, de la India.

—Tres reinas, desde la era victoriana, han llevado este diamante en su coronación —les informó McDuff—. Se dice que trae mala suerte a los hombres, pero buena a las mujeres.

A Honey, en cambio, le ha traído mala suerte —pensó Trixie.

Con gusto se habría quedado contemplando las joyas durante mucho tiempo, pero tras ella había una larga cola de visitantes que esperaban impacientes.

—Yo no he visto ningún collar —dijo Honey cuando McDuff las condujo fuera de la Torre y las acompañó hasta el hotel.

—¡Chist! —le susurró Trixie.

Enseguida se dio cuenta de que no había necesidad de preocuparse. McDuff estaba hablando animadamente con la señorita Trask, y no había peligro de que oyese a Honey.

Trixie sí que alcanzó a oír parte de su conversación…

—Ese vestido azul que lleva es muy bonito —dijo sonriendo.

Trixie vio que la señorita Trask llevaba uno de sus elegantes trajes azul marino.

El resultado de su charla con la señorita Trask fue verdaderamente preocupante, al menos para Trixie. Cuando McDuff ya les había dejado en el hotel, la señorita Trask se volvió hacia los Bob-Whites.

—¿A que no adivináis una cosa? —dijo entusiasmada—. El señor McDuff se ha ofrecido a ser nuestro guía durante el resto del viaje. Alquilará un coche y nos llevará a Stratford mañana. En caso de que algo vaya mal con el auto, él me ha asegurado que es un mecánico de primera, y a mí, la verdad, no me apetece conducir por el lado contrario de la calzada. Y se ve que conoce Stratford muy bien. ¿No os parece, nenes, que hemos tenido suerte?

«*Nenes*» —se dijo Trixie llena de rabia—. *Nunca nos había llamado así.*

Los otros estaban encantados.

—¡Qué bien! —exclamó Honey.

A Jim le sorprendió un poco, según dijo luego a los demás, que

la señorita Trask hubiese aceptado un chófer. La señorita Trask se había ido a la cama, y los chicos habían ido a ver a las chicas a su dormitorio, para tomar algo antes de dormir.

—Quiero decir… que la señorita Trask disfruta con un volante en sus manos —prosiguió Jim—, y sabe más de mecánica que cualquiera que yo conozca.

—Yo he estado preguntándome… —empezó a decir Trixie.

Yo me he estado preguntando si debería decirles lo que me he estado preguntando —pensó—. *Sobre todo a Honey, que cree que McDuff es una maravilla de hombre. Y Honey, probablemente, tiene razón. Tantas veces la tiene… y sin embargo…*

—Apuesto a que no sabíais que mi hermana se convierte en calabaza todas las noches, a esta hora más o menos —dijo Mart.

Trixie replicó:

—Más vale eso que ser una calabaza todo el santo día. Lo que me he estado preguntando es: ¿habéis visto el diario esta noche?

—¡No me digas que te ha dado por leer los periódicos! —dijo Mart dándose una palmada en la frente, llena de pecas—. ¡Estando de vacaciones!

—Un detective necesita estar al día —respondió Trixie, orgullosa—. Si he de ser sincera, yo hablaba sólo del titular de la primera página.

—Ah, sí, lo he leído —dijo Jim—. Una historia sobre uno de esos timos al turista. El tunante les chupa la sangre a los visitantes de buen corazón, pidiéndoles un par de libras…

—… hasta que los Bancos abran, los lunes —concluyó Trixie, triunfal—. ¡Qué! ¿Lo veis? Eso es exactamente lo que McDuff hizo con nosotros.

Honey no compartía esa opinión.

—Que existan esos caraduras no quiere decir que McDuff sea uno de ellos —empezó a decir con calma, aunque ésta desapareció al preguntar—: ¿Por qué no admites de una vez por todas que no te cayó bien desde el principio, Trixie Belden? ¡Yo… yo creo que estás celosa!

—¿Celosa? —dijo Trixie subiendo el tono de voz—. ¿Y por qué iba a estar celosa?

Le daba tanta rabia discutir con su mejor amiga… pero no pudo contener su cólera. Sabía que Honey lo estaba pasando tan mal

como ella. Honey casi nunca se enfadaba con nadie.

—Porque a todos los demás nos cae muy bien —añadió Honey —. ¡Por eso! ¡Y porque tienes miedo de que la señorita Trask se… se case con él!

—¿Que se case con él? —exclamó Trixie, estupefacta—. ¡Pero, Honey, si acaban de conocerse!

Mart y Jim intercambiaron algunas miradas y se fueron a su habitación, para no echar más leña al fuego.

Trixie ni se dio cuenta de que se habían marchado. Estaba hecha un lío. Le avergonzaba haberse puesto así, con lo que ella quería a Honey, que, sencillamente, guardaba hacia la señorita Trask la misma lealtad que a todos sus amigos. Y respecto a McDuff, había que reconocer que se estaba portando muy bien con todos ellos.

Pero algo siguió removiéndose en su interior. Quería hacer las paces, pero en lugar de eso volvió a disparar sus cañones. Y Honey parecía tener el mismo problema que ella.

—¿Sabes, Trixie? —dijo Honey—. Yo le iba a dar cinco libras, pero ¡ah, no! Tenías tanto miedo de que le echara un vistazo al collar… No te preocupes. ¡Te devolveré esas cinco libras! Te daré diez, para que veas. Yo diría que salvarme la vida vale mucho más que eso. ¡Y arriesgó la suya por hacerlo!

Súbitamente, a Trixie se le pasó el enfado. Cogió a Honey de la mano y le dijo:

—Yo no te cambiaría ni por un millón de libras. —Y las dos rompieron a llorar.

—Qué suerte que los chicos ya se hayan ido, porque si nos ven así… —dijo Honey con voz entrecortada.

Ya estaban las dos en pijama, cepillándose el pelo delante del espejo, cuando Honey le dijo:

—Trix, no me gusta ni pizca pelearme.

—Ni a mí —añadió Trixie—. Y menos contigo.

Estaban tranquilas de haber hecho las paces pero, pese a ello, Trixie dio muchas vueltas en la cama antes de dormirse. No conseguía vencer ese recelo que sentía respecto a McDuff.

Y no tiene nada que ver con las cinco libras que le presté —pensaba—. *¡La señorita Trask le dio veinte libras para que alquilara el coche mañana!*

Trixie cambió la almohada de posición una y mil veces, sin

conciliar el sueño.

Ya no volveremos a ver a ese hombre. Estoy segura —pensó, indignada.

Al mismo tiempo, hubiera dado cualquier cosa por no volverlo a ver. Sentía que le iba a amargar el viaje.

De nuevo volvió a hundir la cabeza en la almohada… ésa sería una manera carísima de librarse de él. A lo mejor Honey tenía razón. ¿Tendría celos? ¡No! Eso era una ridiculez. Pero tampoco encontraba otra razón para que no le gustara el escocés…

Si se presentaba a la mañana siguiente…

El Sedán marrón • 7

—Y BIEN, ¿dónde está McDuff? —preguntó Trixie en cuanto la señorita Trask y los Bob-Whites terminaron de desayunar a la mañana siguiente.

Estaban sentados a la mesa, en el hotel, haciendo planes para su último día en Londres.

—Tus modos, al referirte al señor McDuff, dejan mucho que desear —dijo la señorita Trask, algo seca—. Y, en cuanto a su tardanza, me indicó que no le esperásemos hasta el mediodía. Quería ir al Banco, a cambiar en libras su dinero, antes de que nos fuésemos de Londres. Así podrá devolverte el dinero que le prestaste, Trixie. Después de eso, se ha ofrecido para ir a alquilarnos un coche, y también para preguntar a la policía si saben algo del bolso de Honey. De modo que ya ves, tiene una mañana muy ocupada.

—¡Oh! —exclamó Trixie, que se sintió como si fuese un globo al que le pinchan con un alfiler.

—Más te valiera mostrar semejante alacridad y celeridad todos los lunes por la mañana —dijo Mart, con su habitual sentido del humor.

—Mira, yo de alacranes no sé nada, pero estoy deseando ir a Stratford —dijo, perdiendo la paciencia—. Tengo la corazonada de que es allí donde vamos a resolver el misterio de la herencia de Honey.

—Yo estoy de acuerdo con Trix —dijo su amiga—. Además, cuanto antes salgamos de esta ciudad, mejor.

—Me alegra veros a las dos tan amigas, otra vez —dijo Jim—, pero no comprendo a qué vienen esas ganas de marcharos de aquí. Todavía no hemos visto ni la mitad de los monumentos más importantes de la ciudad.

—Bueno, hay un “monumento” que no me gustaría volver a ver —dijo Honey sintiendo un escalofrío—, y es ese odioso carterista.

—Para aprovechar al máximo el tiempo de que disponemos —sugirió la señorita Trask— podríamos, si os parece bien, ir en barco por el Támesis, hasta Greenwich. Veréis las Casas del Parlamento, la Torre de Londres, el Puente de la Torre, y buena parte de los muelles de Londres. También está el Museo Marítimo, en Greenwich, con maquetas de balandros y vapores, mapas antiguos, cartas y hasta los instrumentos más modernos de navegación.

—Luego podemos subir a bordo de un viejo clíper chino, el Cutty Sark, y ver una colección fascinante de mascarones de proas arrancados de naves hundidas —concluyó la señorita Trask.

—Greenwich —repitió Jim al que se le habían iluminado sus ojos verdes—. ¿No es allí donde está el Primer Meridiano…? Quiero decir… el lugar que sirve de referencia para dividir el mundo en zonas horarias…

—Justo —dijo Mart entusiasmado—. ¡Vamos!

—Oh, no —dijo Honey contrariada—. Trixie y yo queríamos ir de compras. Tenemos que llevar algún regalo a casa y a los amigos, y yo necesito otro bolso. ¿Nos dará tiempo a todo?

—¿De compras? —preguntaron los chicos, extrañados.

—Nadie os ha pedido que nos acompañéis —les dijo Trixie en son de reproche.

—No nos da tiempo a hacer las dos cosas —dijo la señorita Trask—, y no me hace ninguna gracia que os separéis.

—¡Claro! ¿Y si os volvéis a perder? —añadió Jim, bastante preocupado.

—Bah, ahora ya me conozco Londres —dijo Trixie con confianza—. Y ya no nos queda nada en los bolsillos, que nos puedan robar, teniendo en cuenta que vamos a dejar el collar de Honey aquí, en el hotel.

—Ni siquiera llevamos mucho dinero encima —añadió Honey.

Lo de “los gastos pagados”, para la Agencia de Detectives Belden-Wheeler, no incluía regalos. Los padres de Honey habrían dado a su hija todo el dinero que les hubiese pedido, claro está, pero ella no quería tener ni un penique más que Trixie… lo cual, hasta que McDuff no devolviera a su amiga las cinco libras, era bien poco.

—Tendremos cuidado —prometió Trixie.

—Muy bien —dijo la señorita Trask.

—¡Qué buena eres! —exclamó Honey.

—Eso intento —dijo ella con una sonrisa—. Ah, y no hace falta que lleguéis antes del mediodía. Cuando el señor McDuff llegue con el coche, haremos las maletas. Luego creo que lo mejor será almorzar todos antes de salir. Comed donde os apetezca, y estad de vuelta antes de las dos. El señor McDuff dice que Stratford no queda muy lejos… a menos de dos horas yendo en coche.

No sé —pensó Trixie mientras se dirigía con Honey a la parada de uno de esos autobuses de dos pisos—; *si McDuff se presenta, las cosas le estarán saliendo que ni pintadas. Así, almorzará con la señorita Trask, los dos solos…*

Normalmente, Trixie compartía sus sospechas con Honey, pero en ese momento tenía muy claro que su amiga no quería oír hablar del asunto. El diario de la mañana había sacado otra noticia en primera plana sobre los carteristas, pero Trixie tuvo la precaución de no mencionar ese tema otra vez.

Me estaré calladita hasta las dos en punto —se dijo a sí misma—. *Si a esa hora no se ha presentado, no tendrán más remedio que creerme.*

—Dicen que las tiendas londinenses son fabulosas —dijo Honey—, aunque a mí, si te digo la verdad, también me hubiera gustado ir a ese crucero.

—Intercambiaremos notas con los chicos, por la tarde —propuso Trixie.

Las dos amigas bajaron del autobús en Mayfair, el célebre distrito que la señorita Trask les había recomendado; allí encontrarían las mejores tiendas. Primero buscaron el bolso para Honey; al fin se decidieron por uno de cuero rojo. Después estuvieron mirando escaparates. Aquí y allá, junto a los grandes almacenes, había tiendecitas, papelerías que vendían revistas, caramelos y regalos. Honey prestó un poco de dinero a Trixie, que aprovechó para comprarse una bolsa de caramelos.

—Deben ser los dulces más ricos del mundo —dijo mientras seleccionaba varias barras de chocolate que estaban como para chuparse los dedos, rellenas de frambuesa o naranja, caramelos de todos los sabores imaginables, y unas pastillas de goma que no

tenían nada que envidiar a las americanas.

—Pero lo más seguro es que tengan también más calorías —dijo Honey, aunque ella jamás había tenido problemas de peso.

A Trixie tampoco le preocupaba este asunto, pese a que de vez en cuando alguien insinuaba que estaba “rellenita”. Entonces recordó que Mart le había llamado cosas mucho peores, y se apartó del departamento de dulces.

—¡Ay, mira! —exclamó Trixie—. Eso se lo voy a comprar a Bobby…

En un estante atiborrado de trastos había un “bobby”, un policía londinense en miniatura, que llevaba de la correa a un pastor alemán. Era tan pequeñito… y tan gracioso, con su uniforme azul y el típico gorro de fieltro negro, sujeto a la barbilla con una correa, que las dos se encapricharon de él.

—Ay, ay, ay, Trixie, es encantador —exclamó Honey—. Mira, si hasta tiene una corbatita diminuta.

—A Bobby le va a chiflar —dijo Trixie—. Me imagino la cara que va a poner cuando le diga que a los policías ingleses les llaman “bobbies”.

—Ahora hay que encontrar algo para Di, Brian y Dan —le recordó Honey.

Antes de encontrar lo que andaban buscando, dieron las doce.

—¿Tú crees que podremos comer en Tiddy Dol’S? —preguntó Trixie.

—Pero ¡qué manía te ha entrado por ir a Tiddy Dol’S! —exclamó Honey.

—No lo sé —dijo Trixie—. ¡Es que el nombre me hace gracia, supongo!

Según parece, Tiddy Dol’S había sido, en el siglo dieciocho, un popular puesto ambulante de pan de jengibre. El actual restaurante había mantenido la tradición, y el pan de jengibre era su especialidad. Las dos se lo comieron calentito, con mantequilla, miel y nata, y se entretuvieron tanto que tuvieron que salir corriendo hacia el hotel.

—De todas formas, podemos ir de tiendas en Stratford —dijo Trixie cuando cruzaban el umbral del hotel, justo a las dos de la tarde.

Jim y Mart llegaron casi al mismo tiempo que ellas, y en las

mismas condiciones: jadeando después de una buena carrera.

—¿Y la señorita Trask? —preguntó Honey.

No había rastro de ella, y tampoco de McDuff.

—Sí, ¿dónde estará? —preguntó Trixie, muy nerviosa—. Después de insistir tanto para que llegásemos a tiempo, ahora es ella la que no aparece.

—Vamos a preguntar si los han visto —sugirió Jim.

Y salieron del vestíbulo por una puerta lateral. La señora Johnson, la propietaria del hotel, estaba en el jardín recogiendo unas rosas.

—No tenéis necesidad de preocuparos —dijo, tranquilizando a los Bob-Whites—. El caballero que estuvo aquí ayer pasó a recogerla con un auto. Creo que sobre las doce.

—¿Y se marchó sin nosotros? —preguntó Honey llena de asombro—. ¿No dejó ningún mensaje?

—No, cariño, por lo menos a mí no —contestó la señora.

—Oh, mi señora, mi señora, dondequiera que os halléis, mi señora —dijo Mart bromeando, aunque la expresión de sus ojos desmentía tanta emoción.

—Os advertí que era un criminal —exclamó Trixie—. Lo más seguro es que la haya secuestrado y nos vaya a pedir un rescate enorme.

Jim y Mart rompieron a reír.

—Venga, Trix, por favor —dijo Jim—. Esta vez te has pasado un poco ¿no crees?

—Se habrán ido a almorzar a alguna parte —dijo Honey, no muy convencida de sus propias palabras—, y luego habrán pillado un atasco o algo por el estilo.

—Pero si son casi las tres —dijo Trixie, fuera de sus casillas, cansada de tanto esperar—. Voy a llamar a Scotland Yard.

Antes de que pudiera levantarse del escalón de la entrada del hotel en el que se había sentado, un sedán marrón pasó por debajo del pórtico del Hotel Jardín, y McDuff bajó de él abriendo la puerta derecha, que era la del conductor. A continuación dio la vuelta al automóvil, para abrirle la puerta a la señorita Trask, con una cortesía exquisita. La señorita Trask, según tuvo que reconocer Trixie, no tenía el aspecto de alguien recién secuestrado.

—Lo siento muchísimo —dijo al bajar del coche—. No nos

hemos dado cuenta de la hora.

Sus ojos azules resplandecían y estaba guapísima con su traje marrón y un pañuelo de gasa color crema que estrenaba ese día.

Los Bob-Whites no daban crédito a sus oídos. La señorita Trask, la eficiente ama de llaves de los Wheeler… ¿llegando con retraso?

McDuff sacó cinco libras de un fajo gordísimo de billetes.

—Aquí tienes, pequeña —dijo a Trixie—. Ciertamente, te agradezco el préstamo.

Trixie se puso roja como un tomate.

Uf —pensó, tragando saliva—. *Esta vez sí que he metido la pata.*

¿Cómo podía haber juzgado tan mal a esa persona? No era ningún criminal, ni ningún secuestrador… ni siquiera un buscador de fortunas, ya que la señorita Trask no poseía ninguna. Era, ni más ni menos, lo que aparentaba ser… un amigo.

Tendré que pedirle perdón de alguna manera —se dijo a sí misma—. *A partir de ahora, voy a estar simpatiquísima con él… y eso que sigue sin caerme del todo bien* —no pudo dejar de añadir. En voz alta murmuró:

—Ha sido un placer.

El automóvil que McDuff había escogido era un cuatropuertas en el cual cabían los seis justitos.

—No estaba seguro de si queríais una furgoneta o un sedán —dijo.

—¿Qué es eso de sedante? —preguntó Mart—. No andamos mal de los nervios, ¿sabe?

Los cuatro estaban alrededor del coche, admirándolo. Los rayos del sol hacían brillar la chapa cromada.

La señorita Trask se echó a reír.

—Sedán es como llaman aquí a los coches —les explicó. —¡Ya lo tengo! —dijo Mart mientras frotaba con la manga el reluciente parachoques marrón—. ¿Os acordáis de cuando fuimos a Vermont, y Di y yo bautizamos el Volkswagen con el nombre de Furgoneta Morena? Bien… a ver qué tal os suena esto… ¡aquí y ahora bautizo este coche con el nombre de Sedán Marrón!

—¡Sí, Mart; es el nombre apropiado! —exclamó Honey. —Si Di estuviera aquí —dijo Trixie—, pensaría que el ingenio de Mart sólo tiene rival en Shakespeare.

Mart levantó un dedo y replicó, tal y como Hamlet hiciera con Ofelia:

—“¡Encerraos en un convento!”.

En vez de obedecer, Trixie le sacó la lengua y se metió en el coche.

Pronto partieron, rumbo al norte. Gordie McDuff iba al volante; la señorita Trask estaba sentada a su lado. Los cuatro Bob-Whites estaban un poco apretados en el asiento de atrás, pero no les importaba. Había amanecido un día magnífico, y el campo estaba más verde que las esmeraldas del collar de Honey. Unas pocas nubes, muy blancas, adornaban el cielo, azulísimo.

McDuff, con voz grave, se puso a entonar una canción escocesa; los demás le siguieron:

«Vuela como el águila, velero primoroso.
Más alto, gritaban los marinos.
Llévate a aquél que nació para rey,
cruza los mares con el cachorro soberano.

Y aullaron los vientos, y rugieron las olas,
y tronaron los truenos,
y los enemigos vieron alejarse la nave, desde las playas,
que no osaron seguirla».



Esa canción habla del príncipe Carlos, *El Primoroso*, ¿no? —preguntó Mart.

—Huy, huy, huy, el caballerito se lo sabe todo —dijo McDuff—. Ajá, el Joven Pretendiente… así es como le llamaban aquellos que creían que no era suya la Corona, por derecho. Y fueron ellos los que vencieron, derrotando al príncipe Carlos en la batalla del

Páramo de Culloden.

—¿Y el príncipe Carlos logró escapar? —preguntó Honey.

—Seguramente le cortaron la cabeza —dijo Trixie— igual que a la reina María de Escocia.

—No, no, él pudo huir a Francia —dijo McDuff.

Honey dio un suspiro de alivio.

—¿Usted nació en Escocia, señor McDuff? —preguntó Trixie con amabilidad.

—Sí, pequeña, allí nací. En Glasgow —contestó mientras sus manos grandes manejaban el volante con seguridad. La carretera era estrecha, pero sin curvas.

—¿Cuándo se fue a Canadá? —insistió Trixie.

—Oye, Trixie —dijo la señorita Trask—; a lo mejor el señor McDuff no nos quiere contar su vida.

—Yo sólo quería ser amable —murmuró Trixie.

—Pregunta lo que quieras —dijo él sonriendo—. No me importa. Yo no era sino un cachorrillo cuando mi padre emigró a la tierra prometida.

Jim le sonrió a Trixie, que iba toda apretada entre él y Honey.

—Yo creí entender que fue usted guía en Londres —dijo Jim al escocés—. Entonces… ¿estuvo usted allí antes?

—Ah, sí, muchas veces —dijo McDuff—. Pero podríais pensar que el motivo de este último viaje es bien triste. O quizá no lo consideréis así; depende de cómo lo veáis. Iba a ser mi luna de miel.

Trixie casi se atraganta. Tosió y luego dijo:

—¿Qué le ocurrió a su… prometida?

McDuff echó para atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—Si te preocupa la posibilidad de que haya muerto, puedes estar tranquila, nena. Ella sigue en el reino de los vivos. Si queréis que os diga la verdad, me dejó plantado.

Hubo un coro de lamentaciones.

—Lo siento muchísimo —dijo Honey.

—No malgastéis vuestra energía en esos sentimientos —dijo McDuff—. Dos no pueden viajar por el precio de uno; eso es lo que yo pienso. Y… bueno, este viaje a Escocia me ha permitido conocer a una gente muy buena. «Ja, tú seguirás el camino alto, yo seguiré el camino bajo, y me verán en Escocia antes que a ti —cantó, seguido de un coro de voces—. Pero mi amada y yo, ay, nunca,

nunca volveremos a vernos, en la linda, linda orilla del Lago Lomond».

Desde luego nadie diría que le han roto el corazón —pensó Trixie.

En voz alta preguntó:

—Entonces, ¿ahora va camino de Escocia?

—Sí, a ver a mi tío. Pero no tengo ninguna prisa —añadió McDuff—. Será un placer ser vuestro guía durante unos días.

Mart, hasta ese momento, por extraño que parezca, había permanecido en silencio mientras iba contemplando el paisaje a través de la ventanilla. Colinas verdes, fincas rodeadas de árboles y villas amuralladas fueron quedando atrás. Al rato, se hicieron más frecuentes los prados y las antiguas granjas de adobe.

—¡Caramba! —exclamó de repente—. Estos granjeros utilizan los árboles para protegerse del viento, y cercos de piedra en lugar de vallas. Eso es lo que llaman «setos vivos»… ¿no? ¡Y la de ovejas que hay!

—Mart quiere estudiar la especialidad de agrónomo en la Universidad —explicó Trixie a McDuff, procurando aún mostrarse simpática—. Nosotros vivimos en una granja, aunque bastante modesta, y papá trabaja en un Banco. No tenemos plantado nada… sólo frambuesas y manzanos… pero, a lo que iba, Mart tiene pensado trabajar en la escuela que Jim va a montar para niños sin hogar, y…

—¡Por favor! —la interrumpió Mart—. Cierra el pico, ¿vale? Estoy tratando de aprender algo de las granjas inglesas.

—Pues a mí me encantaría poder ayudarte —dijo McDuff—. Éstas son las colinas de Cotswold… territorio montañoso, muy bueno para las ovejas. Los prados están dispuestos en rectángulos y marcados… como tú bien has observado… con cercos de piedra o filas de árboles.

A Mart casi se le salían los ojos de las órbitas al ver los cercos que cada granjero había sido capaz de construir.

—Aprendimos un montón sobre cómo llevar una granja cuando fuimos a la granja de mi tío Andrew, en Iowa —dijo Trixie a McDuff.

McDuff pareció no haberlo oído.

—A mí me fascina el paisaje inglés —le estaba diciendo a la

señorita Trask—, más aún que Londres.

—Hay una paz tan grande… —dijo Honey sonriendo—. ¡Y ni un carterista!

Trixie había decidido callarse, en vista del éxito que había tenido con su intervención, pero entonces vio una señal por la ventana.

—«Stow-on-the-Wold» —dijo riéndose—. ¿Eso qué es?

—Creo que es uno de los pequeños hamlets de Inglaterra —explicó la señorita Trask.

—¿Hamlet? —preguntó Trixie, extrañada—. Yo creía que el único Hamlet era el personaje de Shakespeare.

—La palabra «hamlet» significa aldea —dijo la señorita Trask sin darse la vuelta.

Trixie se hundió en su asiento.

O me he vuelto paranoica, o se han puesto de acuerdo todos para dejarme en ridículo —pensó.

Vio que McDuff apartaba la vista de la carretera para sonreír a la señorita Trask y, sin pensarlo dos veces, murmuró en voz alta: —Al menos podría fijarse en lo que hace.

Mart la oyó y enarcó una ceja.

—Señor, qué tarados están estos detectives —exclamó cambiando de tema ingeniosamente.

—¿Qué es eso que has dicho? —preguntó la señorita Trask volviéndose—. ¿Otra vez citando a Shakespeare? Muy oportuno… el señor McDuff dice que estamos entrando en tierra del Bardo —añadió dirigiendo una sonrisa a Mart.

—Tan sólo estaba parafraseando algo de «El sueño de una noche de verano» —dijo Mart con ánimo de seguir luciéndose.

Más bien «La pesadilla de una noche de verano» —reflexionó Trixie, apenada.

Las hermanas Tweedie • 8

TRIXIE se fue animando, poco a poco, cuando el sedán marrón entró en Stratford.

—¡Guau! —exclamó—. ¿Verdad que es una maravilla?

El sedán cruzaba en esos momentos un viejo puente de piedra, muy despacio. Abajo, unos cisnes blancos surcaban con gracia las aguas del río Avon. Había gente disputándoles el territorio a los cisnes en pequeñas barquichuelas, y otros merendaban a la orilla del río, tumbados en la hierba. Río arriba, no muy lejos, un moderno edificio de ladrillo rojo dominaba el paisaje.

—Aquél es el Teatro Real de Shakespeare —dijo McDuff.

También les indicó otros lugares de interés mientras iban camino del Hotel Shakespeare, el renombrado edificio del siglo XVI, en el cual los padres de Honey les habían reservado habitaciones. Ni que decir tiene lo emocionados que estaban ante la perspectiva de dormir entre unos muros tan antiguos.

De mutuo acuerdo, los viajeros, nada más entrar en el vestíbulo, decorado con madera blanca y negra, decidieron ir directamente al comedor del hotel. Estaban sentados junto a un gran ventanal, aguardando a que trajeran la cena, cuando Trixie y Honey pidieron permiso para ir al aseo.

—Vamos arriba a curiosear un poco —propuso Trixie mientras regresaban al comedor—. ¡Será muy divertido!

—¿Y no deberíamos volver a la mesa? —preguntó Honey—. ¡Mira que si llega la cena…!

—Sólo quiero echar una ojeada a las habitaciones —dijo Trixie, cogiendo a Honey de la mano—. Mart me dijo que las habían bautizado a partir de las obras de teatro de Shakespeare. ¿Entiendes? Igual que el comedor se llamaba «Como gustéis».

Honey accedió contra su voluntad, y las dos fueron volando escaleras arriba para explorar los corredores estrechos, medio iluminados, y silenciosos.

—Mira, aquí está «Mucho ruido y pocas nueces» —dijo Trixie, soltando una risita—. ¡Es como si hubiese pensado en mí al titular esa obra!

—¡Chist! Podría haber gente descansando en las habitaciones —dijo Honey—. Ah, sí, ésa es la habitación que yo quiero… «El sueño de una noche de verano». Apuesto a que es «de ensueño».

Toda aquella combinación de obras de teatro y habitaciones de hotel le resultaba a Trixie enormemente divertido.

—¡Ay, Honey! —exclamó—. Después de todas las tonterías que se me han ocurrido, necesitaba darme el gustazo de soltar una buena carcajada.

—Vale, vale, pero no armes tanto follón —suplicó Honey—. ¡Ay, qué romántico! Ya hemos llegado a la habitación de «Romeo y Julieta».

—¡Quédate tú ésta, si quieres! ¡Mira! Esas dos de allí también son preciosas… «La tempestad» y «Bien está lo que bien acaba». ¡Huy! ¡Ya verás cuando se lo diga a Mart! —dijo echándose a reír de nuevo.

Cuando llegó a la altura de «La fierecilla domada» y «Trabajos de amor perdidos», iba doblándose de risa.

—Ay, no puedo más —chilló—. ¿Te imaginas una habitación que se llame «La comedia de las equivocaciones»?

—Chitón —susurró Honey, aunque demasiado tarde.

Una doncella algo gruesa irrumpió en el pasillo de muy mal humor.

—El conserje dice que bajéis ahora mismo —dijo indignada.

Las dos llegaron a la mesa justo a tiempo para oír cómo el dueño del hotel decía a los demás que, debido a una lamentable confusión, no tenían habitaciones para esa noche. No se mencionó el mal comportamiento de Trixie, pero ella se convenció inmediatamente de que era la responsable de semejante «cambio de planes». ¡Si se hubiera quedado calladita y no hubiera hecho el tonto!

—Los ciudadanos de Stratford se toman a Shakespeare bastante en serio —oyó que decía un turista de la mesa de al lado.

También pudo oír el comentario la señorita Trask, que, cuando

el dueño del hotel se marchó, se volvió hacia Trixie y le dijo, apretando los labios:

—Se te oía desde aquí abajo, desde el comedor. No entiendo cómo has podido comportarte de esa forma.

Luego concentró su atención en el plato que tenía delante, dejando a Trixie muy compungida.

—Es el espíritu de la juventud, que arrasa —opinó McDuff.

Luego insistió en irse cuanto antes para ver si podía encontrarles habitaciones en algún otro hotel, para esa noche.

Cenaron pato a la naranja, la especialidad de la casa. Estaba delicioso, pero Trixie no tenía mucha hambre, después de lo ocurrido. Los demás tampoco hablaron demasiado ni disfrutaron de las delicias que les dieron a probar.

—¿Sabes, Trixie? —dijo la señorita Trask, para romper el silencio—, deberías considerar que tu comportamiento en el extranjero puede influir en la gente de ese país para odiar a todos los americanos. Ya sé que los ingleses te han parecido antipáticos pero… ¿y tú?, ¿qué crees que pensarán ellos de ti?

—Pues… prefiero no pensarlo —dijo Trixie, desolada.

Honey le cogió la mano por debajo de la mesa, pero eso no le sirvió de gran consuelo.

Como ya era muy tarde y la ciudad estaba atestada de turistas, las únicas habitaciones que McDuff pudo conseguir estaban en dos hoteluchos de los de «cama y desayuno», que se encontraban uno junto al otro. Después de instalarse, tranquilizó a la señorita Trask, que estaba preocupada porque él, con todo el jaleo, todavía no había cenado.

—Tomaré cualquier cosa en algún *pub* —dijo—. ¿Os gustaría acompañarme? Así veréis un poco del «Stratford la nuit».

Los chicos aplaudieron la idea, excepto Trixie, que no quería sino meterse entre las sábanas y dejar que sus lágrimas le corrieran por las mejillas. Honey, que compartía la habitación con ella, insistió en quedarse con su amiga. La señorita Trask vaciló, sin saber si quedarse con las chicas o salir con los demás.

—Por favor, no se preocupe por nosotras, señorita Trask —dijo Trixie.

—Pues sed buenas —dijo ella dando un suspiro—. ¡Por favor!

—Hay un sitio que seguramente os apetecerá conocer. Se llama

«El Cisne Negro», conocido también por el nombre de «El Pato Sucio» —dijo McDuff mientras acompañaba a la señorita Trask y a los chicos hasta la puerta—. Allí es donde los actores de la Compañía de Shakespeare acudían después de la representación.

—He estado pensando —dijo Trixie cuando ya se habían puesto el pijama y habían apagado la luz— en lo que dijo la señorita Trask. Eso de ver las cosas desde otros puntos de vista. Bien, podría empezar a hablar de ella y McDuff… quiero decir, señor McDuff. No sé qué pasaría si ella se enamorase de él y se fuera con él a Escocia, o a Canadá…

—Yo tampoco —admitió Honey—. El señor McDuff me cae muy bien, pero la señorita Trask… ella es como de la familia. La echaría muchísimo de menos, si se fuera.

Lo que Honey se guardó de decir, pero tampoco fue necesario, porque Trixie lo sabía muy bien, era que la señorita Trask era más importante para Honey, en más de un sentido, que su propia familia. Sus padres solían ausentarse de casa, por asuntos de negocios y, antes de que llegara la señorita Trask, una institutriz horrible se había hecho cargo de la educación de Honey. La señorita Trask era muy buena amiga de todos los Bob-Whites, pero con Honey… bueno, ellas dos eran uña y carne.

—Pero a lo mejor… a lo mejor estamos pensando demasiado en nosotras —dijo Trixie—. Ya sabes lo mucho que nos gusta que venga con nosotros de viaje, y que esté siempre ahí, cuando te hace falta, si tus padres no están.

—Sí, y lo que ayuda a mis padres también —reconoció Honey—, como ama de llaves.

—A pesar de lo mucho que le he decepcionado esta noche —dijo Trixie—, yo también la quiero muchísimo… No quisiera que se casara y no verla más. Ahora… si eso es lo que ella quiere… digo, que si eso le va a hacer feliz, y desde luego eso parece cuando está al lado de McDuff… bueno… ya sabes a qué me refiero.

—Sí —dijo Honey con una voz grave que sonó como una sentencia en medio de toda aquella oscuridad—. Sí, Trixie, te entiendo.

La resolución que había tomado Trixie de pensar las cosas desde otros puntos de vista fue más fuerte aún por la mañana. Uno de esos deliciosos desayunos ingleses fue la circunstancia en la que los Bob-

Whites planearon su primer día en Stratford.

—Yo tengo que ver la casa de Shakespeare —dijo Mart—. ¿Y tú, Trixie?

—Ve tú si quieres —contestó ella—. Yo tengo otros planes.

—¿Otros planes? —preguntó su hermano—. ¿Como, por ejemplo, hacer que nos expulsen de Stratford?

La señorita Trask le hizo un gesto censurando sus palabras.

—¿Qué tenías pensado, Trixie? —preguntó con dulzura.

—Bueno, no estoy segura. La verdad es que hoy no quiero ser la típica turista yanqui —dijo Trixie—. Me gustaría… no sé… dar un paseo, sin más —añadió sin explicar muy bien lo que quería decir.

Tal vez la entendieron mal. Lo que pretendía es conocer a alguien del país y hacerse amiga suya. Además, no quería retrasar más lo del collar de Honey, ni lo de los orígenes de los Hart. A menudo le salían las cosas mejor cuando iba sola que cuando iba en grupo. Y todo el «asunto McDuff» la había distraído un poco del verdadero propósito de su viaje… seguir el rastro de los antepasados de Honey. Se había propuesto no fracasar en su misión.

—¿Quieres que vaya contigo, Trix? —preguntó Jim.

La tentación era fuerte; saber que Jim no se había enfadado con ella por lo de la noche anterior la tranquilizó.

—Gracias —dijo—, pero, si vienes, todo lo que haré es hablar contigo.

—Mira, es mejor que no vayas por ahí tú sola —dijo la señorita Trask con cierta brusquedad.

Al final se decidió que Trixie y Honey fueran por su cuenta, mientras que McDuff llevaba a los demás a ver los lugares más interesantes de la ciudad.

—Después os llevaré a la casa de campo de Anne Hattaway —prometió McDuff—, porque supongo, chicas, que no os querréis perderos el sitio donde vivió la mujer de Shakespeare antes de casarse.

—Me gustan las ciudades pequeñas, como ésta. Una puede ir a todas partes paseando —dijo Honey.

Las dos amigas fueron caminando por la calle Waterside, a orillas del río Avon.

Al pasar junto al Teatro Real de Shakespeare, comentó:

—El señor McDuff sabe cómo conseguir entradas hasta en

temporada alta, y eso que lo normal es reservarlas con varias semanas de antelación. La señorita Trask dice que mañana intentaremos ir a ver «Macbeth».

Trixie puso un gesto diabólico.

—«Redoblad vuestros esfuerzos / redoblad vuestros trabajos —recitó con voz nasal, imitando lo mejor que pudo a las tres brujas de Macbeth—. Que arda el fuego / que la caldera…». ¡Ay!

Arrastrada por su fervor dramático, Trixie había estado a punto de darse de bruces contra dos señoras inglesas.

No escarmentarás —se recriminó a sí misma—. *Te han pillado recitando a Shakespeare con la nariz. Seguramente pensarán que me estaba burlando de él, como los de anoche*.

Pero no, aparentemente no les molestó. Las dos señoras sonrieron, mientras brillaban sus hermosos ojos castaños. Trixie contuvo el aliento, ¡ésta era su oportunidad para comprender el punto de vista inglés!

—Nos preguntábamos —dijo—, nos preguntábamos…

Se le había quedado la mente en blanco. ¡Vaya un momento que había elegido su lengua para trabarse!

Honey, entonces, decidió intervenir.

—Nuestros amigos han ido a ver lo típico —explicó—. Trixie y yo preferimos pasear.

Las dos amigas se presentaron y desplegaron sus sonrisas más encantadoras.

—¿Habéis ido al museo? —dijo la señora más baja y fortachona.

Trixie estaba convencida de que eran inglesas. El acento las delataba, ese acento que para los americanos era tan cursi.

La más alta señaló con su paraguas el edificio frente al cual se hallaban, justo al lado del Teatro.

—Mi hermana se refiere al Museo de Arte del Teatro Real de Shakespeare —explicó—. Por lo que he viso, te gusta el Bardo, así que no deberías perderte este museo. ¡Y tienes una voz preciosa, cariño! —añadió dirigiéndose a Trixie.

Trixie se puso colorada.

—Mi hermana es profesora de teatro —dijo la más bajita.

—La mayoría de mis alumnos se mueren de vergüenza cuando tienen que abrir la boca —comentó su hermana.

Las dos mujeres estuvieron simpatiquísimas. Antes de que Trixie

y Honey tomaran una decisión, las dos señoras las metieron en la galería, donde había retratos de Shakespeare y de los personajes y escenas de sus obras, así como trajes y joyas que habían llevado los más famosos actores y actrices shakespeareanos.

Las señoritas Elizabeth y Mary Tweedie, que así se llamaban, irradiaban felicidad cada vez que las chicas mostraban su admiración por aquellos tesoros. Los nativos de Stratford creían, indudablemente, que cualquier cosa que se refiriese al Bardo les pertenecía.

—Qué suerte hemos tenido al conocerlas a ustedes —dijo Honey al salir de la galería.

—¡Ay, sí! —añadió Trixie—. Estábamos deseando conocer a algún inglés, en lugar de hacer lo mismo que todos los turistas.

—Ahora entiendo por qué los americanos pensáis que los ingleses somos tímidos —dijo en broma la señorita Elizabeth, con un brillo especial en sus ojos castaños.

Era ella la profesora de teatro.

—Supongo que no os apetecerá almorzar con unas viejas como nosotras ¿verdad? —les dijo.



—Por favor, venid con nosotras —les suplicó la señorita Mary—. Pertenecemos a un Club, La Sala de la Huerta. Preparan unos bocaditos deliciosos. Si vais a quedaros en la ciudad por algún tiempo, hasta podéis apuntaros al club, por sólo unos pocos chelines. En cualquier caso, la Sala de la Huerta os va a gustar. Fue la casa de la hija de Shakespeare, Susanna, y de su marido, el

doctor Hall. Es una casa de ensueño, amueblada con antiguos…

—Acabarás convirtiendo a este par de simpáticas americanitas en turistas —dijo la señorita Elizabeth, soltando una risita—. ¿Por qué no empezamos por almorzar, sin más? Deben de tener buen apetito.

En cuanto mencionaron la comida, Trixie sintió un hambre atroz. Por fortuna, la Sala de la Huerta estaba sólo a dos manzanas del museo y de la galería.

La señorita Elizabeth les recomendó pierna asada de cordero con salsa de menta y guisantes, y ellas siguieron el consejo contentísimas.

—La comida inglesa es muy sabrosa —dijo Trixie ente bocado y bocado.

Honey también opinó lo mismo. Para postre, eligieron frambuesas, lo cual le dio pie a Trixie para hablar de su casa, Crabapple Farm. Las Tweedies (apellido que hizo sonreír a las dos amigas, porque significaba «trajecillos de lana»), parecían atender, fascinadas, a todo cuanto Trixie les decía.

—¿Y dónde estáis alojadas, aquí en Stratford? —preguntó la señorita Mary.

—Qué curioso que nos haga esa pregunta —dijo Trixie, bajando la vista—. Provisionalmente, estamos repartidos en dos hotelitos distintos, de esos de «cama y desayuno». Íbamos a quedarnos en el Hotel Shakespeare pero… bueno, nos echaron de allí.

—Bah, Trixie —exclamó Honey—. La señorita Trask dijo que no tuvo nada que ver con eso. Lo que pasó es que vieron que no les quedaba ninguna habitación.

Trixie contó a las dos mujeres la historia; cuando terminó, las dos estaban medio ahogadas de risa.

La señorita Elizabeth se secó las lágrimas con un pañuelo.

—Mirad —dijo—, ¿no os gustaría pasar unos días en un lugar en el campo? Un amigo nuestro ha abierto su casa a los turistas. No queda muy lejos… a menos de una milla del centro de la ciudad. Es difícil encontrar habitación en la temporada alta, pero Andrew Hart acaba de reformar su casa, y creo que la inaugura esta semana. Es un lugar precioso.

—¿Dijo usted Hart? —preguntó Trixie mientras dejaba caer la cuchara al suelo.

A Honey se le abrieron los ojos como platos.

—¿H-A-R-T? —pronunció llena de asombro.

—Pues sí, querida —dijo la señorita Elizabeth—. La van a llamar Casa Hartfield.

—Guau, Honey —dijo Trixie—. ¡Ya lo tenemos!

Un anfitrión hostil • 9

—¡VERÁS QUÉ CARA ponen cuando les demos la noticia! —exclamó Trixie.

Luego, se dejó caer en el banco donde Honey y ella habían quedado con la señorita Trask y los chicos.

—La Agencia de Detectives Belden-Wheeler está funcionando —dijo Honey entusiasmada, sentándose a su lado.

—Así es… y entretanto, ellos… de museo en museo —añadió Trixie mientras arrugaba la nariz que, en el verano, parecía aún más pecosa.

—A mí me gustaría ver la ciudad —confesó Honey—. En Londres nos lo pasamos en grande, pero esto tiene toda la pinta de ser más divertido. Las hermanas Tweedie han sido tan buenas con nosotras, que me ha dado rabia tener que despedirme de ellas.

—Y sólo tenemos hasta el domingo —le recordó Trixie—. Tu madre vendrá a recogernos el domingo por la mañana, y ya estamos a martes.

—Parece increíble —dijo Honey—. Como dijo no sé quién, el tiempo vuela cuando te lo pasas bien.

—Sí, aunque ahora mismo parece que le hayan cortado las alas —dijo Trixie con impaciencia—. Estoy deseando decirle a la señorita Trask y a los chicos lo de la Casa Hartfield. ¿Dónde se habrán metido?

Trixie y Honey miraron en torno suyo; el parque estaba desierto. Y no se podían haber equivocado de banco; era éste, el que estaba a la orilla del río, justo enfrente del teatro.

—Me parece que ya los veo… por allá —dijo Honey—. ¿Ves…? Allí, uno alto, y pelirrojo… sí, y Mart también. Pero ¿y la señorita Trask?

—Elemental, mi querida Honey —dijo Trixie apenada—. Estará

con McDuff.

—Creí que ya te caía mejor —dijo Honey, algo preocupada.

—Bueno, puede que sí y puede que no. Pero ¿y tú?, ¿quieres que se vaya para siempre con él, la señorita Trask?

—No, yo no podría soportarlo —dijo Honey en voz muy baja.

—Perdonad que lleguemos tarde —dijo Jim en ese momento—. Tendríais que haber venido con nosotros. Vimos…

—¡La cama de Shakespeare! —exclamó Mart.

—¡Bah! Seguro que no es tan cómoda como las que tendremos esta noche nosotros —dijo Trixie, emocionada—. ¿Qué tal si os dijésemos de ir a la Casa Hartfield?

—¿La Casa Hartfield? —preguntó Jim, perplejo—. ¿Dónde queda?

—Hartfield —repitió Honey acentuando con énfasis Hart.

—¿Y qué? —preguntó Mart—. ¿A qué viene tanto misterio?

—Viene a que hablamos de la Casa H-a-r-t-field, que ha sido abierta para los turistas recientemente, por un tal Andrew
H-A-R-T
. Y en cuanto nos digáis dónde está la señorita Trask, iremos a hacer las reservas para esta noche —explicó Trixie.

—¡Magnífico! —exclamó Jim—. ¡Trixie, la perrilla perdiguera, ya está sobre su presa!

—Por no hablar de Honey, la sabuesa —dijo Mart—. Pero yo sigo sin…

—Bueno, ¿dónde está? —le interrumpió Trixie—. ¿Dónde está la señorita Trask?

—Creo que el señor McDuff y ella se fueron a dar un paseo en barca —dijo Jim—. Dijeron que nos verían en «La Telaraña» a la hora del té.

—«La Telaraña» —dijo Mart relamiéndose de gusto—. Es el número uno, según mi guía gastronómica.

—Bien, nosotras acabamos de comer —dijo Trixie mirando a Honey—. Pero ya me conocéis.

—¡Vamos! —exclamó su amiga.

Camino de «La Telaraña», las chicas pusieron a Mart y a Jim al corriente sobre sus nuevas amistades, las hermanas Tweedie, y ellos no pararon de hablar de todo lo que habían visto acerca de Shakespeare.

—Nosotras también fuimos a un museo —dijo Honey.

Entonces, comenzó a describirles la Galería de Arte.

A Brian le encantaría La Sala de la Huerta —añadió—. Después del almuerzo, fuimos a la antigua farmacia del doctor Hall, donde todavía guardan sus viejos instrumentos médicos y un diario sobre varias enfermedades y cómo las curó.

—Y ahora mismo seguimos viendo cosas —señaló Jim.

Se estaban acercando a una fila de edificios de la época isabelina, en la Calle del Cordero, y en uno de ellos colgaba un letrero en el que ponía: «La Telaraña».

—Sí, una vista para estómagos vacíos —dijo Mart.

Tan pronto como atravesaron el umbral de la puerta, se les hizo la boca agua al contemplar pastelitos y confites de todas clases, que se vendían en un mostrador, en la planta baja. Arriba, los Bob-Whites se sentaron alrededor de una mesa de roble que había junto a una chimenea de adobe. Ya estaban estudiando el menú, y todavía no tenían noticia alguna de la señorita Trask ni de McDuff.

—Vamos a pedir, sin más —dijo Mart.

—Aunque «La Telaraña» se incendiase, Mart diría: «Vamos a pedir, sin más» —dijo Trixie en broma.

—Y yo que pensaba que lo de «ir a tomar té» significaría tomar un té con algún bollito… —añadió Honey, contemplando incrédula las variadísimas opciones que les ofrecía el menú.

—Bizcochos —la corrigió Jim—. En Inglaterra, a los bonitos los llaman bizcochos.

—Entonces, ¿cómo les llaman a los bizcochos? —preguntó Trixie.

—Creo que algo así como panetones —dijo Jim, vacilando un poco.

—Una camarera algo gordita apareció para tomar nota de lo que iban a tomar.

—¿Qué te pongo, patito? —preguntó a Honey.

—No, gracias, prefiero un poco de pan tostado con queso derretido —contestó ella.

Sus tres amigos se echaron a reír, para sorpresa de Honey. Sus modos, en ocasiones como ésta, eran tan elegantes y finos como los de su madre. ¿Qué les habría hecho tanta gracia?

—¡Ay, ay, mi estómago! —dijo Mart en medio de una carcajada

—. ¡Socorro! ¡Que me ahogo!

—Lo de «patito» iba por ti, Honey —consiguió explicarle Jim—. No te estaba proponiendo que pidieses un patito.

—¿Y tú, cariño? —dijo la camarera a Trixie.

Trixie reprimió una carcajada. No quería provocar otro incidente internacional.

—A mí, si me hace el favor, me pone unos cuantos pastelitos variados, y té —pidió con cortesía.

Jim pidió lo mismo.

—A mí —dijo Mart— me pone ensalada de «lengua», y brazo de gitano, y un bollito de salchicha, y unas tortitas, y…

—¡Mart! —exclamó Trixie—. ¡Que no estamos en el Día de Acción de Gracias! ¡Contrólate!

Ahora era la camarera la que empezó a reírse y aún seguía riéndose cuando les trajo lo que habían pedido.

—¡Aquí tenéis, patitos! —dijo—. ¡Que os aproveche!

Cuando ya se disponían a degustar todos aquellos exquisitos manjares, aparecieron McDuff y la señorita Trask, que enseguida se dirigió a los Bob-Whites para excusarse.

—Siento haberos hecho esperar —dijo—. Es que estábamos remando… y no sé cómo se me escapó el remo. En mi vida he sido tan torpe. Se fue flotando, y a Gordie y a mí nos costó bastante recuperarlo.

—*¡Gordie!* —pensó Trixie mientras miraba a Honey con espanto.

Mart enarcó las cejas exageradamente. Apenas se habían recuperado de la impresión, cuando tuvieron una aún mayor.

—¿Qué vas a pedir, Margui? —le dijo McDuff a… ¡a la señorita Trask!

—¡Guau! —susurró Trixie—. Jamás, nadie, la había llamado…

—¡Chist! —exclamó Jim poniéndose el dedo en la boca.

—¿Se llama así? —preguntó Mart con voz temblorosa.

—Margarita —dijo Honey—. Lo sé por las cartas que le escribe su hermana.

Forzó una sonrisa al ver que la señorita Trask los miraba.

Trixie casi se atraganta.

Vamos, vamos. Son adultos —dijo para sus adentros—. *Y eso significa que se pueden llamar como les apetezca. Y, además, lo*

importante, en este momento, es que vamos por buen camino para averiguar los antepasados de Honey.

Estaba impaciente por seguir con el caso.

Cuando los cuatro amigos terminaron de merendar, pasaron a la mesa que ocupaba la señorita Trask, y entonces Trixie y Honey le contaron lo de las hermanas Tweedie y lo de la Casa Hartfield.

—Las hermanas Tweedie prometieron que nos recomendarían con mucho gusto —dijo Trixie—, y seguro que hay habitaciones, porque la han inaugurado esta semana. Además, puede que Honey esté emparentada con los dueños. Su tatarabuela Priscilla, la que le dejó en herencia el collar, era una Hart… Menuda sorpresa para la señora Wheeler, cuando llegue el domingo y vea que hemos descubierto la mansión de sus antepasados, y…

—¡Vale, Trixie! —dijo Jim riéndose—. Estás adelantando acontecimientos, ¿no?

—Lo que quiere decir Jim —explicó Mart— es que has extendido tus conocimientos desde un área conocida a un área que raya en la conjetura.

—Lo que los dos quieren decir es que estás exagerando otra vez, Trixie —dijo la señorita Trask guiñando el ojo con la misma gracia de siempre, lo que hizo pensar a los Bob-Whites que quizás no hubiese cambiado tanto, después de todo.

—Pero desde luego —añadió la señorita Trask—, hay que ir a ver esa Casa de Hartfield. Por lo que cuentas, debe ser una maravilla, y a mí no me gusta eso de estar en dos hoteles distintos. Bueno, todo eso —dijo dirigiéndose a McDuff— si tú estás de acuerdo.

—Tus palabras son órdenes para mí, cariño —dijo dedicándole la mejor de sus sonrisas.

La palabra cariño no significaba nada especial en Inglaterra; eso lo sabía Trixie. Gente que ni conocían les llamaban cariño, patito o querida. Lo que le preocupaba a Trixie era que, cuando se lo decía a la señorita Trask, ella se sonrojaba. Ese hombre tenía el poder de transformar a la señorita Trask en una persona distinta a la que ellos conocían.

Los Bob-Whites van a tener que celebrar una reunión urgente para tratar el asunto —pensó.

La Casa Hartfield quedaba más o menos a una milla de la

ciudad, yendo por la carretera de Welcombe.

—Uf, ¿te imaginas a tus parientes viviendo tan cerca de Shakespeare? —dijo Trixie a Honey—. A lo mejor coincidían con él en la panadería, en el mercado, o donde hicieran las compras en aquel tiempo.

—Sí, todo concuerda —dijo Honey, pensativa—. Si los Shakespeare vivían tan cerca de los Hart, no es de extrañar que la hermana del Bardo se casara con un Hart. Así que, de ahí a afirmar que la leyenda que decía que descendemos de Shakespeare es verdadera, no hay más que un paso.

Desgraciadamente para esa leyenda, la Casa Hartfield no parecía tan vieja, ni de lejos, como los antiguos edificios isabelinos que los Bob-Whites habían visto en Stratford, pero, en cualquier caso, la mansión era preciosa.

—Bueno, tal vez la casa original de los Hart se quemara o algo así, y tuvieron que construir esta otra —dijo en voz alta Trixie mientras McDuff conducía el sedán marrón por la carretera en pendiente.

La mansión tenía dos pisos; era de adobe rosado, y estaba rodeada por un jardín de flores. La yedra, de un verde esmeralda, escalaba los muros hasta un tejado de dos aguas que cubría las buhardillas. Había tantas chimeneas que no se atrevieron a contarlas. Un caminillo de césped daba acceso a la entrada principal. Las hierbas resplandecían al darles el sol de la tarde.

Los Bob-Whites contuvieron la respiración mientras esperaban en el porche. ¿Les dejarían quedarse en esa mansión tan hermosa? ¿Y era esta casa propiedad de un miembro de la familia de Honey?

McDuff llamó a la puerta, golpeándola con una aldaba de bronce que tenía la forma de un ciervo.

—Un ciervo… ¡Hart! —exclamó Mart.

—¿Qué estás diciendo? ¿Deliras? —preguntó Trixie.

—Hart. Así es como se llama en inglés al ciervo macho —explicó su hermano con una paciencia sin límites—. De ahí el emblema de la familia.

El tiempo que estuvieron esperando se les hizo una eternidad; al fin les abrió una mujer, con un vestido negro, sencillo. Aunque más que abrirles, les entreabrió la puerta.

—¿Sí? —les preguntó fríamente.

—Hemos oído que alquilan habitaciones —dijo la señorita Trask, un poco desconcertada—. Pero puede que hayamos cometido un error…

—Entren —dijo la señora, sequísima, abriéndoles una de las dos hojas del portón para que pasaran.

Los Bob-Whites entraron de uno en uno, y luego la señorita Trask y McDuff. La mujer se perdió por un pasillo, y dejó a todos plantados en el vestíbulo.

—¡Guau! —exclamó Trixie—. ¡Nunca había visto tantos colores!

—¡Es muy bonito! —comentó Honey ilusionada—. Espera a que mi madre lo vea. Todo está arreglado con gusto… los colores, los tonos…

—Es lo que la señora Wheeler llamaría el sueño de un decorador —aseguró la señorita Trask.

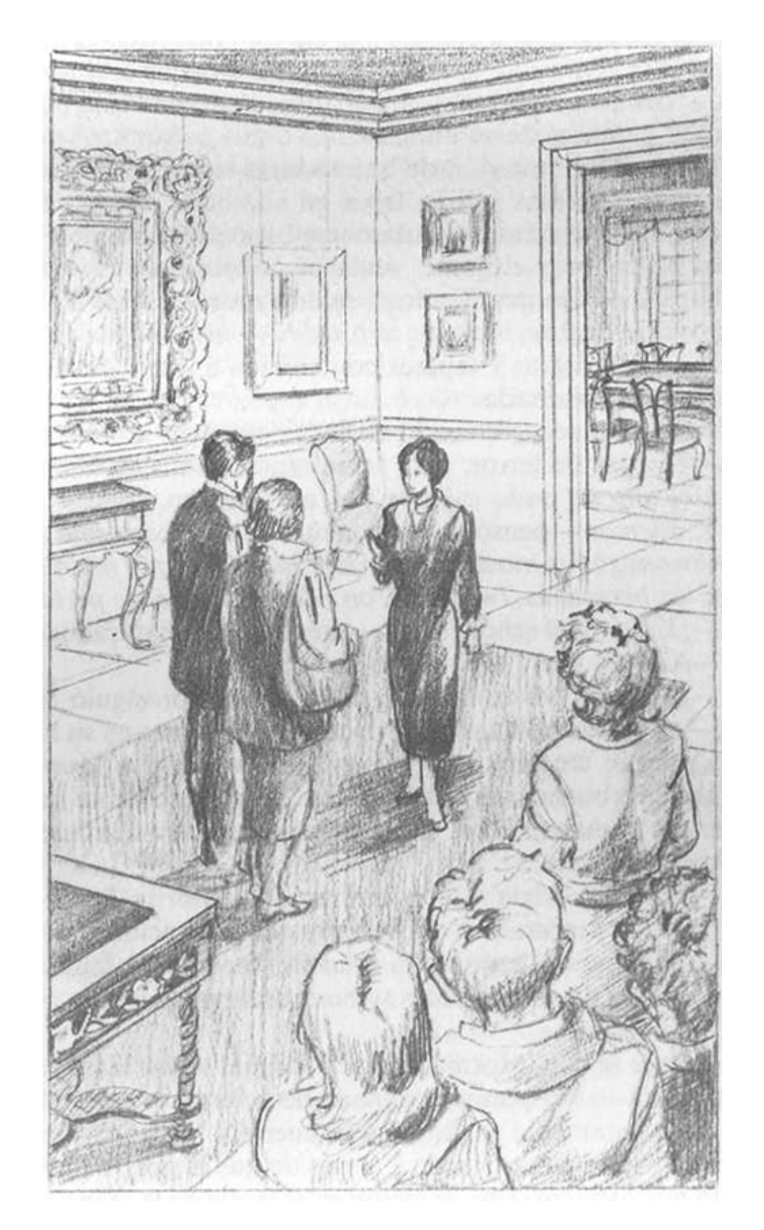
—Creo que entiendo a qué se refiere Trixie con lo de los colores —dijo Jim.

Paseó su mirada desde el vestíbulo, con sus alfombras púrpura, con sus antiguos muebles, hasta el recibidor gris y rosa en un extremo, y hasta un comedor empapelado en rojo carmesí en el otro.

—Jamás hubiera imaginado que una casa inglesa pudiera tener más colores que una americana —añadió.

—Aquí llueve muchísimo —explicó McDuff, soltando una risita —. Un poco de color contrasta con el cielo gris.

—Es asombroso, pero los estereotipos que nos formamos de otros países resultan ser falsos casi siempre —dijo Mart con su tono habitual—. Ya sabéis, también veníamos con la idea de que la comida inglesa era horrorosa. ¡Y eso sí que no; al que dijo eso deberían ponerle orejas de burro!



—Una gran mentira —explicó Jim intentando interpretar las palabras de su amigo.

—Tengo la impresión de que todavía tenemos reservadas más sorpresas —dijo Trixie en voz baja.

Un hombre extraordinariamente bien parecido, con el pelo negro, muy elegante, venía por el pasillo.

—¿Sí? —dijo, repitiendo el saludo monosilábico de la señora de negro.

Sus cejas negras y espesas contribuían a intensificar la dureza de su mirada.

A Trixie le recordó a uno de esos científicos tarados de las películas de terror, pero tenía tantas ganas de hablar con él que no pudo callarse por más tiempo.

Y, además —pensó valientemente—, *la única forma de hacer amigos es mostrarse cordial, lo mismo que hicimos con las hermanas Tweedie. Con ellas nos salió de perlas*.

—¿Es usted el señor Hart? —preguntó con naturalidad.

—Andrew Hart —contestó él.

—¡Andrew! Mi tío favorito se llama así —prosiguió Trixie—. Y teníamos unas ganas locas de quedarnos en su hotel, porque creemos que Honey… le presento a Honey Wheeler… bueno, sus antepasados… por parte de su madre… se llamaban Hart. De manera que tal vez sean ustedes parientes, y…

—Ya basta, Trixie —la interrumpió la señorita Trask—. Señor Hart, esperamos que tenga usted habitaciones para nosotros, para el resto de la semana. Tenemos entendido que acaban de abrir ustedes su hermosa mansión para posibles huéspedes.

—Pues le han informado mal —dijo el señor Hart con voz gélida —. No hemos terminado las reformas necesarias.

Inmediatamente se dirigió a la puerta y la abrió, «invitándoles» así a marcharse. Y antes de que el grupo supiera lo que había pasado, se vieron en el jardín de la mansión.

—Ay, ay —dijo Trixie con un nudo en la garganta—. Parece que lo he vuelto a estropear.

—Tú no has tenido la culpa —le dijo Honey—. Sólo querías ser amable, como con las hermanas Tweedie. A la mayoría de la gente le gusta eso. No te preocupes por eso, Trixie.

—Aparentemente, nuestro anfitrión tiene algo en contra nuestra —afirmó Mart.

—Pues yo diría que hay algo más —apuntó en voz alta la señorita Trask—. Algo que no tiene nada que ver con nosotros.

Bueno, y yo creo que el tal Andrew Hart ha estado muy antipático —se dijo Trixie—. *¡Y ojalá que no sea familia de Honey!*

Anne • 10

McDUFF llegó hasta el sedán marrón en cuatro zancadas; los Bob-Whites también se dirigieron al automóvil con prisa por alejarse de ese lugar. La señorita Trask se entretuvo admirando las maravillas y los crisantemos rojos, amarillos y naranjas que rodeaban el sendero de la entrada de la Casa Hartfield. Los Bob-Whites iban a meterse en el asiento de atrás, cuando se abrió la puerta del vestíbulo y una muchacha salió corriendo.

Era tan alta como Trixie, pero muy delgada, y parecía algo mayor que ella. Tenía el pelo castaño y cortado a lo chico, y llevaba puesto un equipo de tenis azul y blanco.

—Hola —dijo sin más preludios, mientras le daba la mano a la señorita Trask—. Yo soy Anne Hart. Mi padre dice que están buscando alojamiento.

Los Bob-Whites se agolparon en torno suyo. Tenía todo el aspecto de haber estado llorando, aunque tal vez fuera culpa del cutis inglés, que parecía de nata y fresa, y daba a las mejillas un tono rosa muy intenso, según pudo apreciar Trixie.

—Nos han dicho que todavía no han inaugurado el lugar —dijo la señorita Trask amablemente.

—Pero la señorita Tweedie… —empezó a decir Trixie.

—Sí, conocemos a las hermanas Tweedie —dijo Anne—. De hecho, nos llamaron por teléfono para preguntar si podíamos alojar a seis personas.

Anne se ruborizó todavía más, pero intentó seguir hablando casi sin aliento.

—Es verdad que aún estamos haciendo obras —dijo—. Mi padre creyó que eso sería un inconveniente para ustedes. De todos modos, tenemos unas cuantas habitaciones que les podríamos arreglar.

—¿Estás segura? —preguntó la señorita Trask—. No quisiéramos

causar ninguna molestia.

Anne sonrió.

—Si ustedes nos soportan, nosotros procuraremos soportarles —dijo bromeando—. ¿Quieren ver las habitaciones? Me temo que no estarán todas juntas. Tenemos tres dormitorios listos en el segundo piso, y uno doble que da a la rosaleda.

—Oh, señorita Trask… ¿no podríamos quedarnos Honey y yo con ésa? —exclamó Trixie—. Debe de ser un paraíso.

—¿Qué opinas tú? —preguntó la señorita Trask a McDuff, que se les había unido—. ¿Vamos a ver esas habitaciones?

—Lo que tú digas, Margui —le contestó él.

Fue la misma Anne quien les enseñó las habitaciones. Andrew Hart y la señora de negro no aparecieron por allí.

Los dormitorios resultaron ser tan multicolores como el vestíbulo. Desde luego esa decoración interior tan imaginativa no concordaba con el carácter gélido de su anfitrión. Cada habitación estaba dominada por un tono… la de la señorita Trask, gris y azul; la de McDuff, verde y dorado; y toda la gama de rojos para los chicos.

—Cuando mamá vea lo bonito que han dejado este lugar, lo más seguro es que mande rehacer toda nuestra casa —dijo Honey dando un suspiro.

Manor House no era el sitio más acogedor cuando la señora Wheeler emprendía una de sus reformas decorativas.

El cuarto más encantador era el rosa. Se entraba por el gigantesco jardín que había detrás de la mansión… jardín que uno podía recorrer siguiendo sus senderillos de piedra, a cuyos lados se levantaban cenadores cubiertos de viñas, un laberinto de setos vivos, una cantidad ingente de rosas… El blanco predominaba en el dormitorio; los muebles eran blancos y también las colchas de las camas gemelas, pero unas rosas salpicaban el papel de la pared, y por todos lados había jarros con rosas recién cortadas del jardín.

—Son ustedes nuestros primeros invitados —dijo Anne—, aunque tenemos varias reservas para la semana que viene.

—Entonces os serviremos de conejillos de indias —dijo Trixie riéndose.

Anne le devolvió la sonrisa, una sonrisa verdaderamente adorable.

—Volveremos enseguida a la ciudad, para recoger nuestras cosas —dijo la señorita Trask.

—¿Cenarán aquí esta noche? —preguntó Anne—. Me temo que mi padre no estará aquí. Va a ir al teatro.

—Ah, no —dijo la señorita Trask—. Cenaremos en Stratford. Nosotros también quisiéramos ir al teatro mañana por la noche.

—Perfecto —dijo Anne—. A los amantes del teatro les servimos la cena a las seis. Como probablemente sabrán, el precio de la habitación incluye cena y desayuno.

Los precios que Anne les ofreció eran tan razonables que habría sido una estupidez ir a cualquier otro lugar; en eso todos estuvieron de acuerdo.

Tanta felicidad hundió a Trixie en el asiento de atrás del sedán marrón.

No sólo nos quedamos en la casa más linda de todo el país —pensó, reprimiendo un grito de alegría—, *sino que encima estaremos en el lugar más apropiado para investigar de lleno el caso. Ahora, si pudiéramos hacer algo con lo de McDuff…*

A la mañana siguiente, inmediatamente después del desayuno, Trixie convocó una reunión de emergencia de los Bob-Whites.

—En este consejo somos todos generales, no hay ningún soldado —comentó Jim.

Trixie y él compartían la presidencia del club; Honey era vicepresidente y Mart era el tesorero.

—Lástima que Brian, Di, y Dan no estén aquí —añadió—. Bueno, pero ¿a qué vienen tantas prisas, Trixie? Me figuro que estamos aquí con el propósito de salvar a la señorita Trask de un destino peor que la muerte…

—La cosa no va en broma —dijo Trixie, cuyos ojos azules echaban chispas—. A mí también me gustaría que los demás estuviesen aquí, pero ya les contaremos todo a la vuelta. ¡Tenemos que actuar, y rápido! ¿Oísteis a McDuff durante el desayuno? ¿No os producen escalofríos todas esas cosas tan cursis que le llama a la señorita Trask? ¡Ya os dije que no me fiaba de ese hombre!

—Sí, tenías miedo de que nos robara hasta la camisa —dijo Mart—, y ahora temes que nos robe a nuestra amiga.

—Pues a mí no me hace ninguna gracia —insistió Trixie—. Puede que a ti no te afecte tanto, Mart, pero… ¿qué pasará con Jim

y con Honey? ¿Y con el señor y la señora Wheeler? ¿Qué harán sin la señorita Trask? ¿Vamos a quedarnos sentados y dejar que las cosas sigan su curso? ¡Después de todo lo que ella ha hecho por nosotros!

—¿Insinúas que se largará con McDuff a Escocia este domingo? —preguntó Jim—. A eso llamo yo un trabajo rápido, hasta para un timador… si es que lo es. Además, la señorita Trask no se deja engañar por cualquiera.

—Ella sólo está pasándoselo bien, por una vez —añadió Mart—. ¿Y qué derecho tenemos para impedírselo? ¿Qué piensas tú, Honey?

—No sé qué pensar —contestó Honey con lágrimas en los ojos —. Está muy rara, y yo no quiero que se vaya a Escocia ni a ninguna otra parte. Pero tampoco quiero ser egoísta. Yo… supongo… supongo que deberíamos alegrarnos por ella.

—Honey está hablando como en una novela rosa —dijo Trixie dando un suspiro—. No sabemos nada de ese hombre. Por ejemplo, ese fajo de billetes que pidió anoche a Anne que le metiera en la Caja Fuerte… ¿No os parece que hay algo…?

—¡¿… raro?! —gritaron los demás a coro.

—Quizás no sea un timador profesional, como yo creí al principio —prosiguió Trixie con cierta terquedad—. Él nos devolvió el dinero, y a Honey le salvó la vida… pero, no sé, sencillamente, no me cae bien. Todas esas cosas que le dice a la señorita Trask… me parecen cursiladas.

Hubo un silencio tenso.

—Tengo que admitir que a mí tampoco me gusta su estilo al cortejarla —dijo finalmente Jim.

Trixie en ese momento sintió deseos de estrujarle entre sus brazos.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer al respecto? —preguntó.

—Lo más importante es la felicidad de la señorita Trask —dijo Jim, subrayando las palabras—. Tenemos que procurar que no le haga daño… él, o nosotros. Así que más nos valdrá tomarnos las cosas con calma, sin precipitaciones.

—Cierto —dijo Mart—. Si nos entrometemos, tal vez la perdamos antes de lo que tú te imaginas, Trixie.

—Entonces tendremos que esperar a ver qué pasa —dijo Honey.

Los chicos estaban de acuerdo; faltaba Trixie.

—Supongo que tenéis razón —dijo resignada.

Sus amigos siempre andaban con pies de plomo. Pero, claro, es que ella lo hacía todo tan a lo loco…

Dejando aparte las intenciones que McDuff pudiera tener respecto a la señorita Trask, los Bob-Whites se dieron cuenta de que no había otro guía mejor. Al final de la jornada, después de haber recorrido esa comarca con McDuff al volante, hasta Trixie reconoció que se lo habían pasado en grande. Y encima tenían algún dato que añadir a su caso.

Esa noche, los Bob-Whites hablaron de los descubrimientos hechos durante el día, mientras esperaban que les sirvieran la cena en la Sala Carmesí de la Casa Hartfield. También esperaban a la señorita Trask y a McDuff, que habían decidido vestirse para la representación, antes de la cena.

Cada uno de ellos había visto algo aquel día que le había llamado la atención de un modo especial.

—En lo concerniente a la Agencia de Detectives Belden-Wheeler —dijo Trixie cuando ya estaban a punto de terminar su larga conversación—, lo más importante ha sido visitar las casas de los padres de Shakespeare. Ahora ya nos podemos hacer una idea de cómo vivían los Shakespeare. ¡Sigo sin explicarme cómo se conservan tan bien esas casas construidas hace más de cuatrocientos años!

—La casa de su madre sí que me dejó alucinado —dijo Mart—. La granja de Mary Arden, con su vaquería y todos esos aparatos que usaban para hacer el queso y la mantequilla… y hasta sidra…

—Y las cuadras —añadió Jim con entusiasmo.

A él le volvían loco los caballos.

—Y todos esos arados tan antiguos, cosechadoras y aperos de labranza… —añadió Mart—. No me habría importado quedarme por aquí una buena temporada.

—La casa de Mary Arden era una preciosidad —opinó Honey—. Esas cocinas isabelinas me encantan… con sus chimeneas enormes, de piedra, y las ollas y jarras de bronce…

—Pero yo no vi ningún lavaplatos —dijo Trixie, arrugando la nariz.

—Es verdad —dijo Mart—. ¡En el siglo XVI a nadie se le ocurrió inventar seres tan vagos como Trixie Belden!

—¿Ah, sí? Pues yo me pregunto si en aquella época ya habrían inventado eso de «hermanos casi gemelos» —replicó Trixie—. Además, ¿de qué me estoy quejando? ¡Me estoy librando de todas mis tareas de hogar por una semana entera!

—Y yo también —dijo Mart—. Sólo me queda lo peor: procurar que mi hermana no haga ninguna burrada.

Trixie no pudo atacar de nuevo; Honey se adelantó.

—¿No están tardando demasiado la señorita Trask y McDuff? —preguntó intrigada—. Si no cenamos enseguida, no nos dará tiempo a vestirnos para ir al teatro.

—¿Qué te vas a poner, Honey? —preguntó Trixie a su amiga, angustiada al pensar que tendría que ponerse algo elegante.

—Bueno, según he visto, el padre de Anne va al teatro todas las noches y se pone un esmoquin, así que supongo que tendremos que ir de gala.

Mart se dio una palmada en la frente.

—¡Dios mío! —exclamó—. Nos hemos dejado el esmoquin, ¿no, James?

Jim asintió con la cabeza.

—Sí, Martin. Me imagino que no habrá otro remedio que ir en vaqueros, ¿no? —dijo con resignación.

—¿Pero cómo vas a ir en vaqueros? —gritó Honey.

Entonces vio el brillo en los ojos verdes de Jim.

—Estos chicos son la monda —comentó.

Jim soltó un silbido. Sin embargo, no era a Honey a quien estaba mirando.

McDuff y la señorita Trask acababan de entrar en el comedor… ¡y la señorita Trask iba de largo! El traje era color rosa pálido, con un cuello alto, mangas largas, y una falda que revoloteaba con elegancia en torno a sus sandalias plateadas.

Trixie no recordaba haber visto nunca a la señorita Trask con una indumentaria semejante ya que siempre llevaba trajes austeros, casi masculinos.

—¡Caramba, señorita Trask! —soltó, sin darse cuenta del poco tacto del comentario—. ¡No sabía que te pusieras esas cosas!

—Estás guapísima —dijo Honey para tranquilizarla.

—Incluso más pulcra que habitualmente —añadió Mart con brillantez.

—Gracias a todo el mundo —dijo la señorita Trask de forma tajante—. Y ahora, si la gente deja de mirarme como si fuera un bicho raro… creo que hay una cena aguardándonos.

La cena, deliciosa, fue servida por un joven alegre, de mejillas hinchadas, que tendría unos dieciocho años. Aparte de la mujer de negro, que más tarde supieron que era la señora Hopkins, el ama de llaves, este chico y el cocinero parecían ser los únicos sirvientes en la Casa Hartfield.

Cuando ya andaba por la mitad de su torta de fresas, Trixie observó que la señorita Trask no comía con demasiado apetito. En un momento se disculpó aduciendo que estaba demasiado nerviosa ante la perspectiva de ver «Macbeth» en el Teatro Real de Shakespeare, pero eso confundió a Trixie. No era normal que la señorita Trask se… bueno, se pusiera nerviosa.

Otro detalle que confundió a Trixie fue lo callado que estaba McDuff. En realidad, ahora que lo pensaba, el parlanchín McDuff de las excursiones y visitas a la ciudad se había convertido en un McDuff taciturno en cuanto entraron en la Casa Hartfield… especialmente ante la presencia del señor Hart o de Anne.

Acabada la cena, los chicos subieron corriendo a sus habitaciones para ponerse sus trajes, casi sin estrenar. Mientras las chicas se cambiaban, Trixie trató de discutir ese punto con Honey.

—¿Por qué se habrá quedado tan callado McDuff? —preguntó—. Si algo requería uno de esos cumplidos cursilones, era el vestido de la señorita Trask, por lo bien que le sentaba.

Honey se encogió de hombros.

—Puede que se quedara de piedra —dijo en broma.

Pero en el momento en que volvieron a meterse en el sedán, McDuff recuperó su locuacidad y su gusto por los halagos excesivos.

—Oh, esta noche pareces una princesa sacada de un cuento de hadas —dijo a la señorita Trask.

—Tonterías, Gordie —respondió ella, quitándole importancia—. Todos nos hemos puesto guapos.



El Teatro Real de Shakespeare, visto desde el viejo puente de piedra, era un haz de luces doradas que se reflejaban en las aguas del río. La gente, muy bien vestida, se agolpaba en la entrada; los Bob-Whites se abrieron paso entre la multitud y entraron. McDuff fue a buscar los programas y fueron hasta sus asientos.

Para regocijo de Trixie, les había conseguido sitio en la primera fila.

—Ya no se puede pedir más… si no es subirse al escenario —dijo.

Honey estaba leyendo lo que el programa explicaba sobre «Macbeth». De pronto se volvió a Trixie y le susurró al oído:

—¡Trix, mira!

Entonces le señaló con el dedo el nombre de uno de los actores que aparecía en el reparto.

—«Asesino tercero» —leyó Trixie—. «Gregory Hart».

Gregory • 11

EN EL DESCANSO, McDuff animó a los Bob-Whites a que fueran a tomarse un helado.

—Es una tradición del teatro británico —les dijo.

Trixie no supo decir si era cuestión de tradición o una excusa para quedarse solo con la señorita Trask, pero de todos modos los cuatro siguieron el consejo de buen grado, y se unieron a una multitud que se había concentrado en un gran balcón que daba al río Avon. Las luces doradas del teatro se reflejaban en el río como si se tratara de un lugar encantado.

Lo del helado resultó ser un cucurucho de sorbete de lima.

—Después de toda la sangre y muertes de la obra —comentó Mart—, es un alivio venir a este lugar.

—«Macbeth» debe ser la obra más sangrienta que escribió Shakespeare —dijo Honey estremeciéndose.

—Sí —dijo Trixie con gran sentido del humor—. Para los efectos especiales agotarán las existencias de salsa de tomate de toda la ciudad, y así durante todas las noches.

Justo entonces, Anne y el señor Hart se acercaron a los Bob-Whites. Trixie quiso tirarse de cabeza al río Avon. Aquí estaba ella, rodeada de sofisticados aficionados al teatro, y hablando de salsa de tomate… Andrew Hart pareció como si quisiera marcharse, pero Anne se lo impidió, sujetándole firmemente del brazo.

—Sí, no es fácil montar «Macbeth» —dijo la joven inglesa.

Estaba hermosa con su vestido azul, largo, y su padre también estaba atractivo con el esmoquin. Trixie, en cambio, poco acostumbrada a ponerse esa clase de vestidos, se sentía incómoda.

—¡Bueno, a mí me ha parecido estupendo este montaje! —dijo Jim—. Jamás hubiera soñado con ver a la Compañía Real de Shakespeare representando «Macbeth» en el mismo Stratford. Usted

y Anne tienen suerte de vivir tan cerca, señor Hart.

Trixie se había puesto muy colorada pero, para no parecer más estúpida aún, trató de añadir algo a la conversación que no fuera salsa de tomate.

—Hemos visto que hay un Gregory Hart en el reparto —dijo—. ¿Es familia suya?

—Sí; es mi hermano —dijo Anne—. Él es…

—Si nos disculpáis —cortó el señor Hart—, tenemos que volver a nuestros asientos.

—Ya me extrañaba que viniera aquí todas las noches —dijo Trixie en cuanto los Hart se alejaron lo bastante como para no oírla —. Claro, su hijo está en la obra. Gregory Hart es actor, un actor vivo… ¡y a lo mejor nos enteramos de que es primo de Honey o algo así!

—Sí, primo decimoséptimo, «o algo así» —dijo Honey con una sonrisa triste.

El «actor vivo» era además un chico «muy vivo», según pudieron averiguar los Bob-Whites a la mañana siguiente, después del desayuno. Tenía la edad de Jim, y sólo una sonrisa permanente le diferenciaba de su padre.

—Qué lástima que anoche no pudierais venir a los camerinos, al acabar la obra —les dijo Gregory—. Bueno, otra vez será.

—¡A los camerinos! —exclamó Trixie—. Caramba, eso sería fantástico. Para nosotros eres una especie de héroe, por actuar en la Compañía Real de Shakespeare.

—Bah, mi papel es muy corto —dijo Gregory con modestia—. Yo lo que hago es darles la lata hasta que no puedan deshacerse de mí de otra forma que no sea dándome cualquier papel.

—Y lleva años con esa estrategia —dijo Anne, mirándolo con cariño—. Se aprende todos los papeles… los cortitos, claro… por si le necesitan. Y ahora ya cuentan con él.

—¿Cuáles son vuestros planes para hoy? —preguntó Gregory—. ¿Habéis ido a Shottery ya?

—Es la casa de campo de Anne Hathaway —aclaró Honey—. No podemos perdérnosla, Trixie.

—A mi hermana, la famosa detective —dijo Mart—, no se le puede molestar con asuntos tan insignificantes como ir a ver monumentos o paisajes. Ella ha venido a resolver un misterio.

—¡Un misterio! —exclamó Anne entusiasmada—. ¡Qué divertido! ¿Podemos ayudarte?

Al final, Anne y Gregory los acompañaron hasta Shottery, dando un paseo muy agradable por el campo; Trixie y Honey aprovecharon entonces la ocasión para informarles del caso que tenían entre manos. Por desgracia, la señorita Trask y McDuff se unieron a la expedición. Trixie estaba casi segura de que McDuff no sabía nada del collar de Honey, y quería que las cosas siguiesen como estaban. De todas formas, eso no planteó ningún problema. Como de costumbre, el escocés se reservó para sí la compañía de la señorita Trask, y pronto los dos se quedaron bastante atrás.

—A mi madre le fascinaba la genealogía —dijo Anne cuando Honey les contó lo de su tatarabuela, Priscilla Hart—. A ver si encuentro alguno de los árboles genealógicos que ella reconstruía.

—¿No sería fantástico que Priscilla formara parte de alguna de las ramas de nuestro árbol familiar? —dijo Gregory, admirando los cabellos dorados de Honey.

Huy, huy —pensó Trixie— *cuidado, Brian.*

Allá, en Sleepyside, Honey y Brian no escondían lo «especial» de su relación.

Naturalmente, Honey es tan guapa que llama la atención allá donde vayamos —pensó Trixie admirando a su amiga.

Cuando Trixie describió el collar y Honey les reveló lo que el tasador había dicho sobre él, Gregory y Anne se miraron de una forma muy significativa.

—De estilo isabelino, decís… pero las joyas no son reales —afirmó Gregory—. Pero si el collar es una copia; igual lo hicieron muchos años más tarde, ¿no?

—Pues no lo sé —confesó Honey—. Eso es lo que el tasador le explicó a mi madre.

—Yo pensaba que los expertos hacían pruebas para ver la antigüedad de los materiales —dijo Jim—, o al menos para hallar la fecha de fabricación.

—Por lo que me habéis dicho, a mí me suena haber visto algo parecido en alguna parte —dijo Anne—, pero no consigo recordar dónde.

—¿Sí? —preguntó Trixie, mientras sentía latir su corazón a cien por hora ante la perspectiva de una posible solución al problema—.

Bueno, tenemos el collar guardado en la caja fuerte de tu padre. Si te lo enseñamos esta noche, ¿tú crees que te acordarás?

—Es posible —dijo Anne.

—Ahora, no quisiéramos causarle más molestias a tu padre —dijo Honey—. Bastantes dolores de cabeza le hemos dado ya.

—Ah, sí —dijo Anne, un poco cortada—. Siento muchísimo que mi padre haya estado tan antipático. Lo que pasa es que le da rabia tener invitados.

—Rechazó la idea durante mucho tiempo —explicó Gregory—. Pero al final se convenció de que no tenía otra alternativa. O aguantar a los turistas o vender la casa de la familia.

—Mi madre terminó persuadiéndolo —añadió con cierta tristeza—. Eso fue antes de morir. Le encantaba decorar cuarenta veces cada habitación.

—Son tan bonitas… —dijo Honey.

—Cuando murió, papá quiso volverse atrás —dijo Gregory—, pero nosotros le obligamos a cumplir su palabra. Los gastos y los impuestos no hacían más que subir…

—No me extraña que vuestro padre esté tan… tan apenado —dijo Honey.

Trixie deseó que se la tragara la tierra. ¿Llegaría a aprender alguna vez a no enjuiciar a las personas antes de conocerlas a fondo? No habría hecho falta que Anne se lo explicase.

Todos estuvieron callados durante un rato. Era un día magnífico, soleado, con unas pocas nubecillas en el cielo. Pronto acabó el sendero y pudieron ver, al otro lado de la carretera, la célebre casa de Anne Hathaway, con su techo de paja, rodeada de arbustos, flores de todos los colores, y hierbas.

—Este jardín inspiró a Shakespeare muchos de sus poemas —observó Mart.

—Por favor… no más citas —le suplicó Trixie—. ¡Es increíble lo grande que es esta casa! Yo creía que sería una casita de campo corriente…

—Las casas de campo inglesas no son tan pequeñas —dijo la señorita Trask.

McDuff y ella los habían alcanzado, y todos juntos se pusieron a la cola que se había formado a la entrada de la granja donde Shakespeare había cortejado a Anne Hathaway. El banco de

madera, en el que se suponía que se habían sentado los dos, todavía seguía en la cocina, junto al hogar. El suelo de baldosas, los techos con sus vigas… todo formaba un conjunto pintoresco, y todas las habitaciones, las de arriba y las de abajo, estaban amuebladas con las piezas auténticas. McDuff y los Hart se turnaron para destacar los objetos más interesantes.

—Las hermanas Tweedie viven allá, carretera arriba —dijo Anne a los Bob-Whites cuando terminaron la visita a la casa de campo—. ¿Queréis que pasemos a hacerles una visita? Se acaban de comprar la casa, y están más contentas que un niño con zapatos nuevos.

Trixie aceptó encantada; tenía ganas de presumir de amigas inglesas delante de Jim y de Mart.

—Te van a caer de maravilla, señorita Trask —dijo Honey.

—Son casi de tu edad —añadió Trixie.

Este último comentario no le gustó a la señorita Trask.

—Mañana tenía pensado ir a investigar a la Universidad de Oxford, y esta tarde es la última que tengo para ir de compras —dijo algo tirante—. Id vosotros a ver a vuestras amigas. Os veremos en la cena.

Y se fue otra vez… ¡con McDuff!

—«Retampatíntoles» —dijo Trixie, dando una patada en el suelo—. Ya se van otra vez.

Gregory se echó a reír.

—Menuda palabreja —dijo—. ¿De dónde la has sacado?

—Pues no tengo ni idea —dijo Trixie— pero me pareció la más indicada en este momento.

—No te gusta mucho ese hombre, ¿verdad, Trixie? —preguntó Anne.

—¿Cómo lo has sabido? —dijo Mart con su ironía habitual.

—Para ser sinceros, nos preguntábamos dónde lo habríais conocido —afirmó Anne.

—En Londres —dijo Trixie—. Al principio creí que era uno de esos timadores de turistas, pero luego me di cuenta de que estaba equivocada.

Gregory y Anne atendieron con mucho interés el informe que los Bob-Whites, interrumpiéndose y contradiciéndose, les dieron de cómo McDuff se había convertido en su guía.

—¿Pertenece a la Oficina de Turismo de Londres? —preguntó

Gregory.

—No tengo ni idea —admitió Honey—. Llegó hace unos días de Canadá, aunque dijo que hace años trabajó de guía.

—Lo normal es no contratar a un guía que no pertenezca a esa oficina —dijo Anne—. Pero claro, si te salvó la vida…

—Desde luego —dijo Honey—, aquel autobús tan horrible se me echaba encima, y menos mal que llegó él para sacarme de allí…

—Yo no podría explicarte por qué no me cae bien —dijo Trixie a Anne—; únicamente puedo decirte que a ratos me parece un farsante.

Anne y Gregory se miraron, como si no supiesen si hablar o callar.

—Creo que deberíamos decírselo —dijo Anne.

Justo entonces, la señorita Mary Tweedie salió de la casa, una granja con el tejado de paja casi idéntica a la de Anne Hathaway.

—Habéis venido a ver nuestra nueva casa —exclamó entusiasmada—. ¿Verdad que es una maravilla? Elizabeth se va a poner más contenta que unas pascuas.

—Pero ¿dónde está su casa? —dijo Trixie mirando a un lado y a otro, sin ver nada que se pareciera a una casa.

También Honey y los chicos parecían confundidos, lo cual hizo reír a los Hart.

—Las hermanas Tweedie han comprado una casa en la aldea de Hathaway —explicó Anne, señalando la enorme casa de campo, la del tejado de paja—. Me imagino que en América lo llamaríais un apartamento.

—Sí, solamente hay uno arriba, uno abajo, y un jardincito de nada —dijo la señorita Mary, con una mezcla de modestia y orgullo.

Los Bob-Whites estaban hechos un lío.

La señorita Elizabeth les estaba esperando para saludarles al otro lado de la verja de madera.

—Pasad, por favor —les dijo con toda sinceridad.

El «apartamento» consistía en dos habitaciones principales… una en el piso Je arriba y otra en el de abajo, como la señorita Mary les había dicho. Una escalerilla que había junto a la chimenea conducía hasta el dormitorio; también había una cocina muy moderna y un cuarto de baño. Al «jardincito de nada» se salía por la puerta de atrás. Las paredes enyesadas y los techos con vigas de madera eran

inequívocamente isabelinos.

—Es igualita que la de Anne Hathaway, sólo que está dividida en dos apartamentos —exclamó Honey—. Y hay varias así.

—Es aún más antigua que la de los Hathaway —dijo la señorita Elizabeth.

—Y ahora es nuestra —subrayó su hermana—. Ahora tenemos el título de «burgueses de la ciudad», y podemos votar en el mismo Ayuntamiento.

—Y pagar los impuestos —señaló la señorita Elizabeth, un poco enojada.

—Entonces la aldea de Hathaway es un condominio de paja —dijo Mart.

—Ahora eran las Tweedie las que no comprendían ni una palabra.

—Normalmente, en los Estados Unidos, la gente alquila apartamentos —aclaró Mart—. Pero a veces varias familias compran el edificio, y eso es lo que se llama condominio.

—Un condominio «de paja» —repitió la señorita Elizabeth.

En ese momento las dos hermanas se echaron a reír.

Después de servir a sus visitantes un té delicioso, las Tweedie los acompañaron hasta la verja de madera, y los Bob-Whites emprendieron el regreso por la campiña inglesa con Anne y Gregory.

Trixie se volvió para decir adiós por última vez a las hermanas, e inmediatamente se dirigió a los Hart.

—Por favor —dijo—, ibais a decirnos algo, antes… sobre McDuff.

Los Hart se volvieron a mirar; Anne asintió.

—Cuéntaselo, Gregory —dijo—. Es mejor que ellos lo sepan.

—Bueno, mirad, yo no quiero quitarle valor como guía —dijo el joven inglés, a quien, evidentemente, no le hacía ninguna gracia hablar mal de nadie—. Pero…

—Gregory ha estudiado teatro, y ha pasado buena parte de su vida rodeado de actores —dijo Anne—, y él cree… vamos, Gregory, díselo.

—Ese hombre no es escocés —dijo Gregory.

—¿Qué quieres decir? —balbuceó Trixie.

—Ese acento es tan falso como la peluca que llevaba yo en la

obra, anoche —dijo Gregory.

En el mercado • 12

ANTES DE LA CENA, aquella misma noche, los Bob-Whites tuvieron una reunión de emergencia y decidieron no contar a la señorita Trask lo que Gregory les había dicho.

—Puede que lo del acento se deba a que ha vivido tantos años en Canadá —dijo Honey.

—Bueno, pero si vemos que hay alguna otra cosa que no cuadra, creo que deberíamos decirle todo lo que sepamos —insistió Trixie.

—Ahora hay que andar con los ojos bien abiertos —dijo Jim—. Además, dentro de unos días se irá a Escocia. Siempre podremos contárselo cuando él se haya marchado.

Los Bob-Whites se habían citado con Gregory y Anne para después de la cena. Ésta sacó el collar de la caja fuerte, y fue a la Sala Rosa para examinarlo.

—Ah, ahora ya sé lo que me recuerda —dijo Anne. Luego vaciló un instante y añadió—: Pero quizás no debería hablar de esto, no sea que esté equivocada.

—Ay, no; dínoslo —suplicaron Trixie y Honey.

—Muy bien, ¿tenéis previsto ir al castillo de Warwick? —preguntó Anne.

—¿La famosa fortaleza medieval… la que tiene en su interior obras de arte de un valor incalculable? —preguntó Mart, que, cómo no, había leído algo sobre ese castillo—. Sí, McDuff dijo algo así como que nos llevaría allí pasado mañana.

—Pues yo estoy pensando en el Gran Salón —dijo Anne—. Procuraré arreglarlo todo para poder acompañaros allí, pero, en caso de que me sea imposible, ya os diré cómo encontrar eso de lo que estoy hablando.

Miró la hora y abrió una carpeta que había traído consigo.

—Se está haciendo tarde, pero yo quería enseñaros esos árboles

genealógicos que hizo mi madre —dijo sonriendo.

Cuando los Bob-Whites terminaron de estudiar cada rama de esos árboles, tenían tanto sueño que lo único que pudieron hacer fue dar las buenas noches. A la mañana siguiente, durante el desayuno en la Sala Carmesí, no paraban de bostezar, aunque la señorita Trask anunció algo que los despejó enseguida. Tenían previsto ir a la Biblioteca Bodleian, en la Universidad de Oxford pero, aparentemente, la señorita Trask cambió de planes.

—Gordie y yo iremos a Oxford, los dos solos —dijo—. La Biblioteca Bodleian es antiquísima, y excelente, y sé que tiene material genealógico sobre los Hart, además de una exposición de joyas isabelinas. Pero creemos que sería una pena que vosotros desperdiciarais todo un día metidos entre cuatro paredes, cuando hay tantas cosas interesantes que ver en Stratford.

—Sí, id a ver el mercado de Stratford —dijo McDuff, exagerando la costumbre escocesa de acentuar las erres—. Lo que da carácter a Stratford es su mercado… ésa es la principal atracción para los turistas.

—¡Al mercado, al mercado! —dijo Mart de buen humor.

Sí; y compraremos un muñeco escocés —pensó Trixie, contrariada.

Cuando McDuff les describió el mercado, Honey dijo con mucha educación:

—Debe de ser algo parecido a los mercados de granja, allá en América. Será divertido, y todavía nos quedan bastantes compras por hacer.

Los Bob-Whites decidieron ir al mercado por la tarde, ya que Anne y Gregory se habían ofrecido a pasar la mañana con ellos, en la Casa Hartfield. Los dos Hart tenían demasiadas cosas que hacer en la casa, y sólo tenían unas pocas horas libres. Andrew Hart siempre rehuía cualquier clase de trabajo manual, y no había bastantes empleados para todo lo que había que hacer. Tanto Anne como Gregory suspiraban cada vez que algún Bob-White les hablaba del club y de sus amigos, en América.

Los Bob-Whites ayudaron a los Hart a limpiar las cuadras, y después Gregory preguntó a Jim si le apetecía dar un paseo a caballo. Sólo había tres caballos, y Andrew Hart ya había cogido un hermoso semental negro. Anne le prestó a Jim su yegua… una

ruana, con una estrella en la frente.

—Vamos a jugar al tenis —propuso Anne a los otros—. Jugaremos dobles, si queréis.

—Anne es una jugadora de campeonato —les advirtió Gregory antes de salir galopando, con Jim—. Le da vergüenza contarlo, pero quedó semifinalista en el torneo juvenil de Wimbledon, este año.

—¡Uf! —exclamó Trixie—. Pues más vale que no juegue conmigo. Yo jugando al tenis soy un desastre. Nunca encuentro tiempo para practicarlo.

—Hace falta paciencia, para aprender a jugar al tenis —dijo Mart—. Una virtud extraña al carácter intempestivo de Trixie.

Los Bob-Whites no habían traído su equipo de tenis, pero Anne tenía bastantes raquetas para todos, y jugaron descalzos. Los Hart tenían una pista de hierba, de modo que el terreno estaba mullido y fresco.

—No lo haces tan mal —dijo Anne a Trixie cuando ya llevaban un rato jugando—. Sólo necesitas coger confianza, eso es todo. ¡Eres una compañera perfecta!

Trixie y Anne dieron a Mart y a Honey una buena paliza; al cabo de dos sets Jim y Gregory volvieron de su paseo a caballo.

—Has jugado muy bien, Trix —le dijo Honey cuando salieron hacia el mercado, esa tarde.

—Con Anne da gusto —dijo Trixie—. No sólo por lo buena que es, sino porque no para de darte coba, y entonces te animas.

Todos se rieron al escuchar la enrevesada explicación de Trixie; de todas formas, sabían qué era lo que había querido decir.

—El sentir confianza en una misma ayuda en cualquier deporte —dijo Trixie—. Me alegro de no haber ido a esa biblioteca.

—Y yo —dijo Jim—. ¡Creo que me he enamorado… de un caballo!

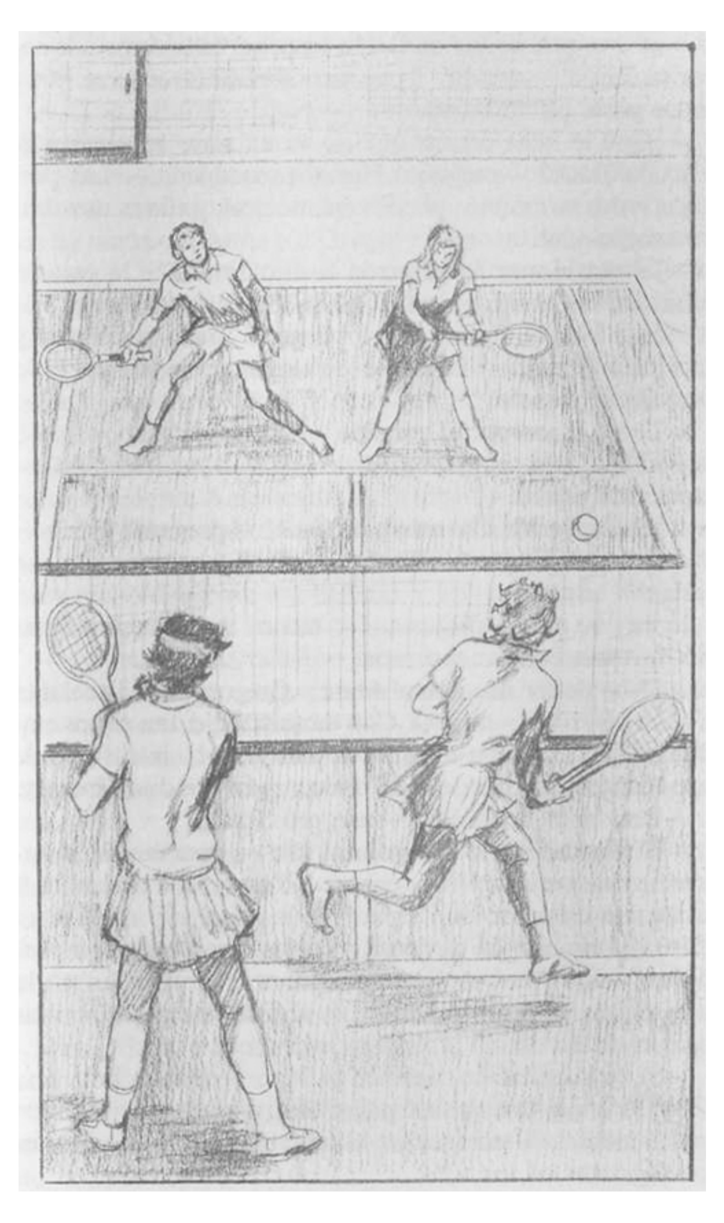
—Y hay que comprar regalos —añadió Honey—. No nos queda mucho tiempo.

—Cierto —dijo Trixie—. Pero lo que de verdad tenemos que hacer es resolver el misterio… en dos días.

—Ya tenemos alguna pista —le recordó su socia—. Los árboles genealógicos de la madre de Anne, y lo que Anne nos va a enseñar en el castillo. Eso sin contar con lo que averigüe la señorita Trask en Oxford.

—Eso ya lo veremos —dijo Trixie de mal humor—. Dudo que ese transilvano o lo que sea vaya a dejar de trabajar un segundo. No puedo evitar preguntarme…

—… quién es él —la interrumpió Mart, que la conocía muy bien —. ¿Y para qué fingiría ser escocés, si no lo es?



—¿Y con qué intenciones está haciéndole la corte a la señorita Trask? —añadió Trixie, asombrada de tener a Mart de su parte por una vez.

—¿Qué te hace pensar que no va en serio respecto a la señorita Trask? —preguntó Honey preocupada—. Las personas mayores también pueden enamorarse, y ella es una mujer excepcional.

—Tal vez Honey tenga razón —dijo Jim—. Si te paras a pensarlo, ese hombre no nos ha hecho nada. Sólo salvarle la vida a Honey, llevarnos a los lugares más interesantes y hacer que la señorita Trask se lo pase muy bien… que es lo que ella se merece.

—Le va a romper el corazón —insistió Trixie.

—«Dos amantes malhadados» —citó Mart, dejando escapar un suspiro.

—¿Eso no es de «Romeo y Julieta»? —preguntó Trixie—. ¡No creo que la señorita Trask y McDuff formen tan buena pareja!

Honey se estaba disgustando; menos mal que Jim cambió de tema con mucho tacto.

—Debe de ser duro para Anne y Gregory llevar adelante la Casa Hartfield —dijo—. Con tanto trabajo, tan pocos empleados, y encima con su padre de mal humor… incluso puede que Anne tenga que dejar el tenis, según me dijo Gregory.

—Pero si es buenísima —aseguró Trixie.

—Él no me lo dijo —continuó Jim—, pero me da la impresión de que también Gregory va a tener que renunciar a su carrera de actor.

—Hay un montón de familias inglesas con el mismo problema —dijo Mart—. Esas mansiones le chupan a uno la sangre, entre gastos e impuestos… y al final tienen que abrirlas a los turistas.

—Sí, y la inflación también influye —añadió Jim.

—¿Os imagináis que mi padre se arruinara y tuviéramos que alquilar habitaciones en Manor House? —dijo Honey con lágrimas en los ojos.

—Ya nos apañaríamos —dijo Jim—. Estoy seguro de que papá se acostumbraría, pero…

—Sí —admitió Honey—, pero para mamá sería como enterrarla en vida.

—Bueno, por lo menos hemos ordenado nuestras habitaciones esta mañana —dijo Trixie—, así que a lo mejor les da tiempo a

Anne y a Gregory a encontrarse con nosotros en «La Telaraña» a la hora del té, como queríamos.

—Sí, y les recomendaremos el «patito» —dijo Mart, guiñándole un ojo a Honey.

El mercado, como todo en Stratford, quedaba lo bastante cerca como para ir andando, incluso desde la casa de campo de los Hart.

Dejaron atrás la Oficina de Correos, y enseguida llegaron a la Fuente Americana. Esta estatua estaba situada en el centro del mercado; a su alrededor había decenas de puestos, que vendían no sólo productos de las granjas, sino también recuerdos para los turistas y mil cosas que llenaban la plaza de color.

—Es una buena ocasión para sacar unas cuantas fotos más —dijo Mart, preparando la cámara, que era de esas que sacaban la foto nada más hacerla.

—¡Uf! Aquí hay casi tanta gente como en Piccadilly Circus —observó Trixie cuando se acercaron a los primeros puestos.

—Anne dijo que valía la pena ver las tiendas de la ciudad —dijo Honey—. Yo quisiera ir a esa tienda de porcelana de la que nos habló. Tengo que comprar esas tazas y cuencos tan graciosos para Bobby y los hermanos de Di, y algún jarro de porcelana para mamá…

—¡Ay, ay, ay! —exclamó Trixie—. ¡Mirad… allí!

Jim, Mart, y Honey se volvieron; Trixie señalaba algo con el dedo.

—¡Allí…! ¿No lo veis? ¡Deprisa, Mart, pásame la cámara! —dijo enfocando inmediatamente hacia el centro de la plaza del mercado.

—¿Vas a sacar una foto de la Fuente Americana? —le dijo a su hermana con una sonrisa indulgente, mientras ella hacía la foto—. Por casualidad sé que fue inaugurada en Stratford el año del Jubileo; por si no lo sabéis, es el quincuagésimo aniversario de la Coronación, en la Monarquía Inglesa. Fue en el siglo XIX, en el año…

Sin esperar a que concluyera su discurso, Trixie se colgó la cámara. No llegó a enterarse del año, pero tuvo cuidado de enfocar bien antes de apretar el botón.

—Por favor, que ésta me haya salido bien —dijo en voz baja—. Sólo ésta.

—Vale —exclamó Mart—. No gastes todo el carrete, Trixie. Dime qué es lo que quieres sacar y yo la hago.

—¿Qué te pasa, Trix? —preguntó Jim más en serio.

—Lo he visto —insistió Trixie—. Al lado de la estatua. Y esta vez tendréis que creerme.

—¿A quién has visto? —preguntó Honey, que estaba acostumbrada a las frases inacabadas de Trixie, pero en esta ocasión no pudo leerle el pensamiento.

—Ahora lo veréis —dijo Trixie—. Ten, Mart, coge tú la foto.

La fotografía salió revelada al cabo de unos segundos. Trixie se la quiso quitar de las manos enseguida, llena de impaciencia como estaba, pero Mart, para hacerle rabiar, la mantuvo fuera de su alcance y la estudió.

—No está mal —dijo—. Nada mal, Trix. ¡Mirad, chicos, ésta es la mejor foto que ha hecho Trixie en su vida!

—¿A que no me ha salido movida? —dijo ella—. Y sé que tampoco le corté la cabeza… ¡Venga, Mart, dámela!

Mart le pasó la fotografía.

Ella le echó una mirada y protestó.

—¡Era Gorro Gris! —aseguró a punto de llorar mientras se daba cuenta de su fracaso—. Se habrá metido detrás de la estatua justo después de enfocar. Contuve la respiración un segundo, para asegurarme de que no saliera movida… y se me escapó… Oh, no.

Jim, Honey y Mart, aunque parezca extraño, no dijeron nada. Trixie casi hubiera preferido que le tomaran el pelo por tener una imaginación tan desbordante, pero en lugar de eso se quedaron callados. Ah, sabía que tendría que contar con alguna prueba para que se convencieran de que había visto al carterista de Londres aquí, en Stratford. Y había sacado una foto ideal… nada movida… Pero ¡qué le importaba a ella la estatua!

—La próxima vez tendrás más suerte —dijo Mart al cabo de un rato.

Por su tono, parecía que en esta ocasión se fiaba de ella.

El incidente le amargó la tarde de compras a Trixie. Compró unas cuantas cosas para familiares y amigos, pero sin fijarse muy bien, al tuntún. Lo único que le interesaba era buscar a Gorro Gris, como ella le llamaba.

Los Bob-Whites estuvieron de vuelta en la Casa Hartfield a las

seis. Gregory llegó a tiempo a «La Telaraña», pero Anne no. Los recibió en el jardín; estaba recogiendo unas flores para el comedor.

—Marielle, la cocinera, se ha hecho un lío con el asado —les explicó—. He tenido que echarle una mano.

—Bueno, yo tengo que ir al teatro ahora. Os veré a la noche —dijo Gregory.

Trixie y Honey pasearon entre dos filas de rosales y fueron a su habitación para ducharse antes de la cena.

—Te lo aseguro, Honey —insistió Trixie—. Lo vi. Lo reconocería en cualquier parte.

—Me figuro que habrá carteristas por aquí —admitió Honey—. Con todos los turistas que hay en Stratford… Pero ¿cómo va a ser el mismo, Trix? ¡Estamos a noventa millas de Londres! Por una bisutería ¿quién nos iba a seguir hasta aquí…?

—A menos que se trate de una joya de la Corona —dijo Trixie.

—Pero no lo es. Es sólo cristal, ya nos lo dijo el tasador —dijo poniéndose de puntillas para coger una rosa de una espaldera que había junto a la reja de la ventana de la Habitación Rosa.

—¿Tú crees que la señorita Trask y McDuff serán puntuales, por una vez? —dijo Trixie al abrir la puerta—. ¡Eh, qué curioso! No está cerrada —añadió intrigada.

—¡Ay, Trixie! —exclamó Honey casi sin voz.

Todo estaba revuelto en su cuarto. Las maletas estaban abiertas, encima de la cama, y toda la ropa tirada por el suelo. Hasta les habían deshecho las camas. También les habían sacado los cajones del tocador.

Las dos se quedaron mirándose con lágrimas en los ojos.

—¡Qué horrible! —susurró Trixie.

Honey estaba buscando algo en uno de los cajones. Cuando se volvió hacia Trixie, estaba pálida.

—El collar —balbuceó—. Estábamos tan cansados anoche, que preferí pedirle a Anne que lo guardara en la caja fuerte esta mañana. Pero… ¡ay, Trixie, se me olvidó, y ha desaparecido!

El árbol genealógico • 13

—Y A QUIÉN no se le ha olvidado algo alguna vez… —dijo Trixie, procurando reconfortarla con esas palabras.

—Pero no… no una cosa tan… importante —dijo Honey entre sollozos mientras subían a toda prisa las escaleras que conducían a la habitación de Jim y Mart.

Trixie golpeó la puerta con los nudillos, pero nadie contestó. ¿Habrían bajado ya a cenar? Justo cuando Trixie se dio la vuelta para marcharse, Jim abrió la puerta. Acababa de lavarse la cabeza. El pelo le chorreaba, y llevaba una toalla alrededor de los hombros. Mart, según vieron, seguía con la cabeza metida en el lavabo.

—¡Venid a ver nuestra habitación! —gritó Trixie—. La han puesto patas arriba, y se han llevado el collar de Honey.

—¿Habéis avisado a la policía? —preguntó Jim—. ¿Cuándo ha ocurrido?

—No lo sabemos. Mientras estábamos fuera —dijo Trixie— cualquiera ha podido entrar por la rosaleda, porque la puerta estaba cerrada y…

—Yo estoy segura de haber cerrado la puerta con llave —dijo Honey—. De eso sí que me acuerdo.

—Tuvo que ser Gorro Gris —dijo Trixie—. Os dije que lo vi en la plaza del mercado, y…

—Vamos —la interrumpió Mart—. ¡Vamos! No, esperad… esperad un segundo. ¿Dónde he dejado la cartera?

Mart tenía aún la cabeza llena de espuma, y Trixie jamás había visto a su hermano tan nervioso. ¡Mart, el inmutable!

—Está allí, en la cómoda —dijo Jim.

—¡Sí… bueno, mirad esto! —dijo Mart.

Buscó algo en su billetera y sacó una fotografía que entregó a Trixie.

—¿Es éste el tipo? —le preguntó.

Trixie no daba crédito a sus ojos. Ahí estaba ese maldito enano de gris, medio escondido entre la multitud que se agolpaba junto a la Fuente Americana.

—Mart —balbuceó—. ¡Es él! ¡Esto es el hombre!

—Éste —la corrigió Mart automáticamente—. Tenía previsto daros una sorpresa en la cena, pero más vale que la veáis ahora. Lo vi unos minutos después que tú, Trix, y lo cacé. ¿Nos vamos a enseñárselo a la policía?

—¡Pero qué hermanazo tengo! —exclamó Trixie abriendo desmesuradamente sus ojos azules—. Ay, Mart, eres de lo que no hay. ¡Vamos allá!

Trixie fue la primera en llegar a las escaleras que conducían a la cocina.

La puerta oscilante se abrió, pero fue Andrew Hart, y no Anne, quien apareció.

—¿Sí? —dijo con su acostumbrada elocuencia.

—Ay, señor Hart, nos han robado —dijo Trixie.

—Quisiéramos llamar a la policía, señor —añadió Jim inmediatamente.

Mart proporcionó una extensa relación de los hechos. Honey ni siquiera podía hablar, del disgusto.

—¿Ah, sí? —dijo Andrew Hart echando chispas por sus ojos negros y rojo de cólera—. ¿Anne? —gritó, dándoles la espalda.

Cuando ésta salió, él se metió en la cocina, dejando a los Bob-Whites la tarea de volverle a explicar todo el asunto del robo.

—Oh, no. Lo siento muchísimo. Hay que avisar inmediatamente a la policía —dijo—. ¡Pobre papá! Esto le habrá sentado como un tiro. No nos habían robado nunca…

Antes de que la policía tuviera tiempo de llegar, el sedán marrón se metió por el camino de gravilla, y McDuff le abrió la puerta a la señorita Trask con una reverencia. Los Bob-Whites y Anne los esperaron en la puerta.

—Parece que se lo ha pasado en grande —le susurró Honey a Trixie al oído—. ¡Está radiante!

—Tanto peor para ella, cuando McDuff se largue a Escocia —murmuró Trixie—, si es allí adonde realmente se va. Me lo creeré cuando lo vea con mis propios ojos.

—Bueno, aunque no sea escocés, tampoco es como para ponerse así. No nos ha hecho ningún daño —dijo Honey—. Está claro que él no se ha llevado mi collar… ha estado en Oxford todo el día.

—Es verdad —admitió a regañadientes—. Supongo que no fue él. Además, ya sabemos quién ha sido, ¿no?

La policía llegó mientras la señorita Trask y McDuff se vestían para la cena. Registraron la Habitación Rosa, pero no encontraron nada. Prometieron, eso sí, seguir investigando.

Durante la cena, las chicas volvieron a contar todo lo sucedido.

—Puede que algún carterista haya asaltado la Habitación Rosa, pero —dijo la señorita Trask con cierta crispación— ¡seguro que no fue él quien se llevó el collar de Honey!

—¿No? —dijeron a coro Anne, Trixie y Honey.

—Pedí a Gregory que lo metiera en la caja fuerte antes de salir esta mañana —explicó la señorita Trask—. ¿No os lo ha dicho él?

—Se fue al teatro —dijo Anne en voz baja—. Él no se ha enterado de nada de esto.

—¡Oh, señorita Trask! —dijo Honey con profundo agradecimiento—. Vaya un mal trago que estaba pasando…

—Supe que lo habías sacado anoche, y creí que lo más prudente sería asegurarme de que se quedaba a buen recaudo —dijo la señorita Trask.

—Se me olvidó —confesó Honey, bajando la vista.

—Bueno, no ha pasado nada —dijo la señorita Trask llena de compasión—. Cuando una tiene tantas cosas en la cabeza, es fácil que se te olvide algo, hasta lo más importante. En realidad, yo misma me estaba preguntando… ¿Dijiste que la puerta de tu habitación estaba abierta cuando llegasteis? Yo hice que Gregory me la abriera con la llave maestra, pero no consigo recordar si luego pasamos el cerrojo o no.

Los Bob-Whites se miraron entre sí, asombrados. ¿Su señorita Trask… la eficiencia personificada… olvidándose de algo?

Después de la cena, Trixie y Honey ordenaron la Habitación Rosa.

—Apuesto a que la policía no le pone las manos encima a Gorro Gris —dijo Trixie.

—¿Tú crees que lo volverá a intentar? —preguntó Honey, muy intranquila—. Quiero decir… Gorro Gris.

—Por supuesto —respondió Trixie—. Pero nosotros aprovecharemos eso para cogerlo con las manos en la masa.

Los Bob-Whites no llevaban mucho equipaje, y las dos chicas acabaron muy pronto de poner sus cosas en los cajones de la cómoda y en el armario.

—Estoy impaciente por ir al castillo mañana —dijo Honey—. Nunca he visto un castillo de verdad, ¿y tú?

—Tampoco, pero lo que yo estoy deseando ver es eso de lo que hablaba Anne… ya sabes, el Gran Salón.

—¿Y si su padre no la deja venir con nosotros? —preguntó Honey temiendo que pudiera suceder algo así.

—Tiene que dejarla —dijo Trixie, más confiada—. Y ahora, «seguidme», como diría un isabelino. Veamos qué noticias nos trae la señorita Trask de Oxford.

Efectivamente, durante la cena el tema del carterista y del asalto a la Habitación Rosa había acaparado toda la atención, de manera que la señorita Trask no tuvo tiempo para contarles nada de sus investigaciones sobre la familia Hart. Habían quedado en encontrarse en el salón una hora después de la cena, y la señorita Trask había insistido para que Anne y su padre estuviesen presentes. Gregory, naturalmente, seguía en el teatro. Había conseguido un papel corto en «El sueño de una noche de verano», y a sus huéspedes les había conseguido unos asientos magníficos para la representación del sábado por la noche.

Habían encendido la chimenea en el salón, cubierto por una alfombra gris perla, y los chicos se habían sentado en unas sillas antiguas preciosas. La señorita Trask y McDuff estaban en el sofá, y Anne jugueteaba con la leña de la chimenea. El señor Hart, tal y como Trixie había imaginado, no se encontraba allí.

—Me parece que la señora Wheeler va a recibir un informe muy completo —empezó a decir la señorita Trask, buscando una hoja de papel entre las muchas que tenía en su regazo, llenas todas de árboles genealógicos—. Casi no he podido averiguar nada sobre el collar, pero, para empezar con el matrimonio entre la hermana de William Shakespeare y William Hart, le he seguido el rastro a un tal Thomas Hart que llegó al Condado de Hanover, en el Estado de Virginia, procedente de Londres, en 1690. Su tataranieto, Thomas Hart, de Kentucky, se casó con una tal señorita Gray, de Carolina

del Norte. Su tercer hijo, Benjamín, fue el que se casó con Nancy Morgan, la heroína de la Revolución Americana. En el estudio preliminar que llevé a cabo en los Estados Unidos, ya había seguido la línea de tu tía Priscilla hasta el mismo Thomas Hart. Así que con esto tenemos un árbol genealógico muy completo.

—¡Entonces es cierto que Honey desciende de Joan, la hermana de Shakespeare! —exclamó Mart.

—Seguramente —dijo la señorita Trask—. Hay una «generación perdida» en la historia de Inglaterra… la época de Oliver Cromwell, alrededor de 1650… cuando muchos archivos desaparecieron, y los genealogistas tropiezan a menudo con el vacío al llegar a ese punto, cuando quieren investigar el origen de las familias hasta tiempos de los anglosajones.

—No, si te digo que somos primas —dijo Anne, sonriéndole a Honey—. Los árboles genealógicos de mamá muestran una conexión con el Thomas Hart que se fue a los Estados Unidos.

—¿Y el collar? —preguntó Trixie—. Aquí nos tienes. ¡Se supone que somos detectives. Viernes por la noche, nos vamos el domingo, y lo único que hemos hecho es estar a punto de perderlo!

—Todavía hay tiempo para resolver ese misterio —dijo Anne—. Espera a ver lo que os voy a enseñar mañana en el castillo.

—Lamento terriblemente interrumpir —se oyó de repente.

Todos levantaron la vista; Andrew Hart estaba en la puerta del salón. Su voz sonó tan solemne como de costumbre y su atuendo también le daba un aire muy sombrío.

—¡Papá! —gritó Anne mientras corría a su lado—. Siéntate. La señorita Trask ha averiguado todo lo que hay que saber sobre la familia Hart, en Oxford.

—¿Ah, sí? —dijo él con cara de sorpresa—. Tengo entendido que quieren ir ustedes al castillo de Warwick, mañana, ¿no es así? —preguntó a la señorita Trask.

—Sí, señor Hart; eso es lo que teníamos pensado —replicó muy seca.

Trixie sonrió.

—¡Bien hecho, señorita Trask! —dijo en voz baja.

—Entonces serviremos el desayuno a las ocho —dijo el señor Hart—, si les parece bien. Ven conmigo, Anne. Tengo que hablar contigo enseguida. Hay un montón de cosas que hacer antes del

lunes.

—¿Podrá venir con nosotros al castillo? —preguntó Trixie—. Oh, por favor, señor Hart. Luego le ayudaremos entre todos a prepararlo todo para el lunes…

—Eso no será necesario —dijo—. Además, de cualquier modo, estoy convencido de que podrán conseguir a un guía que les enseñe el castillo. Como todos nosotros —añadió con amargura— viven de los turistas.

El castillo de Warwick • 14

TRIXIE estaba tan impaciente por explorar el castillo de Warwick, que los Bob-Whites tuvieron que esperar un buen rato junto con la señorita Trask y McDuff, en el exterior de la fortaleza de piedra, antes de que la abrieran al público. Anne no obtuvo el permiso de su padre para acompañarlos, pero Gregory había prometido traerla en coche tan pronto como terminaran su trabajo.

—Gordie ha estado contándome lo importantes que han sido las mujeres en la historia de este castillo —dijo la señorita Trask mientras hacían cola, con otros turistas, ante la puerta—. Por ejemplo, en el siglo X, fue Ethelflada, la hija de Alfredo el Grande, quien mandó construir las primeras partes del castillo.

—Seguramente para defenderse de las bromas que le gastarían por el nombrecito que llevaba —dijo Mart con ironía—. ¡Llamarse Ethelflada…! ¡Qué horror!

—Otra dama poderosa en la historia de Warwick fue Felicia —prosiguió la señorita Trask—. Su marido tuvo que peregrinar, y Felicia defendió la fortaleza muchos años, en época de cruzadas.

—Y la señora de este castillo, durante el siglo XIII, se llamaba Margery —dijo McDuff, guiñándole el ojo a la señorita Trask.

—Sin hablar de Marjorie, que sirvió en las Fuerzas Expedicionarias Británicas en la Primera Guerra Mundial —le informó la señorita Trask con una sonrisa—. Y también era Mayor de Warwick.

—¡Mirad! Un guardia está abriendo la puerta —dijo Trixie.

Los Bob-Whites sacaron sus entradas y atravesaron el arco abierto en los inmensos muros que rodeaban el castillo. Un hueco largo y serpenteante, excavado en la piedra, servía de entrada; enredaderas antiguas caían sobre ellos desde ambos lados, creando una penumbra solemne. McDuff y la señorita Trask se encaminaron

hacia los jardines; los Bob-Whites siguieron al guía, según habían acordado.

—Luego nos reuniremos con vosotros —prometió la señorita Trask—. Quiero aportar ideas nuevas al jardín de Manor House.

—Y es preciso que veas los pavos reales —añadió McDuff con su característica pronunciación de las erres, tomándola del brazo.

Jim soltó un silbido.

—¡Esto sí que es una fortaleza impenetrable! —dijo entusiasmado—. Estos muros tienen más de tres metros de espesor, y parece que el único modo de entrar es por este camino.

—Aquel muro de allá se levanta a más de cincuenta metros sobre el río —les explicó Mart, después de consultar la guía.

—¿Dice algo sobre la Torre de Guido? —preguntó Trixie—. He oído que tiene una escalera secreta que podríamos buscar.

—No está abierta al público —dijo Mart, tras consultar el libro.

—Pero podemos ir a las mazmorras —dijo Jim—. Las mazmorras serían un hábitat magnífico para Trixie.

—Vamos primero al Gran Salón —dijo Honey—. ¿No es ahí donde Anne dijo que encontraríamos algo relacionado con mi collar? ¡Ay, ojalá llegue pronto!

—Yo no contaría con ello —dijo Trixie en plan gafe—. La policía no ha averiguado nada todavía sobre el asalto a la Habitación Rosa, y el señor Hart está más malhumorado que nunca. ¿Sabéis una cosa…? Me figuro que me vais a tomar por loca, pero ¿no habrá sido él el que se metió en nuestra habitación?

—Loca… de remate —subrayó Jim—. ¿Y para qué iba a hacerlo? ¿Para dar un poco de mala publicidad a la Casa Hartfield?

—Además, él no es de ésos —añadió Honey—. ¡Trixie, ya no te fías de nadie! Sé que nadie te va a quitar de la cabeza la idea de que McDuff es un impostor. Admito que no me parece sincero del todo, pero mi opinión no vale; soy parte interesada. No quiero perder a la señorita Trask. Por otro lado, siempre le estaré agradecida… ¡le debo la vida!

—He estado pensando en eso —dijo Trixie con voz sombría—. ¿Y sabes lo que pienso? Que él podría haberte empujado para luego fingir que te salvaba…

—¡Trixie Belden! —balbuceó Honey escandalizada—. ¡Creo que esta vez te has pasado! ¿Quién iba a hacer una cosa tan horrible?

—Él, para pegarse a nosotros —dijo Trixie sin inmutarse—. Por eso, también, nos pidió dinero y nos lo devolvió… de esa forma ganaba nuestra confianza y se hacía nuestro guía.

—Pero… —dijo Honey cuando un grupo de turistas se les vino encima.

La guía empezó a explicar. Era alta, y de voz potente, casi atronadora. Después de escucharla un minuto, Trixie dijo a sus amigos, en un susurro:

—¿No podríamos verlo todo por nuestra cuenta? Esta señora nos va a matar de aburrimiento.

—Pero si estos pintores son famosísimos —dijo Honey, señalando una pared—. Sólo estos pocos cuadros deben valer una millonada.

—Y el castillo está repleto de cosas así —dijo Mart—. Rubens, Van Dyck, Perugino, *Sir* Joshua Reynolds, y hasta Rembrandt, por no hablar de los demás tesoros artísticos. Yo estoy de acuerdo con Trixie. No necesitamos un guía, ¿verdad, chicos?

Todos aplaudieron la idea; los cuatro se apartaron a un lado, dejando que el grupo se alejara. Luego recorrieron varias salas, maravillándose ante los exquisitos tesoros que guardaban mientras escuchaban las explicaciones de Mart.

—Todo esto es fascinante, pero ¿dónde está el Gran Salón? —preguntó Trixie que, como siempre, iba delante—. ¿Será éste?

Mart fue a su lado; estaban en la entrada de una sala enorme; todos los muebles estaban acordonados, para que los visitantes no los estropearan.

—Sí; ya hemos llegado —dijo.

Los gruesos muros de piedra del Gran Salón estaban recubiertos con madera de roble, y unas vigas pesadas, también de madera, cruzaban el techo. El suelo era como un impresionante tablero de ajedrez, con losas de mármol blancas y rojas. En la pared opuesta a la entrada había una magnífica exposición de armas y armaduras de plata; dos de las armaduras estaban a un metro de distancia de los Bob-Whites, protegidas por las cuerdas.

—Confiemos en que estos trajes de hojalata estén vacíos —dijo Trixie en tono macabro.

—Ay, mira ése de allí… qué monada. ¡Tan pequeñito! —exclamó Honey, señalando una cota de malla diminuta.

—A Bobby le vendría bien —dijo Trixie.

—Perteneció al hijo del Conde de Leicester —les informó Mart —. Le llamaban «El Noblecito».

—Apuesto a que era una ricura de niño —dijo Honey.

—Pues alguien no opinaba eso —dijo Mart haciendo una mueca —. El pimpollo murió… seguramente envenenado… antes de cumplir los ocho años.

—Por favor, ahórranos los detalles —suplicó Honey.

—¡Eh! ¡Venid aquí! —gritó Jim.

Estaba al lado de una de las ventanas del muro del castillo, fuera del área protegida por los cordones, mirando al río, que se veía allá abajo.

—¡Qué hermosura! —exclamó Honey.

Había cascadas; las aguas caían con fuerza sobre la roca, y la espuma resplandecía a la luz del sol. Hasta Trixie se quedó extasiada unos segundos; pero enseguida recordó lo que les había traído allí.

—¿Habéis visto algo en el Gran Salón que os haga pensar en el collar? —preguntó—. ¡Ay, si Anne hubiera venido!

—Hay que buscar mejor —sugirió Honey.

—No será nada relacionado con la exposición de armaduras, ¿verdad? —preguntó Jim.

—Veamos —dijo Mart consultando su guía—. Aquí tienen la supuesta espada de Guido de Warwick, el Temible, y el sudadero de la reina Isabel. También, el yelmo de un cruzado, un caballero vestido con la armadura inglesa, el yelmo de Oliver Cromwell, el guantelete del Príncipe Negro…

—No creo que sea nada de eso —dijo Trixie impaciente—. ¿Qué más cosas hay?

—Bueno… aquel gigantesco caldero de metal que han llamado «La Olla de Gachas de Guido». En él se cocinaba, allá por el siglo XIV, para todas las tropas.

Trixie sacudió la cabeza, al borde de la desesperación.

—¿Y el cofre de bodas de Isaac Walton? ¿O uno de esos cuadros tallados en la madera?

—No, no. Aunque contuviera algunas joyas, no podríamos acercarnos lo suficiente como para verlas —dijo Trixie mientras seguía reflexionando.

—¿Algo de las tapicerías… algún cuadro? —preguntó Honey—. A lo mejor era un collar pintado lo que hizo pensar a Anne en el mío…

—¡Honey, eres genial! —dijo Trixie dándole un abrazo fortísimo —. ¡Mira!

Con grandes aspavientos, señaló un retrato de la reina Isabel I, que estaba colgado en la pared que tenían enfrente, más arriba de la exposición de armaduras y cofres tallados. Llevaba puesta la corona, una túnica de brocado y armiño, y sujetaba un cetro con la mano izquierda; en la derecha sostenía el denominado Orbe de la Reina, una especie de globo.

—Y lleva puestas las Joyas de la Corona, eso es todo —dijo Mart —. Ya las vimos en la Torre de Londres.

—Fíjate bien… en el cuello —insistió Trixie, a la que apenas le salía la voz.

Un pesado collar de oro, adornado con piedras preciosas tan grandes como puños, colgaba en torno a los hombros reales.

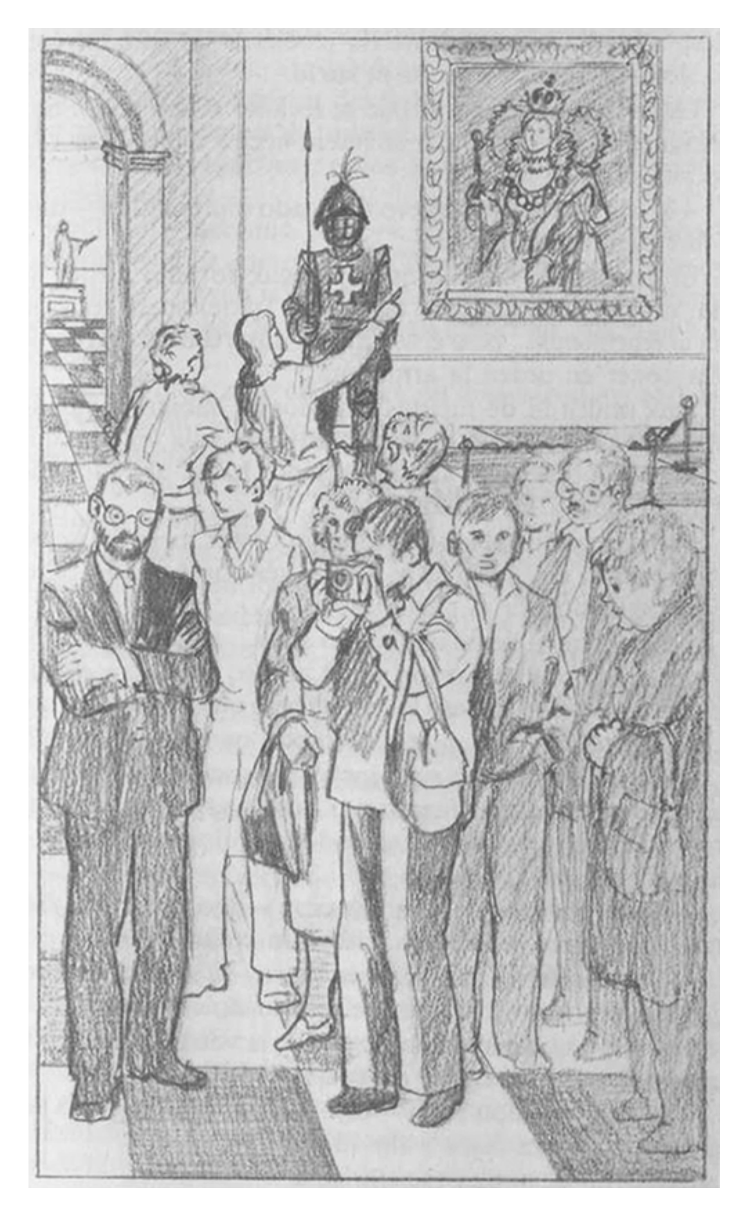
—Es exactamente igual que el mío —dijo Honey, sin dar crédito a sus ojos—. ¡Oh, Trix, es imposible!

—Ojalá tuviéramos los binoculares —dijo Mart.

—Eso debe de ser lo que Anne quería decirnos —dijo Trixie—. Ella conoce a fondo el castillo por dentro y por fuera.

—Cuidado, Trix —dijo de pronto Jim.

Al acercarse para verlo mejor, Trixie estaba empujando uno de los cordones que protegía el área de los muebles, en el Gran Salón. No supo cómo ni cuándo, pero el viejo cordón se rompió, y Trixie se dio de bruces contra el caballero armado más próximo. En medio de un gran estrépito, los dos fueron a parar al suelo.



Llena de vergüenza, Trixie se levantó como pudo. Sus amigos le preguntaron si se había hecho daño, pero ella lo negó con la cabeza.

—Trixie provoca un nuevo altercado diplomático —dijo Mart dando un suspiro.

El guarda del castillo que apareció, fornido y rojo de ira, no encontró gracioso el suceso. Trixie esperó resignada la reprimenda,

pero él se limitó a mirarla de arriba abajo y a poner en orden la armadura.

Una multitud de turistas curiosos se habían agolpado alrededor suyo, incluyendo a la altísima guía inglesa, que mostró públicamente su disgusto por haber abandonado Trixie el grupo de esa manera.

Todavía no le habían bajado los colores, pero Trixie olvidó toda la embarazosa escena al ver que Anne Hart venía corriendo por el pasillo.

—Ay, Anne, si llegas un minuto antes… estaba intentando acercarme para ver mejor aquel retrato cuando… —dijo lamentándose—. Era eso lo que querías que viésemos, ¿no?

—Sí —dijo—. ¿A que son como dos gotas de agua?

A Anne le brillaban sus ojos azules oscuros, de la emoción, pero hizo un esfuerzo por no elevar la voz; estaban rodeados de turistas, y la guía del castillo les conducía a la próxima sala.

—No es posible que sean idénticas —dijo Honey—. ¿Cómo iba a ponerse la reina Isabel un collar falso?

—Puede que tu collar sea una copia —dijo Trixie—. Pero ¿con qué propósito lo harían? Si lo supiéramos…

Habían llegado a la sala siguiente; la voz de Trixie se vio ahogada por el torrente de voz de la guía.

—Éste es el Salón Rojo —dijo—. Está revestido con paneles de madera rojos y dorados y…

Trixie no la estaba escuchando.

—¿Te imaginas? ¡Tener un collar igualito al de la reina Isabel! —murmuró, apretándole la mano a Honey.

Los visitantes pasaron del Salón Rojo a uno más amplio aún, con paneles de cedro. Las alfombras que cubrían el suelo eran magníficas; todos los objetos eran de un valor incalculable.

—¡Guau! —exclamó Trixie—. ¡Tiene cinco candelabros!

Abrió los ojos como platos. Tanto la familia de Honey como la de Di eran muy ricas, pero ni con todo el dinero de las dos familias juntas podrían amueblar una sola habitación así.

—Ahora bien, a mí me darían un disgusto si me obligaran a vivir aquí —dijo—. ¡Me pasaría la vida echando abajo las armaduras!

—Yo me quedo con Crabapple Farm, de todas todas —dijo Honey sonriendo a su amiga.

—Y las camas tampoco parecen tan cómodas —añadió Trixie al entrar en los dormitorios de Palacio.

—Oh, mira —exclamó Honey—. ¿Qué te parecen todos esos muebles pequeñitos… junto a la chimenea? Ese sofá tan gracioso, y las butacas en miniatura, tapizados igual que los grandes…

—En realidad, todo eso son muestras de mobiliario estilo Luis XVI, que enviaron de Francia, para recibir los pedidos de los muebles a escala normal —dijo Anne—. Siempre he deseado que algún principito haya podido jugar con ellos.

—Es fascinante ver todos estos tesoros, de distintos períodos de la historia, y de varios países, y todos en el mismo sitio —dijo Honey.

—Sí, en lugar de tenerlos todos metidos en cajas de cristal, como cuando hacemos excursiones «culturales» con el colegio —dijo Trixie—. Es mucho más divertido explorar un castillo. Y hablando de explorar, estoy deseando subirme a una de esas oscuras torres. ¡Ya estoy harta de muebles!

Habían llegado más visitantes al castillo, y, mientras los Bob-Whites cruzaban el pasadizo que conducía al patio de armas, algo obligó a Trixie a volver la vista atrás. Entonces vio una figura que por desgracia les era familiar.

Jim iba a su lado, así que fue él quien recibió el pellizco.

—¡Jim! ¡Mira! ¡Gorro Gris! —dijo con voz temblorosa.

—¿Dónde? —preguntó al mismo tiempo que se volvía, pero era demasiado tarde. Aquella sombra había desaparecido.

—Ay, ¿por qué seré yo la única que lo ve? —dijo Trixie.

—¿Estás segura de que era Gorro Gris? —preguntó Jim.

—Segurísima. ¡Eh, vosotros! —dijo mientras esperaba con impaciencia mal disimulada a que Mart, Honey y Anne los alcanzaran—. He vuelto a ver al carterista. Debe de haberse escondido detrás de alguna columna.

—Sí —dijo Mart—. Yo también lo he visto.

—¿Tú también? —balbuceó Trixie—. Pues entonces ¡vamos a por él!

Un grupo numeroso de visitantes había salido del recinto amurallado del castillo al patio de armas. Hubo un momento en que los Bob-Whites quedaron cegados por la luz del sol, y luego Trixie

lo vio otra vez.

—¡Allí! ¡Se ha metido en esa torre! —dijo señalando la torre que había en el rincón nordeste de las almenas.

La señorita Trask y McDuff llegaron justo en ese momento, y Trixie se apresuró a darles la noticia.

—Mart también lo ha visto —dijo muy nerviosa—. Todavía nos sigue.

—Bueno pero, aunque así sea, ¿qué podemos hacer? —preguntó la señorita Trask, tratando de ir a lo práctico—. Nos resultaría imposible probar que se trata del mismo hombre que le robó el bolso a Honey en la Torre de Londres. Y no es que dude de que ese hombre nos haya seguido desde Londres.

—Ah, pero olvidas que Mart le hizo una foto —insistió Trixie— en el mercado de Stratford. Y sabemos que fue él el que asaltó nuestra habitación. ¡Va detrás del collar de Honey!

—Margui me ha dicho que vosotras dos tenéis un buen récord como detectives —dijo McDuff—. Pero ¿qué tenéis pensado hacer si lo cogéis?

—Bueno, podríamos asustarlo —dijo Trixie—. Le haríamos saber que le hemos echado el ojo. ¿Qué otra cosa podemos hacer…? ¡No vamos a dejar que se vaya tan campante!

—En eso tenéis razón —dijo McDuff, pronunciando exageradamente las erres—. Pero yo creía que el collar al que os referís está bien guardado en la Casa Hartfield.

—En efecto; así es —le contestó la señorita Trask—. Y allí se quedará, en la caja fuerte, hasta que la señora Wheeler venga a buscarnos mañana por la mañana.

—De todas formas —continuó McDuff—. No veo inconveniente en darle un buen susto a ese zorro. Os prometo que le voy a dar un escarmiento que no olvidará fácilmente. Vamos entonces. Dispongamos las tropas.

Jim y Mart ya estaban al pie de las estrechas escaleras de caracol que subían a lo alto de la torre que Trixie había señalado. Los demás se les unieron.

—Caramba, señor McDuff —dijo Trixie agradecida—. Muchísimas gracias.

—Es un placer —dijo—. Y ahora, ¿cuál es la estrategia a seguir?

—¿Y si lo acorralamos aquí, en el castillo? —propuso Trixie—.

Ahora mismo está en la torre… supongo, a menos que exista alguna salida. Y, en todo caso, tendrá que cruzar el largo pasadizo de la entrada para salir del castillo. Es un túnel de roca sólida, y es demasiado alto para escalarlo, y hay un guarda en la puerta…

—Yo cubriré esa puerta —dijo Mart.

—¿No sería mejor que fuese yo? —preguntó McDuff, pero Mart ya se había ido corriendo, por no decir volando.

—¿Hay alguna salida? —preguntó Trixie a Anne.

—Hay otra abertura en el muro —dijo Anne—, pero siempre la tienen vigilada. Nunca dejarían que un extraño saliera por allí, pero, por si acaso, iré a hablar con los guardias.

El flequillo de Anne se balanceaba de un lado para otro mientras se alejaba corriendo por el patio de armas.

—Jim y yo entraremos a por él —dijo McDuff—. Señoritas, vosotras no os mováis de aquí. Yo subiré a la torre; Jim reconocerá el terreno, por si se me escabulle el ratón. Esos ladronzuelos de pacotilla son más escurridizos que una anguila.

Acto seguido, se fue.

—¿Que nos quedemos aquí? —preguntó Trixie extrañada—. ¡Por nada del mundo!

Antes de que la señorita Trask pudiera impedírselo, salió disparada. Si McDuff podía subir, ella no iba a ser menos.

—«Señoritas», ¡ja! —repitió en voz baja.

Los peldaños de piedra eran estrechos y tan retorcidos que los dos pies no cabían en un solo escalón. Estaba muy oscuro, y Trixie tropezó. Sintió un tirón en el tobillo, pero no hizo el menor caso.

Hay que subirlos de uno en uno —se dijo a sí misma.

Le pareció oír a la señorita Trask, pidiéndole que bajara, pero no estaba segura. Además, McDuff iba delante de ella. ¿Qué iba a pasarle? ¡Era el doble de grande que Gorro Gris!

Al subir pasó junto a varios huecos excavados en la piedra; en ellos se metían los soldados para disparar sus flechas. Trixie examinó cada uno de los huecos, por si acaso el hombre que andaban persiguiendo se hubiese metido en uno de ellos. En el último cuartito vio un cuadro, colgado en la pared. Por un segundo habría jurado que los ojos del cuadro la seguían. Trixie se armó de valor, se acercó, y vio que era imposible que alguien pudiera esconderse detrás.

—Brrr —exclamó estremeciéndose. Hacía frío en aquella torre de piedra.

Los peldaños eran cada vez más estrechos, y no había dónde agarrarse… una cuerda hacía las veces de barandilla.

—Espero que esta cuerda no esté tan vieja como la que rompí en el Gran Salón —murmuró agarrándose con fuerza.

Finalmente, vio la luz del sol, que se filtraba por una abertura, algo más arriba. Se detuvo para recobrar el aliento y creyó oír voces. Subió corriendo hasta el parapeto de piedra. Si McDuff le estaba echando un rapapolvo al villano, ¡ella quería ser testigo y soltarle cuatro frescas!

Pero no había nadie a la vista en el parapeto.

Unas nubes blancas gigantescas poblaban el cielo azul, y las colinas de formas redondeadas se extendían allá abajo. Desde este rincón de las almenas no podía ver el río.

Súbitamente, el escocés salió de detrás de un recodo del parapeto. Al ver a Trixie, se enfureció, o eso le pareció a Trixie. Pero enseguida lo vio sonreír.

—¡Ay, ay, ay, mi sabuesa! —dijo con disimulo—. Conque al final has subido. Bueno, ya lo ves, no hay nadie.

—Vale, de todos modos echaré un vistazo —dijo Trixie.

Estaba convencida de haber oído voces allí arriba. ¿Y quién pudo haber sido…? Gorro Gris… o McDuff. A menos, claro, que a Gordie McDuff le diera por hablar solo, lo mismo que hacía ella de vez en cuando.

—No, no lo harás —dijo McDuff con firmeza.

Inmediatamente la cogió del brazo con una fuerza que ella juzgó excesiva; sintió como si la fuera a empujar escaleras abajo.

—¿Te imaginas lo que podría haberte pasado si llegas a tropezarte con ese criminal? —preguntó él.

Trixie forcejeó. Tal vez McDuff no lo hiciera con intención, pero desde luego le estaba haciendo daño.

El sueño de una noche de verano • 15

—¿NO ME OÍSTE cuando te llamé? —preguntó la señorita Trask cuando Trixie y McDuff se unieron a los demás en el patio de armas —. Tenemos que irnos. Van a cerrar el castillo.

—Ni pensarlo —dijo tajantemente—. ¿Y dejar que se nos vuelva a escapar Gorro Gris?

—Tiene que estar aquí, en alguna parte —dijo Honey—. Fui a hablar con Mart, en la puerta. Tanto él como el guardia dicen que nadie pudo haber salido por allí sin ser visto.

—Los guardias a quienes yo pregunté me dijeron lo mismo — afirmó Anne—. Y no hay más salidas que esas dos.

—Yo busqué en todos los lugares abiertos al público —dijo Jim —. No quisiera jugar al escondite en este castillo. Tiene más de un millón de escondites formidables.

Un guardia fornido les hizo señas con gran impaciencia para que abandonaran el castillo, desde la Torre del Reloj.

—¡Esto se cierra! —gritó.

—Me parece que es el mismo que apareció cuando eché la armadura abajo —le susurró Trixie a Honey, al oído.

—No sé qué hubiera hecho de haberme tropezado con ese tipo —le estaba diciendo McDuff a la señorita Trask.

Trixie lo oyó, y miró, indignadísima, a Jim.

—Apuesto a que ni siquiera quiere coger a Gorro Gris — murmuró—. Retrasaría su viaje a Escocia.

—Bueno, el asunto está feo, Trix —le dijo Jim—. Nosotros nos vamos mañana, ¿recuerdas? Y aun en el caso de tener pruebas suficientes para acusarle, no estaríamos aquí a la hora del juicio. Y, como dije, dudo que Andrew Hart tenga muchas ganas de dar publicidad a lo ocurrido en la Habitación Rosa. Así que lo más probable es que no ponga ninguna denuncia.

Trixie no daba crédito a sus oídos. ¡Hasta Jim estaba dispuesto a abandonar el caso!

Se fue hacia el guardia y le dijo:

—Hay un carterista escondido aquí dentro. Nos ha estado siguiendo desde Londres, donde le quitó el bolso a mi amiga Honey. Pero, naturalmente, lo que él andaba buscando no estaba en el bolso, y luego lo volvimos a ver en la plaza del mercado, ayer… en Stratford… y anoche asaltaron nuestra habitación, en la Casa Hartfield, así que, por favor, ¿nos permite que nos quedemos a buscarlo?

Era la historia más enrevesada que aquel guardia había oído jamás.

—¿No es usted la damisela que provocó tanto alboroto en el Gran Salón? —preguntó.

Trixie no entendió qué tenía que ver eso con el caso que la ocupaba, pero no supo cómo continuar.



—Ven, Trixie; la verdad es que ya no podemos hacer nada —dijo

la señorita Trask.

—Bueno, pues al menos búsquelo usted —«ordenó» Trixie al guardia—. ¿Hará el favor de avisarnos si da con él?

—Puede llamar a la Casa Hartfield, en Stratford —dijo Anne—, a cobro revertido. Mi padre es Andrew Hart.

—Conozco a ese caballero —dijo el guardia, dándose importancia—. Si hay alguien metido aquí dentro, cosa que dudo, no saldrá hasta que abra las puertas mañana.

—El castillo no se abre hasta la una, los domingos —dijo Anne.

Después ella y los Bob-Whites, seguidos de la señorita Trask y McDuff, atravesaron el largo pasadizo de la entrada.

Trixie estudió los altos muros de piedra que tenían a ambos lados. Nadie podría escalarlos. A esta hora de la tarde, ni un solo rayo de sol se filtraba a través de las copas de los gigantescos árboles, que parecían mirarlos desde arriba.

Trixie se estremeció.

—A mí, desde luego, no me haría ninguna gracia pasar la noche en este lugar —dijo a Honey.

—¡Y eso que tendrías todas esas camas, tan de ensueño! —dijo su amiga riéndose.

—¿Y no será que tú tampoco quieres capturar a ese hombre? —preguntó Trixie suspicaz.

—Mira, tal y como dijo McDuff, ¿qué íbamos a hacer entonces? Al fin y al cabo, mañana nos vamos, ¡y no creo que nos vaya a seguir hasta Sleepyside! Mi collar está a salvo, y ya hemos resuelto nuestro misterio.

Pues yo no pienso abandonar el asunto —se dijo Trixie.

Mart estaba esperándolos en la entrada. Se acercó a su hermana y le susurró al oído:

—Le conté al guardia lo de Gorro Gris. Dice que echará un vistazo.

—Me alegro de que alguien me tome en serio —dijo a Mart, agradecida.

—El guardia dice que es imposible que nadie salga una vez que le hayan echado el cerrojo a la puerta —prosiguió Mart—. Todo lo que Gorro Gris puede hacer es esperar y tratar de escabullirse entre los visitantes, mañana, cuando piense que ya hemos abandonado la persecución.

—Pues lo tiene claro… porque aquí estaremos —dijo Trixie, levantando el dedo índice a modo de advertencia.

Los Bob-Whites se quedaron hasta que las puertas del castillo estuvieron cerradas. Al echar el pesado cerrojo, el guardia les hizo un guiño de complicidad.

No tardó el sedán en meterse por el camino de gravilla de la Casa Hartfield. Como de costumbre, McDuff bajó corriendo del coche para abrirle la puerta a la señorita Trask.

Trixie y Honey recorrieron en silencio el sendero que atravesaba la rosaleda hasta su habitación.

—¡Ay! Espero que no le rompa el corazón —dijo Trixie a Honey tratando de desahogarse—. Si él se larga a Escocia mañana por la mañana, ¿tú crees que volverá a tener noticias suyas?

—Cuando estabas arriba en la torre, la señorita Trask me dijo que tiene previsto hacernos una visita en Sleepyside, pero que antes quiere ver a su familia —dijo Honey—. Él vive en Nueva Escocia.

A Trixie todavía le dolía el brazo que McDuff le había lastimado. De hecho, al ir a ponerse su vestido más bonito vio que se le estaba haciendo un moratón, pero decidió no mencionar el incidente a Honey. Al menos, de momento.

Tuvieron que cenar a toda prisa; la obra de teatro no tardaría en empezar.

—Es como si hubiésemos ido corriendo de un lado a otro, desde que pisamos suelo inglés —dijo Honey—. Pero ¿a que nos hemos divertido?

Sus ojos castaños brillaban más que nunca.

—Sí; ha sido fantástico —corroboró Trixie—, pero…

—Ya sé, ya sé; quieres averiguar algo más respecto al collar —adivinó Honey.

A ella y a Trixie pocas veces les hacían falta las palabras para entenderse.

—Y atar algún cabo suelto —añadió Trixie.

Los Bob-Whites ya habían tomado asiento en el Teatro Real de Shakespeare; Trixie seguía pensando en Gorro Gris, que seguramente estaba encerrado en el Castillo de Warwick. Ahora bien, en cuanto empezó la representación, se olvidó por completo de ese siniestro personaje. Absorbida por la fuerza dramática de «El sueño de una noche de verano», se transportó a otro mundo hasta

que encendieron las luces del teatro, para el descanso.

—Es casi tan buena como la que montamos nosotros, en el Instituto de Sleepyside —dijo en broma Jim cuando se dirigían al vestíbulo para tomar un helado.

—Que no te oiga Gregory —dijo Honey.

Al final de la representación, Gregory se unió a ellos para tomar algo en «El Pato Sucio», donde los actores se juntaban después de la obra y los turistas entraban para verlos. Gregory no había tenido tiempo de quitarse el maquillaje; todavía tenía las mejillas exageradamente sonrosadas.

—¡Guau! ¿Os imagináis? ¡Si estamos tomando unas copas con el mismísimo Thisbe! —dijo Trixie con un gran sentido del humor.

—Estuviste magnífico —dijo Honey, que siempre se mostraba algo tímida para esas cosas.

—Buen trabajo, viejo amigo —exclamó Mart con gran pompa.

Normalmente la voz de Gregory, como la de su padre, era muy grave, pero al hacer de Thisbe había utilizado una voz aguda, casi chillona. Entretuvo a los Bob-Whites con algunos versos de su papel y luego pasó a recitar otros papeles.

—¿A que ha sido una noche maravillosa? —le dijo Trixie a Honey cuando, ya en la Habitación Rosa, se estaban poniendo el pijama para meterse en la cama—. Nunca olvidaré este viaje a Inglaterra.

—¿Ah, sí? ¿Aunque no hayamos solucionado el caso? —dijo Honey tomándole el pelo.

—Bueno —admitió Trixie—, lo recordaré con más cariño si lo dejamos resuelto.

Trixie se despertó tan temprano que ni los pájaros habían empezado a cantar. El sol apenas había salido.

El último día —pensó—. *No voy a desperdiciar ni un minuto*.

—Honey —gritó mientras zarandeaba a su amiga, que aún permanecía bajo las sábanas—. ¿Estás despierta?

Honey se dio la vuelta.

—Mmm —dijo sin despertarse del todo—. ¿Qué… qué hora es?

—Hora de levantarse —dijo Trixie con firmeza—. Ya lo tengo todo claro. Ya sabes… te acuestas dándole vueltas a un problema y tu subconsciente te lo resuelve. Pues bien, algún genio me debe de haber dictado el sueño esta noche, porque…

—¡Trixie Belden! —dijo mientras se apoyaba en un codo para ver la hora—. ¡Si todavía no han dado las cinco! ¿Qué vamos a hacer hasta la hora del desayuno?

—Hablar del caso —contestó Trixie, que se había apoyado en la almohada y la miraba con ojos resplandecientes de alegría—. Si no, se nos hará tarde. Tenemos que hacer las maletas, y tu madre va a venir… ¿A qué hora llega?

—No lo dijo —contestó Honey medio dormida.

Honey se hizo a la idea de quedarse en vela y puso un pie en el suelo.

—Yo creo que nos conviene alejarnos de ese tipo tan repugnante, en lugar de ir a por él —dijo convencida—. Bueno, intentó robarme el collar ¿no?, y no lo consiguió. Y en el bolso no llevaba nada, Trix. Pues que se lo quede, y que le aproveche. No quiero volver a verlo por nada del mundo.

—¿Por qué tenéis todos tanto interés en dejarle suelto? —preguntó Trixie—. Él es una pieza importante en nuestro rompecabezas. Puede que sepa algo del collar que nosotros ignoramos.

—¿Y cómo va a saber algo de una cosa que ni siquiera ha visto? —preguntó Honey.

—No sé cómo —admitió Trixie—. Pero ¿tú crees que nos iba a seguir hasta Stratford si no supiera algo?

—Probablemente creerá que es más valioso de lo que es —dijo Honey—. Igual piensa que las joyas son de verdad, y encima dijimos que mi collar se parecía al de la reina Isabel, en el Museo de Cera.

—¡Y es idéntico al que llevaba la reina, en el castillo de Warwick! —dijo Trixie entusiasmada—. Creo que deberíamos llevarnos el collar y compararlo minuciosamente con el del retrato. Si tu madre llega a tiempo, tal vez podríamos ir con ella. Y a lo mejor ella convence al guardia para que nos deje mirar de cerca.

—Claro —dijo Honey—. Y entonces Gorro Gris salta desde detrás de una armadura y esta vez sí que se larga con el collar.

—No señora, esta vez sí que le pillaríamos —aseguró Trixie—. Y con las manos en la masa… ¿qué mejor prueba? Jim y Mart nos acompañarán, y Gregory también ha dicho que quiere venir. Nosotros somos muchos, y él va solo… o, al menos, eso pensamos.

—¿Eso pensamos? ¿Qué quieres decir? —preguntó intrigada.

Cuando Trixie se lo proponía, conseguía dar a todo aire de misterio. Honey se acercó a ella, totalmente despierta.

Una extraña desaparición • 16

—ESO ES LO QUE he estado intentando decirte —dijo Trixie—. Me figuro que habré estado soñando sobre el caso esta noche, y mi subconsciente ha dado con la solución… Falta una pieza en el rompecabezas, y esa pieza es el cómplice de Gorro Gris.

—¡Bah! —protestó Honey, dejándose caer en la cama—. Cuando nos vayamos, le van a cambiar el nombre a esta habitación. En lugar de «Habitación Rosa», la llamarán «Habitación de las Bobadas». ¿Insinúas que hay más de un carterista detrás de nosotros? Si te paras a pensarlo, Trix, tú has visto a Gorro Gris más veces que todos los demás juntos —añadió poniéndose más seria—. ¿Es que has visto a más de uno?

—Todavía no lo tengo muy claro —admitió Trixie—. Tendré que pensar en ello un poco más. Te diré una cosa… ¿y si nos levantamos para hacer las maletas? De ese modo, ya tendríamos una cosa menos que hacer. Luego podemos ir a las cuadras para ver si Gregory está allí y nos deja dar un paseo a caballo antes del desayuno.

Al llegar a las cuadras, una hora después, las dos encontraron a Jim y a Gregory ensillando los caballos para dar un paseo.

—¿Y Mart? —preguntó Trixie.

—Se le han pegado las sábanas —dijo Jim.

Gregory insistió en que las dos amigas y Jim salieran a cabalgar; sólo había tres caballos.

—Mi padre tiene demasiado trabajo; esta mañana no podrá salir a montar —dijo—, y a mí me conviene empezar cuanto antes con lo mío. Hay algo que quiero hacer antes de que os vayáis a los Estados Unidos.

Ahora es él el que nos deja intrigados —pensó Trixie.

Gregory se marchó.

Era una mañana estupenda, y los tres jinetes llegaron unos minutos tarde al desayuno. Trixie iba a anunciar a bombo y platillo que tenía tanta hambre que se comería un toro, pero se cortó, porque Andrew Hart apareció en ese momento por la puerta del Salón Carmesí.

Apuesto a que está deseando que nos vayamos de aquí enseguida —pensó Trixie.

—Cuando lo tengan todo listo para marcharse, háganmelo saber —les dijo.

Inmediatamente giró sobre sus talones y se marchó con la misma brusquedad con que había llegado.

—Espero que no le haya molestado el que saliera a pasear con el Príncipe Negro —dijo Jim preocupado—. Gregory me dijo que su padre casi siempre suele escoger ese caballo, pero que hoy estaba demasiado atareado preparándolo todo para la avalancha de huéspedes que llegarán mañana.

—Pobre señor Hart —dijo Honey—. ¿No es una pena tener que montar un hotel cuando te da tanta rabia tener gente en tu casa?

—Anne dice que acabará acostumbrándose —dijo Mart—. Según ella, a su padre le cuesta bastante adaptarse a los cambios. Cuando murió su mujer, sufrió muchísimo. Así que yo creo que no tiene nada personal contra nosotros. ¡Ah! Mientras estabais con los caballos estuve hablando con Anne, y me dijo que le había contado a Gregory lo de tu collar y que tiene un dato importante que prefiere comprobar por sí mismo antes de revelárnoslo. A eso es a lo que se ha ido ahora.

—¿Qué clase de dato? —preguntó Trixie, a la que le salían las preguntas a borbotones—. ¿Adónde ha ido a comprobarlo? ¿Estará de vuelta antes de que llegue la señora Wheeler?

—Me parece que tiene que hablar con alguien en el teatro —dijo Mart—. Pero no estoy seguro.

—En el teatro —dijo Honey pensativa—. ¿Y qué querrá sacar de allí?

Trixie, con los nervios, no pudo probar ni un bocado más del desayuno.

—¿Cuándo va a volver? —dijo muy nerviosa—. ¿No habrá ido a averiguar para qué harían una copia del collar? Es posible que alguien quisiera robar el verdadero y que…

—Tranquilízate —dijo Mart—, si no quieres volvernos locos a todos.

La señorita Trask y McDuff habían desayunado antes que los Bob-Whites y se estaban diciendo adiós en el vestíbulo. McDuff iba a coger el autobús para Glasgow, que salía hacia el mediodía. Cuando acabaron de desayunar, los Bob-Whites salieron a despedirse de él, y al cabo de un rato el alto escocés les decía adiós con la mano desde un taxi. Dejaba allí el sedán, que pasaría a recogerlo la compañía que alquilaba los coches.

Trixie dio un suspiro de alivio; Honey lloraba. *Honey y yo no sentimos lo mismo por ese hombre, está más claro que el agua* —pensó Trixie mientras volvían a la casa.

La señorita Trask se encerró en su dormitorio.

—Tengo que escribirle una carta a mi hermana —dijo excusándose—. He estado tan ocupada que no he podido escribir ni unas líneas. Por lo menos quiero mandarle una postal de Stratford.

—Igualita que mi hermano —le susurró Trixie a Honey—. No llevan ni diez días en Inglaterra, y ya han cogido hasta el acento. Oye, yo me imaginaba que llevaría a McDuff a la estación, para decirle adiós.

—Lo más seguro es que haya preferido estar a solas un rato —dijo Honey.

El ama de llaves, la señora Hopkins, entró para informar a Honey de que tenía una llamada.

—Era mamá —dijo Honey al cabo de unos minutos—. No llegará hasta la tarde, y le gustaría pasar aquí la noche. Le dije que probablemente pueda quedarse en el cuarto de McDuff. Mañana por la mañana nos encontraremos con mi padre en Londres y saldremos para Nueva York.

—Una noche más en Inglaterra —dijo Trixie contentísima.

Los Bob-Whites llegaron a la conclusión de que les sobraba tiempo para dar un paseo en barca esa mañana, por el río Avon. Gregory no había vuelto del teatro pero, para sorpresa de todos, Anne podría acompañarles.

—Allá que se van mis últimos dos chelines —dijo Trixie cuando los Bob-Whites y Anne pagaron las entradas para subir a bordo de «El Cisne del Avon».

Fue un paseo adorable… atravesaron el canal, pasaron por

debajo del viejo puente de piedra, contemplaron las casas, cuyos exuberantes jardines llegaban hasta la misma orilla del río. Detrás de una valla de madera, un chiquillo los veía pasar con mirada melancólica; la alegre barca se dejaba acariciar por las ramas de los castaños y sauces llorones que poblaban la ribera.

—Pobrecito millonario —murmuró Honey—. Yo me encontraba así de sola antes de que nos mudáramos a Sleepyside, antes de conocer a Trixie, antes de encontrar a Jim, antes de fundar el club de los Bob-Whites…

—Y ahora míranos… navegando a lomos de un cisne, «El Cisne del Avon» —dijo Trixie encantada—. ¿No os parece increíble?

Cuando regresaron a la Casa Hartfield, los recibió Gregory. Tenía noticias para ellos, referentes al collar, pero alguna otra cosa le tenía preocupado.

—¿Has visto a papá? —preguntó a Anne.

—Pues no —contestó ella.

El ama de llaves llevaba un buen rato esperando al señor Hart; tenían que repasar la lista de la compra.

—He registrado la casa de arriba abajo —dijo ella—. No es su estilo, esto de irse así, sin más.

—¿No habrá decidido salir a dar un paseo a caballo? —preguntó Jim—. ¿Ha mirado usted en las cuadras?

Jim recibió con modestia la palmada de felicitación que Gregory le dio en la espalda.

—Sí, señor —dijo Gregory—. Eso es, habrá salido a montar un rato.

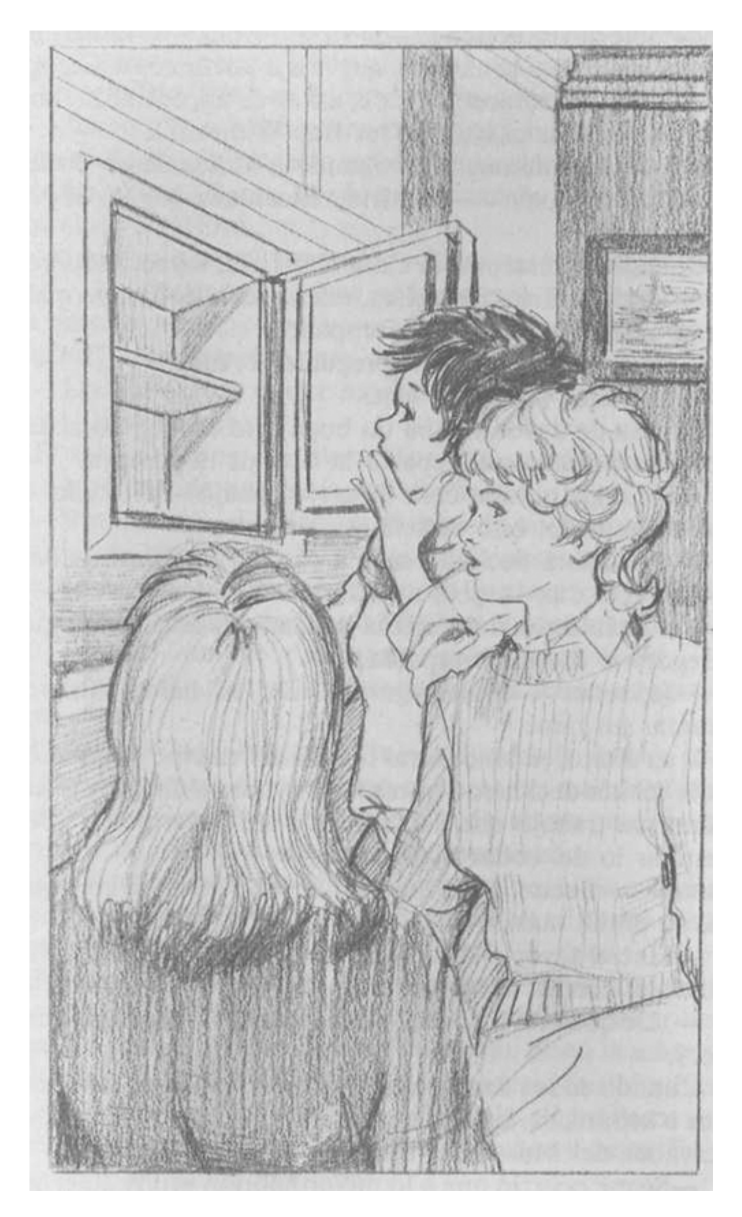
Y en efecto, en las cuadras faltaba el Príncipe Negro. Los Bob-Whites decidieron quedarse a ayudar a Gregory a terminar un trabajo que había dejado sin hacer por ir a investigar lo del collar de Honey.

mmm —Bueno, ¿qué hay de nuevo? —soltó Trixie, que ya no podía más.

—Haz el favor —dijo Mart—, ¡no dejes que salga volando el corcho del champán!

—¿De qué está hablando tu hermano? —preguntó Gregory.

Cuando todos acabaron de reírse de los giros americanos o británicos, les dijo que había consultado con el conservador del Museo del Teatro Real de Shakespeare.



—Se me ocurrió que a lo mejor habrían utilizado el collar de Honey para representar obras de Shakespeare —dijo con naturalidad.

—¡Guau! —gritó Trixie—. ¡Conque era eso!

—Sólo era una idea —dijo Gregory—. Pero el conservador del museo ha mostrado un gran interés por echarle un vistazo a la

pieza. Si el falso collar es un duplicado del de la reina, es posible que hicieran la copia a partir del retrato del castillo de Warwick, o incluso del verdadero collar.

—¿Y a qué estamos esperando? —preguntó Trixie—. Vamos a por el collar.

—¡Pero qué fenomenal! —dijo Anne, a quien le brillaban los ojos de alegría—. Os abriré yo la caja fuerte, ya que papá no está aquí.

—Ahora mismo vuelvo —dijo Gregory—. Tengo que terminar de cepillar a los caballos.

—¿Te ayudo? —preguntó Jim, que estaba deseando hacerlo.

Jim se quedó con Gregory, y Mart siguió a las chicas hasta la caja fuerte, que estaba detrás del mostrador. Anne recordó enseguida la combinación pero, en cuanto se abrió la pesada puerta de hierro, el ama de llaves salió precipitadamente de la cocina.

—¿Habéis encontrado al señor Hart? —preguntó muy alterada.

—Ah, sí, señora Hopkins —dijo Anne tranquilizándola—. Se fue a montar a caballo. Supongo que no tardará en llegar.

Los Bob-Whites ni siquiera escucharon a la señora Hopkins; ¡la caja fuerte estaba vacía!

En la puerta del castillo • 17

MIENTRAS ANNE llamaba a la policía, Mart subió volando las escaleras, para informar de lo ocurrido a la señorita Trask; Trixie y Honey fueron corriendo a las cuadras, para decírselo a Jim.

—La señorita Trask tiene que llevarnos a la estación antes de que salga el autobús —dijo Trixie a Honey, medio ahogada por la carrera.

—¿El autobús? Quieres decir… —dijo Honey casi sin voz.

—¡Pues claro! Ha tenido que ser McDuff. ¿Quién si no? —dijo Trixie casi sin respiración.

No había ni rastro de Jim en las cuadras. Tampoco de Gregory.

—¿Dónde estarán? —preguntó Honey desconcertada—. Aquí no están, y nos habríamos cruzado con ellos, si hubieran vuelto a la casa. Espero que todo ande bien.

—Esto es rarísimo —dijo Trixie muy despacio—. El Príncipe Negro está en su sitio, en la cuadra. ¿Pues no dijeron que se lo había llevado el señor Hart?

—¡Sí! —dijo Honey—. Y ahora los que faltan son los otros dos caballos. Pero Trixie, ¿por qué piensas que el señor McD…

—Ahora no puedo hablar —la interrumpió Trixie—. Ni esperar.

Honey tenía las piernas largas, pero aun así le costó seguir a Trixie hasta la casa. Mart bajaba en ese momento con la señorita Trask, y Anne seguía hablando con la policía.

—¿Dices que han robado el collar? —preguntaba la señorita Trask, que se resistía a admitirlo—. Estoy convencida de que habrá alguna explicación. ¿Dónde está el señor Hart?

—También ha desaparecido —dijo Trixie recobrando el aliento.

—Salió a montar a caballo —dijo Honey.

—Y ahora el Príncipe Negro está en la cuadra, y él no aparece, y tampoco Jim…

—Ni Gregory, ni los otros dos caballos —dijo Honey muy nerviosa.

Los chicos habrán ido a dar un paseo, pero nosotros tenemos que llegar a la estación de autobuses antes de que McDuff se largue —dijo Trixie para sus adentros.

—¿Y desde cuándo habéis decidido que no podemos dar un paso sin el señor McDuff? —preguntó, algo tensa, la señorita Trask.

Trixie no se atrevió a mirarla.

—Trixie piensa que ha sido él —se atrevió a decir Honey con voz temblorosa, lo cual no era para menos—; él es quien robó el collar, quiero decir.

—Y todo lo que había en la caja fuerte —añadió Trixie—. ¡Vamos; no hay tiempo que perder!

—Trixie Belden, sigo sin coger el hilo de tu lógica —dijo la señorita Trask, enfadada—. Gordie McDuff será lo que sea, pero de ninguna manera tienes derecho a acusarle de haber robado nada.

—De cualquier modo —dijo Mart, más diplomático—, su ayuda nos vendría muy bien, ¿no, Trix? —añadió mientras le lanzaba una mirada amenazante.

—Bueno, claro —se apresuró a decir Trixie—. Él debe de estar al tanto de lo que está pasando aquí. Su ayuda puede servirnos para aclarar todo este asunto.

—En eso quizá tengas razón —dijo la señorita Trask—. Aunque… bueno, si os he de ser sincera, hubiese preferido no volver a ver nunca a ese hombre.

Trixie, Honey y Mart se miraron, profundamente asombrados.

—Era un buen hombre —prosiguió la señorita Trask—, y a mí me hace tilín el acento escocés. Pero, francamente, entre él y su acento ya empezaban a sacarme de quicio. No tenía ni la menor intención de volver a verlo, una vez que regresásemos a Nueva York.

No era costumbre de la señorita Trask revelar cosas tan íntimas a los Bob-Whites, pero no era eso lo que maravillaba a Trixie. Alguna otra cosa le estaba intrigando.

—Señorita Trask, por favor, confía en mí —exclamó—. No hay tiempo para seguir discutiendo. ¡Tenemos que ir a esa estación inmediatamente!

—Muy bien —accedió la señorita Trask.

Anne se quedó para explicarle el asunto a la policía, pero los demás se metieron en el sedán marrón. Mart se sentó delante, al lado de la señorita Trask. A Trixie y Honey les tocó sentarse en la parte de atrás. La señorita Trask giró la llave de contacto.

El motor no arrancó.

—No lo entiendo —dijo la señorita Trask—. Toda una semana funcionando de maravilla y ahora…

Salió del coche, levantó el capó y examinó el motor.

Trixie se habría ido corriendo por el campo, pero sabía mejor que nadie que había pocos motores que se le resistieran a la señorita Trask.

Diez minutos después, el sedán marrón arrancaba.

—Se había desconectado un cable —dijo la señorita Trask mientras se alejaban de la Casa Hartfield.

Trixie se echó hacia adelante.

—¿Sabotaje? —insinuó.

—Los cables no se desconectan solos —replicó sin más comentarios la señorita Trask.

Honey estaba triste, y Trixie tampoco tuvo valor para acusar a McDuff. Cruzaron en silencio el viejo puente de piedra, y en silencio siguieron hasta el aparcamiento de la estación de autobuses. El último autobús de la mañana para Glasgow estaba a punto de salir, y ya estaban subiendo los últimos pasajeros cuando Trixie y Mart saltaron del coche.

Entonces Trixie se dio cuenta de que no sabría qué decirle a McDuff cuando lo vieran, pero intentó no pensarlo.

Ya se me ocurrirá algo —se dijo.

Sin hacer caso del conductor del autobús, que les pedía los billetes, los dos Belden subieron y se abrieron paso a través del estrecho pasillo del autobús. Los pasajeros todavía estaban guardando sus equipajes en los compartimientos, y a Trixie y a Mart les costó una eternidad llegar hasta la cola del vehículo. No había ni rastro de su antiguo guía.

—¿Cómo pude ser tan estúpida? —exclamó Trixie—. ¡Nos ha vuelto a dar el esquinazo!

—Lo de coger el autobús no fue más que una maniobra para despistarnos —dijo Mart.

—Lo mismo que lo de que se marchaba a Escocia —dijo Trixie

—. ¡Pero ahora sí que sé dónde encontrarlo! ¡Sígueme, Mart!

—Si nos damos prisa —dijo a la señorita Trask cuando ella y Mart volvieron a subirse al sedán marrón—, llegaremos al castillo antes de que abran las puertas.

—¿Al castillo? —dijeron los demás a coro.

A todos les asombró esto, menos a Trixie; de nada les sirvieron las explicaciones de Trixie, que hacían pensar a uno en las enredaderas, las cuales no se sabe nunca dónde empiezan o dónde acaban. La señorita Trask, no obstante, se dirigió a Warwick, porque si no, a Trixie le daba algo.

—Y ahora, ¿por qué no empiezas por el principio? —propuso la señorita Trask, una vez que el coche iba dejando atrás antiguas granjas de adobe y rebaños de ovejas.

Trixie tomó aliento.

—Mirad, tuvo que ser McDuff el que robó el collar de Honey —comenzó a decir—. Es el único, aparte de los Hart y de su ama de llaves, que estaba allí esta mañana. El señor Hart no es persona de mi estilo, pero me resulta imposible imaginar al padre de Anne como un ladrón. Ni siquiera quiere sacarle dinero a la gente por quedarse en su casa… por orgullo. Y esta vez no pudo haber sido Gorro Gris, porque estaba encerrado en el castillo.

La señorita Trask apretó los labios, sin apartar la vista de la carretera.

—Tu lógica deja mucho que desear —dijo—. Si McDuff es el ladrón, ¿para qué vamos al castillo de Warwick? ¿No crees que él se habrá ido a Londres, donde le será más sencillo esconderse?

Trixie sacudió la cabeza.

—Primero tiene que ir al castillo —dijo absolutamente convencida.

—Pero ¿por qué? —insistió Honey—. No creerás que va a tener el valor de robar el retrato de la reina también, ¿verdad?

—¡No, claro que no! —continuó Trixie, a quien se le agitaban los rizos con cada palabra—. McDuff estaba en Oxford, por ejemplo, cuando asaltaron la Habitación Rosa; en cambio, sabemos que Gorro Gris sí que se encontraba en Stratford. Y esto todavía no se lo he contado a nadie porque habríais pensado que estaba loca, pero oí voces en el parapeto de la torre cuando fui detrás de McDuff, después de ver cómo Gorro Gris entraba allí. McDuff debía estar

diciendo al carterista que no hiciera nada, que él se haría con el collar después de pagar su estancia en la Casa Hartfield, esta mañana. ¿No lo entendéis? ¡Están compinchados!

—Pero tú no los viste juntos, ¿o sí? —preguntó Mart—. ¿Llegaste a ver a Gorro Gris en aquel parapeto?

—No, porque McDuff no me dejó. Prácticamente me arrastró escaleras abajo… —contestó Trixie.

—Pero ¿cómo se llevó el collar? —preguntó Honey—. La caja fuerte no estaba forzada.

—Eso es algo que no entiendo —admitió Trixie—. ¿Recuerdas ese fajo de billetes que pidió a Anne que metiera en la caja fuerte? Bueno…

—¡Alguien tuvo que abrirle la caja antes de pagar! —dijo Mart dándose una palmada en la rodilla—. ¡Trixie, eres de lo que no hay!

—Pero para robar el collar y vaciar la caja fuerte debe de haber sacado una pistola o algo —dijo Trixie más seria.

—Oh, Trixie —dijo Honey.

La señorita Trask pisó a fondo el acelerador.

—¿Tú crees que le habrá pasado algo a Andrew Hart? —preguntó.

—Al llegar a esa parte me armo un lío —dijo Trixie frunciendo el ceño—. El ama de llaves no le encontraba… y eso fue cuando ya McDuff se había marchado… y entonces nos imaginamos que habría salido a dar un paseo a caballo, ya que el Príncipe Negro no estaba en las cuadras. Pero ahora resulta que el Príncipe Negro ha regresado, y ellos tres han desaparecido… Jim, Gregory y el señor Hart.

—De forma que McDuff tiene que pasar por el castillo para recoger al carterista, ¿no es eso, Trix? —dijo Mart—. Y si llegamos antes de que abran el castillo, tendrá que contestar a unas cuantas preguntas.

—En efecto. Lo más seguro es que haya alquilado otro coche —dijo Trixie—. ¡Y la sorpresa que se llevará cuando vea el sedán marrón… que él creía haber inutilizado!

—Lo que está claro es que mentía cuando dijo que era un mecánico experto —dijo exasperada la señorita Trask—. ¡Ah!, si hubiera quitado el rotor de debajo del distribuidor… ahí me habría cogido.

—Pero… si lleva una pistola… —dijo Honey sintiendo un escalofrío.

—Ojalá Jim y Gregory estuviesen aquí —dijo Trixie—. Pero seguimos siendo cuatro contra dos. Y no podemos estar seguros de que vaya con pistola. Tal vez haya amenazado al señor Hart con alguna otra cosa.

—Tenemos cinco minutos, antes de que abran las puertas —dijo la señorita Trask, aparcando el sedán marrón en un rincón alejado.

En menos de treinta segundos, ella y los Bob-Whites llegaron a la cola de visitantes que ese domingo aguardaban para entrar en el castillo.

—No veo al señor McDuff por ningún lado —dijo la señorita Trask—. Trixie, puede que exista otra explicación para la desaparición del collar. Alguna tontería.

A Honey le volvieron los colores.

—A lo mejor Jim, Gregory y el señor Hart se lo llevaron al conservador del Museo Real de Shakespeare —se le ocurrió decir.

—Me temo que no —murmuró Mart—. Escondeos todos; mirad allí.

McDuff estaba bajando de un auto negro que acababa de dejar enfrente del castillo. No pareció percatarse de la presencia de los Bob-Whites ni del sedán marrón, y avanzó a grandes zancadas hacia el castillo, silbando una tonadilla, aquello de «Llegaré a Escocia antes que vos».

Trixie echaba chispas por los ojos.

—Ah, claro, vos llegaréis primero —murmuró.

McDuff tenía la mirada clavada en la pesada puerta de madera. En ese instante, el portero la abrió. Un grupo de visitantes entró, pero Trixie se llevó el dedo a los labios y obligó a sus amigos a echarse hacia atrás. McDuff sacó su entrada y se metió por el arco.

—Los cogeremos a la salida —dijo—. A los dos.

—Bien pensado —opinó Mart.

Honey tenía a la señorita Trask cogida de la mano. A las dos se las veía tristes. Trixie estaba contrariada al ver que se habían llevado ese chasco, y seguía preocupada por el padre de Anne, pero la cólera era el sentimiento que prevalecía; estaban a punto de echarle el guante al delincuente de Gordie McDuff.

Si Jim estuviese aquí —pensó—. *La verdad es que le*

necesitamos.

Fue la señorita Trask quien sugirió un registro concienzudo del nuevo automóvil de McDuff, por si había dejado alguna prueba.

—El collar no, naturalmente —dijo—. No lo iba a dejar en el coche. Pero algo que hiciera sospechar a la policía para poder detenerlo. De otro modo no me extrañaría que los engañase, igual que hizo con nosotros. Vosotros tres no apartéis la vista de la salida. Yo volveré rápidamente.

—¡Qué buena idea! —exclamó Trixie.

—Sí que lo es —dijo Mart volviendo a la puerta—. ¿Estás segura de que no quieres llamar a la Agencia de Detectives Trask-Belden-Wheeler?

La espera se estaba haciendo interminable, pero el reloj de Trixie marcaba la una y media cuando McDuff y Gorro Gris aparecieron, finalmente, en el pasadizo. Le cruzaba el rostro una cicatriz, y no llevaba puesto su célebre gorro gris, pero Trixie le habría reconocido en cualquier parte, por ese andar esquivo, por ese modo escurridizo que tenía de perderse entre la gente. En ese momento, sin embargo, todo el mundo estaba dentro del castillo. Trixie, Honey, Mart y la señorita Trask estaban solos, sin contar al joven guarda de la entrada.

—¡Aquí vienen! —le dijo Trixie al guarda.

—Trixie, no quieres dejar escapar una, ¿verdad? —dijo la señorita Trask, algo crispada.

Fue ella la primera en enfrentarse a McDuff y al carterista, en la entrada del castillo de Warwick.

McDuff bajó la vista una fracción de segundo cuando sus miradas se cruzaron. La de la señorita Trask estaba llena de furia. Luego desplegó una sonrisa.

—Margui —dijo alegremente—. Ja, y yo que pensaba que no volvería a verte… qué cosas, ¿no?

Entonces se calló, al ver la expresión de su rostro.

—Hasta que fuera a América, quise decir —añadió con una ironía mal disimulada.

Un rayo de sol se reflejó en el pelo corto, plateado, de la señorita Trask, cuando levantó la mano y dijo muy violenta:

—Y ahora, si me das el collar de Honey…

McDuff agachó las orejas como un niño al que su profesor

hubiera pillado tirando tiza. Metió la mano en el bolsillo, pero el destello de plata que asomó en su mano no era del collar de Honey.

—¡Cuidado! —gritó Trixie—. ¡Es una navaja!

Gorro Gris sacó otra, y los dos hombres obligaron a los Bob-Whites y a la señorita Trask a ir hacia el guarda.

—No quiero lastimar a nadie —les dijo McDuff—. Pero sólo para asegurarme de que nos vais a dejar tranquilitos un rato, nos llevaremos a uno de vosotros. ¿Qué te parece este pollito, Ferdie? —preguntó a Gorro Gris.

Trixie estaba temblando, pero se adelantó obedientemente cuando el carterista la señaló con la hoja de su navaja.

Un final feliz • 18

LA SEÑORITA TRASK, sin embargo, se enfrentó a ellos y dijo:

—Ciertamente, no se van a llevar ustedes a nadie como rehén. Si están pensando en añadir a los cargos de los que ya se les acusa uno más, hagan el favor de recordar que el secuestro es un delito severamente castigado.

McDuff y Ferdie se consultaron con la mirada y retrocedieron muy despacio, amenazando aún con las navajas a los presentes.

—No mováis ni un dedo —dijo McDuff sin ningún acento escocés—. Ya se me acusa de robo a mano armada, y no me conviene algo peor. Pero no vacilaré en usar esto.

Honey cogió la mano de Trixie y la mantuvo en la suya mientras los dos hombres cruzaban la calle desierta hasta llegar al auto negro y se metían en él. McDuff se sentó al volante, y Ferdie en el asiento de al lado, lanzando miradas asesinas al pequeño grupo de la entrada del castillo.

Trixie apretó los dientes.

—¿Pero nos vamos a quedar aquí plantados? —gritó—. ¡Se van a largar con el collar!

No sabía si empezar a chillar «asesinos, asesinos», o meterse bajo las ruedas del coche.

—Ese collar no vale ni un segundo de nuestras vidas —dijo la señorita Trask, bastante tranquila.

Ella tenía razón, y Trixie lo sabía.

—¡Uf! —exclamó—. Debo estar envejeciendo. Me estoy convirtiendo en una personita razonable.

—Dudo que lleguen muy lejos —dijo el joven guarda—. Ya he alertado a los guardias del castillo. Hay un botón aquí, bajo el mostrador… ¿veis?

—Y por allí viene la policía local —dijo Mart saltando de alegría

al oír el sonido familiar de las sirenas de la policía inglesa.

—¡Mirad! ¡Es Jim! —exclamó Trixie emocionada al ver que el pelirrojo venía corriendo hacia ellos.

—¡Estás… estás bien! —gritó Jim mientras la abrazaba y daba vueltas con ella en brazos hasta marearla.

Por un momento, el ojo de águila de Trixie se apartó de los ladrones. Cuando volvió a mirar, el automóvil negro seguía en la curva; McDuff y Ferdie se habían bajado a ver qué andaba mal en el motor.

—¿Qué os parece? —balbuceó Trixie—. ¡No pueden arrancar!

A la señorita Trask se la veía encantada, y su alegría creció al ver que llegaba la policía y se hacía cargo de los dos hombres, que se rindieron sin oponer resistencia.

—Me da la impresión de que alguien ha quitado el rotor de debajo del distribuidor —dijo bromeando.

—¡Señorita Trask! —exclamaron los Bob-Whites a coro.

—¡Qué mujer tan maravillosa! —le susurró Trixie a Honey al oído.

Honey estaba mirando más allá de donde estaba Trixie; Gregory y Anne venían.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó Honey, algo nerviosa.

—Parece que bien —dijo Anne sonriendo.

—Ahora, McDuff se las ha hecho pasar canutas —dijo Jim—. Sacó la pistola en cuanto el señor Hart abrió la caja fuerte y después se lo llevó a las cuadras.

—Ya me pareció que McDuff tardaba demasiado en bajar al vestíbulo con su equipaje —dijo la señorita Trask.

Gregory asintió.

—Soltó al Príncipe Negro para que diese la impresión de que mi padre había salido a dar un paseo —les explicó—. Luego golpeó a mi padre y lo escondió detrás de un montón de heno. Cuando el Príncipe Negro regresó sin jinete, temí que mi padre hubiese sufrido una caída, así que Jim y yo fuimos a buscarlo.

—Por eso no había nadie en las cuadras cuando fuimos a buscar a Jim —dijo Trixie.

—Claro que había alguien —dijo Honey estremeciéndose.

—¡Pobre señor Hart! —exclamó Trixie—. No me extraña que no le gusten los turistas… ¡Mira lo que le ha pasado en cuanto ha caído

en nuestras manos! Espero que podamos recompensarle de algún modo.

Mientras se dirigían al sedán, Trixie informó a Jim, Anne y Gregory de lo sucedido, de cómo había deducido que Gorro Gris y McDuff «trabajaban» juntos…

—Gorro Gris fue el primero que nos echó el ojo, en el Museo de Cera —explicó—. Oyó a Honey hablar del collar y trató de quitárselo. Al fracasar, empezó a seguirnos.

Lo mismo que Gregory y Honey, Jim admiró el talento que tenía Trixie como detective.

—Entonces McDuff era el socio «de guante blanco» de Gorro Gris —dijo.

—Eso es —dijo Trixie—. Si te fijabas, veías que todo lo que decía, verdadero o falso, seguía una misma línea para ganarse nuestra confianza y convertirse en nuestro guía, para tener a Gorro Gris informado de nuestros pasos.

Luego se calló un momento.

—Y lo que dijiste antes sobre el acento escocés —dijo dirigiéndose a la Señorita Trask— hizo que recordara otra cosa que Gorro Gris nos oyó decir en el Museo de Cera. Hablábamos de lo sanguinaria que había sido la historia de Inglaterra y de Escocia, y Jim dijo que el acento escocés le hacía gracia. Por eso McDuff imitó ese acento… aunque, claro está, era falso, como todo lo demás.

—No me extraña que terminara sacándome de quicio —dijo la señorita Trask.

Honey todavía parecía preocupada.

—Trixie piensa que uno de los dos, McDuff o Gorro Gris, seguramente me empujaron al cruzar ese semáforo, en Piccadilly Circus, para así fingir que McDuff me salvaba la vida —dijo Honey —. Pero me resisto a creer que haya nadie tan malvado.

—Puede que tan sólo aprovechara la oportunidad —sugirió Mart.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—Tal vez pensaran que, si nos seguían de cerca, tarde o temprano se le presentaría la ocasión a McDuff para ganar nuestra confianza —dijo Mart—. Así que quizá McDuff te salvara la vida, Honey.

Honey recompensó a los chicos con una sonrisa radiante.

—Supongo que eso es algo que no sabremos jamás —dijo Trixie, apoyada en el sedán—. Y no me explico cómo armaron todo ese follón por un collar falso. Me figuro que creerían que tenía un valor incalculable. Ahora que me acuerdo —dijo volviéndose hacia Gregory—. ¿Averiguaste algo más con el conservador del museo del teatro?

—Le he invitado a cenar esta noche, para que examine el collar una vez que la policía nos lo haya devuelto, antes de que os vayáis a los Estados Unidos —dijo Gregory—. Bueno, si no tenéis inconveniente.

—Hay que dar las gracias… tener el collar para enseñárselo ya es mucho —dijo Honey—. Y mamá estará aquí, a la hora de la cena. Se quedará boquiabierta cuando vea todo lo que hemos descubierto… que el collar es copia del que llevaba la reina Isabel en su Coronación, y que se utilizaba en obras de Shakespeare.

—Me temo que eso es sólo una hipótesis —dijo Gregory—. Pero el señor Cowles, el conservador, me dijo que, si tuviese bastante dinero, compraría la pieza para el museo. Por desgracia, con lo que tienen ya les cuesta el tenerlo abierto, sin más. Todos dependemos mucho de la generosidad de los visitantes extranjeros, aunque siempre hay gente como mi padre, que no está dispuesta a dar su brazo a torcer.

—Bueno, pues la hipótesis sigue pareciéndome fabulosa —dijo Trixie entusiasmada—. Y apuesto a que la señora Wheeler se quedará tan alucinada que dará permiso a Honey para que regale el collar al museo.

Todos protestaron ante el barullo que armaba Trixie por una simple hipótesis… y todavía más por su impetuosa oferta de algo que pertenecía en herencia a Honey. Todos menos Honey.

—Es una idea estupenda —dijo sonriendo a Gregory y a Anne.

—Papá se quedará impresionado si haces una cosa así —le dijo Anne—. Seguro que eso le convence de que los turistas son lo mejor de este mundo.

—Algunos turistas —dijo Gregory, mirando con ternura a los Bob-Whites.

—Anne y tú tenéis que venir a Sleepyside, algún día —dijo Honey—, a visitar a nuestros primos de América.

—Y a todos los Bob-Whites —les dijo Trixie—, incluyendo a

unos cuantos que no han venido.

—Las relaciones internacionales parecen ir mejorando, chica —dijo Mart, dedicando una sonrisa a su hermanita—. Y yo diría que bastante.

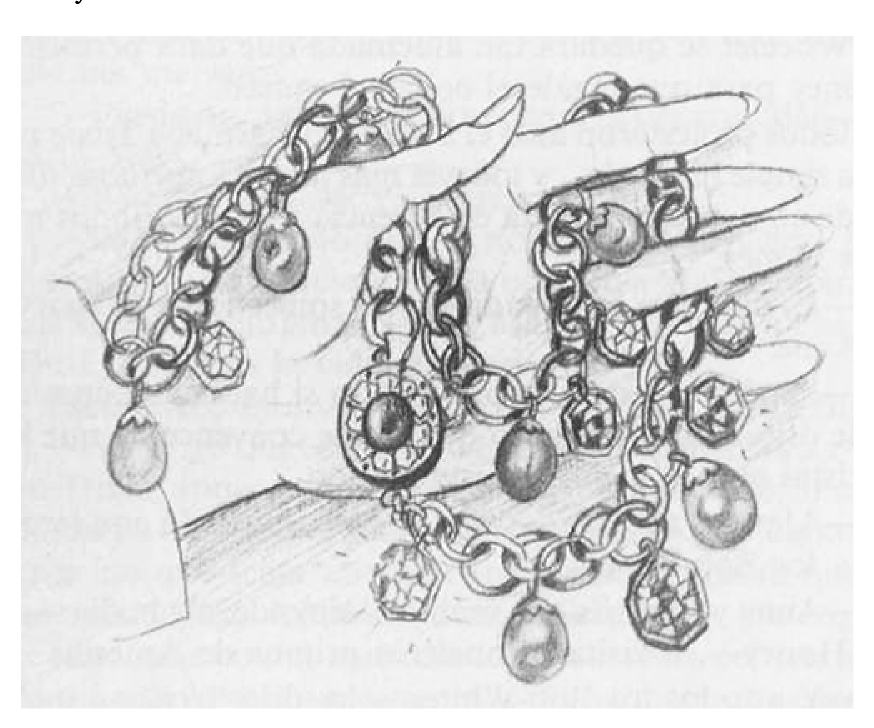
—Oye, Mart —dijo Jim de pronto—. Recuerdo ahora una cita del Bardo que me parece muy apropiada a tu estilo. «La brevedad es el alma del genio». ¿Lo coges? —preguntó en broma.

—Lo cojo —dijo Mart—. Pero eso me recuerda otra cita renombrada. Es algo así como «el misterio es el alma de Trix». ¿Lo cogéis?

Trixie no estaba dispuesta a dejar que su hermano dijera la última palabra sobre esa cuestión. Además, también ella contaba con su propio repertorio shakespeariano.

—Bueno —repuso con prontitud—, como siempre he dicho, «a tu espíritu sé fiel».

Antes de que Mart pudiera responder, abrió la portezuela del sedán y se metió dentro.



Notas

[1] N del T.: Winnie el Inútil (Winnie the Pooh) es un personaje cómico de «The Mikado», un musical de Gilbert y Sullivan, que tenía todos los oficios y no hada bien ninguno. < <

[2] N. del T.: Las onzas son unidades de peso; libras y chelines son monedas inglesas < <

[3] N. del T.: Paul Revere (1735-1818) fue un patriota americano, platero de profesión, que cabalgó toda la noche del 18 de abril de 1775 para advertir a los colonos de Massachusetts de la proximidad de las tropas británicas. < <

[4] N. del T.: Avon: río a cuyas orillas se levanta Stratford, ciudad natal de Shakespeare. < <

[5] N. del T.: Sleepyside del Hudson es el nombre de la ciudad donde viven los Bob-Whites, que quiere decir: «En el lado tranquilo del río Hudson». < <

[6] N. del T.: Tiendas de platos preparados. < <